



**MISTERIO
EN
TANTAN**

Enid Blyt

Lectulandia

Otra emocionante aventura de vacaciones en la que nuestros simpáticos amigos viven las situaciones más inesperadas e increíbles. Conocerán a singulares personajes, interesantes y peligrosos, en su intento por descubrir el misterio de lo ocurrido en la base secreta de submarinos. Con un final realmente sorprendente para nuestro querido Nabé.

Lectulandia

Enid Blyton

Misterio en Tantan

ePub r1.0

Gand 19.11.13

Título original: *The Rubadub Mystery*

Enid Blyton, 1952

Ilustraciones: Gilbert Dunlop

Editor digital: Gand

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Capítulo 1- Planes para las vacaciones

¡Chatín! —gritó una voz airada—. ¡«Chatín»! ¿No te dije que ataras a «Ciclón»?

El niño bajó corriendo la escalera para acudir al lado de su tía.

—¡Oh, tía Susana, si lo até! ¿Es que ha vuelto a soltarse? ¡Oh, Dios mío...! ¿Ha sido él quien ha armado ese estropicio en el recibidor?

El «spaniel» negro estaba sentado, encima de las páginas de un periódico destrozado, con la lengua fuera, como si sonriera.

—Ése es el periódico de tu tío —le dijo tía Susana—. Aún no lo ha leído. Chatín, tú sabes que tenemos mucho quehacer con los preparativos de nuestra marcha, pues hemos de salir de viaje hoy mismo, y la verdad es que no puedo tener a «Ciclón» suelto por la casa.

—Encerraré a «Ciclón» en mi cuarto, mamá —dijo Diana acercándose—. Cerraré la puerta con llave y guardaré la llave en mi bolsillo, y de esta manera estará seguro.

—¡Vaya, entonces en tu habitación no habrá nada seguro! —replicó la señora

Lynton—. Haz lo que quieras con él..., ¡pero procura que no vuelva a verle en toda la mañana! De otra manera tu padre y yo no podremos marcharnos esta tarde...

Los Lynton se iban a América a pasar unas semanas, y los tres niños y «Ciclón», el perro, irían a la playa con la señorita Pimienta, que fue el aya de la señora Lynton, y que solía tomarles a su cuidado cuando los Lynton precisaban ausentarse.

Chatín había llegado el día anterior, después de pasar la primera semana de vacaciones con otros primos. No teniendo padres, pasaba temporadas en casa de diversos parientes, pero, entre todos, él prefería a los Lynton. Quería mucho a su tía Susana, y admiraba y respetaba a tío Ricardo, aunque éste no admiraba ni respetara a Chatín.

—Ese niño es lo más impertinente del mundo —solía decir continuamente del pobre Chatín.

«Ciclón» fue llevado arriba por Diana. «Arenque», el gato, le estaba esperando en el descansillo de la escalera y saltó sobre él, y para esquivarle, «Ciclón» se echó hacia atrás tan bruscamente, que casi tira a la niña, que no pudo contener un grito.

—Esta casa parece un manicomio —dijo su padre desde arriba—. ¿Dónde está la señorita Pimienta? ¿Es que no puede llevaros a algún rincón tranquilo hasta que nos hayamos ido? América va a parecerme un lugar muy tranquilo y apacible después de esto. La verdad es que cuando los niños vuelven del colegio, es...

—Oh, papaíto..., siempre dices eso —dijo Diana tirando de la correa de «Ciclón»—. Y ya sabes que cuando te marchas luego nos echas de menos. ¡Ojalá nos llevarais a América con vosotros!

—¡Dios me libre! —replicó su padre horrorizado—. Lo primero que haríais sería caer por la borda... y Chatín se pasaría el tiempo en la Sala de máquinas con Roger...

—Oh vaya... ¿nos lo permitirían? —gritó Chatín—. Sería fenomenal.

—¿De dónde sacas esas expresiones? —exclamó su tío—. ¿Es que no puedes hablar como un rey?

—Apuesto a que los reyes dicen «fenomenal» algunas veces —replicó Chatín—. Apuesto a que...

—Quítate de en medio y déjame pasar —le dijo su tío con impaciencia—. Primero Diana y el perro en la escalera, y ahora tú... «Arenque» ya veo que me espera para hacerme caer como de costumbre... en fin, ésta es, realmente, una casa de locos.

—Ricardo..., ¿quieres bajar a ayudarme a poner las etiquetas? —llamó la señora Lynton—. ¡Nos meteremos en el despacho y cerraremos la puerta y las ventanas a ver si así no oímos ese tormento!

—Caramba..., mira que llamarnos tormento, tía Susana —exclamó Chatín indignado—. Eh, tía Susana...

Abajo se oyó cerrar una puerta de golpe y Chatín tuvo que dejarlo. Ayudó a Diana a llevar a «Ciclón» hasta su dormitorio, ya que el perro se resistía.

Allí estaba la señorita Pimienta sacando la ropa de los cajones y armarios. Los niños debían marcharse a la playa al día siguiente, y el aya iba ordenando algunas cosas cuando no ayudaba a la señora Lynton.

—Hola, señorita Pimienta —dijo Chatín como si hiciera un mes que no la viera y dándole un abrazo tan brusco que la sobresaltó.

—¡No hagas eso, Chatín! ¿Por qué estás tan cariñoso de repente? ¿Qué es lo que quieres ahora?

—Nada —replicó el niño disgustado—. Sólo que estoy tan emocionado por las vacaciones..., ¿sabe?, no tener que trabajar durante tanto tiempo..., y marcharnos a la playa. ¿A qué sitio vamos, señorita Pimienta? Todavía no me lo ha dicho nadie.

En aquel momento entró Roger con los brazos cargados de trajes de baño.

—Aquí tiene, señorita Pimienta —dijo dejándolos sobre la cama—. He encontrado tres trajes de baño para cada uno. ¿Es suficiente?

—Ya lo creo —repuso el aya—. Oh, no dejes que «Ciclón» los coja. Chatín, llévatelo de aquí.

—Teníamos que encerrarlo en esta habitación —dijo Chatín.

—Pues no es posible —contestó la señorita Pimienta en tono resuelto—. Tengo que escoger la ropa que habéis de llevar y no quiero que me encierren con «Ciclón», ni con ningún perro loco.

—Él no está loco —replicó Chatín—. ¿No es verdad, «Ciclón»?

Y el perro inmediatamente se tumbó patas arriba pedaleando en el aire, y ladeando la cabeza en espera de los comentarios admirativos de su amo.

—Eso es —dijo la señorita Pimienta dirigiéndose al perro—. Quédate así de espaldas dando pataletas durante el resto de la mañana, y así no estorbarás y podremos trabajar tranquilos.

—Todavía no me ha dicho nadie a dónde vamos mañana —insistió Chatín en tono de protesta.

—Pero si llegaste ayer —repuso Roger—. Y teniendo en cuenta que te pasaste prácticamente toda la tarde contando el partido de cricket que jugaste el sábado pasado, detallando cada jugada, comentando cuántos jerseys llevaba el árbitro, y lo que harías si te escogieran para el equipo de Selección, y...

—Eso no tiene gracia —dijo Chatín—. Señorita Pimienta, hábleme de lo que haremos mañana.

—Pues saldremos temprano, y cogeremos el tren para Woodlingham; allí haremos transbordo y tomaremos otro tren, más lento hasta Rockypool, y luego iremos en taxi hasta Tantán —dijo el aya—. Bueno... ahora ya lo sabes, y deja de preguntarme.

—¡Tantán! ¡No lo creo! ¡No existe ningún lugar llamado Tantán! —exclamó Chatín con incredulidad.

—Sí lo hay —repuso Diana—. Está señalado en el mapa. A mí me parece un nombre estupendo, y me encanta pensar que voy a quedarme en Tantán. La señorita Pimienta solía ir cuando era pequeña... ¿Verdad, señorita Pimienta?

—Sí —contestó el aya vaciando otro cajón—. Diana, selecciona lo que hay que llevar y ve colocándolo sobre la cama... Sí, solía ir allí muy a menudo. Es el pueblecito más pintoresco que podáis imaginaros. No tiene escollera, ni paseo, sólo unas pocas tiendas, algunas casas y... la antigua posada. ¡Nunca adivinaríais cómo se llama!

—¿Posada de Tantán?

—No. ¡Se llama «Tres Hombres en una Cuba»! —dijo el aya—. Ya conocéis la vieja canción... «Tantán-tan. Tres Hombres en una Cuba». Dios sabe por qué se llamaría así, pero así se llamaba... y aún se sigue llamando. En realidad al pueblo le llamaron Tantán debido a un extraño lugar donde el agua se arremolina entre dos rocas de extraña forma. Una es igual que una tabla de lavar, y debajo el agua gira, bulle y gorgotea.

—¡Como en el desagüe de un lavabo, supongo! —exclamó Diana—. «¡Tantán-tan, mirad cómo lavamos...!»

—Eso es —dijo la señorita Pimienta—. El remolino se llama la Hoya de Tantán, y supongo que de ahí le viene el nombre al pueblo.

—Suenan muy bien —dijo Chatín en tono aprobador—. Debo confesar que me atrae ese lugar... en donde hay una posada llamada «Tres Hombres en una Cuba», y un remolino que se llama Hoya de Tantán..., oiga, ¿nos hospedaremos en la posada, señorita Pimienta?

—Sí —repuso el aya—. Estuve en ella cuando niña y es muy cómoda. Mi sobrina estuvo también el año pasado y me dio tan buenas referencias, que cuando vuestra madre no sabía a dónde enviaros estas vacaciones, me acordé del pueblo de Tantán.

—Será muy agradable estar en la posada de ese pueblecito pesquero —dijo Diana—. Sin muelle, sin paseo, sin...

—Oh, ahora sí que hay muelle y paseo, y muchas cosas más —se apresuro a replicar la señorita Pimienta—. Y también construyeron un enorme puerto secreto más allá de la Hoya de Tantán..., donde prueban los nuevos submarinos. ¡Oh, Tantán ha dejado de ser un diminuto pueblecito dormido!

—¡Vaya! ¡Un puerto secreto! —exclamó Chatín emocionado—. Me gustaría mucho verlo.

—He dicho «secreto» —replicó el aya—. «Alto secreto», Chatín, y tan bien guardado, que nadie, ni siquiera un curioso como tú, puede acercarse a él. De manera que quítatelo de la cabeza.

Se oyó gritar desde abajo:

—¡Señorita Pimienta! ¿Puede usted venir? Quiero que haga algunas cosas.

—¡Voy en seguida, señora Lynton! —respondió la señorita Pimienta, saliendo apresuradamente de la habitación. El perro saltó para seguirla olvidándose de que estaba atado, y casi se ahoga.

—Me parece todo estupendo —dijo Chatín consolando al pobre chucho—. Siento que tía Susana no nos acompañe, aunque no me importa que no venga tío Ricardo. Más pronto o más tarde siempre termino ganándome una buena reprimenda.

—Las vacaciones pasadas fueron dos —dijo Diana—. Una por dejar que «Ciclón» le mordiera sus mejores zapatillas, y otra por burlarte de él.

—No me lo recuerdes —contestó Chatín—. Ahora tengo que pensarlo dos veces antes de decirle nada a tío Ricardo por si acaso cree que le tomo el pelo. Es muy molesto ir con tanto cuidado.

—Es algo estupendo —dijo Roger—. Necesitas enmendarte, Chatín, y ya que estás en ello, puedes pensar también dos veces lo que vayas a decirme a mí, para no molestarme. Oh, diantre, «Ciclón»... ¿cómo has conseguido tirar los trajes de baño de encima de la cama?

Un fuerte sonido resonó en toda la casa y los tres niños lanzaron gritos de alegría acompañados de los ladridos del perro.

—¡El gong! ¡Creí que no iba a sonar nunca!

—¡Hagamos una carrera hasta abajo! ¡Vamos, «Ciclón»!

Y allá bajaron a toda velocidad como un torrente. El señor Lynton lanzó un gemido.

—¡Cómo me alegraré al ver la costa de la tranquila y apacible América! ¡Esta casa es un manicomio..., no hay ni un minuto de paz en ninguna parte!



Capítulo 2- Preparativos

El señor y la señora Lynton se dispusieron a partir en su automóvil después de comer. Todo estaba preparado. Las maletas cerradas y con sus etiquetas correspondientes. Les habían adherido además otras muy grandes del «Queen Elizabeth», y los pasajes estaban ya en la cartera del señor Lynton.

Estaba muy sonriente cuando les dijo adiós, y al estrechar la mano de la señorita Pimienta, dijo:

—No les consienta ninguna impertinencia y mantenga a raya a Chatín. Les escribiremos desde Nueva York. Usted ya tiene la dirección de nuestro hotel, ¿no es cierto?

—Si, gracias —replicó el aya—. Que tengan buen viaje y no se preocupen por los niños. Estarán muy bien conmigo en Tantán. Ya procuraré que no hagan travesuras.

—Nada de misterios ni aventuras, por favor —dijo la señora Lynton besando al

aya—. Asegúrese bien..., ya sabe las cosas tan extraordinarias que pueden ocurrir cuando están los tres juntos.

—¡Adiós, mamá! ¡No te olvides de escribir!

—¡Adiós, tía Susana! ¡Espero no encontréis ninguna tormenta que os haga naufragar!

—Adiós, seremos muy buenos, así que no te preocupes.

—¿Dónde está «Ciclón»? —preguntó de pronto Chatín—. Él también quiere despedirse. ¿Dónde diantre se ha metido? ¡«Ciclón», «Ciclón», «Ciclón»!

—Él no quiere despedirse —replicó el aya con firmeza—. Le he encerrado en mi dormitorio.

Los Lynton subieron al coche, y Chatín, lanzando un grito, señaló la ventana del dormitorio de la señorita Pimienta. Allí estaba «Ciclón», asomando la cabeza por la ventana entreabierta, tratando de ver lo que ocurría. Lanzó un ladrido.

—¡Quiere decirnos adiós! —exclamó Chatín—. ¡Ladra, «Ciclón», ladra!

Con un gran esfuerzo, «Ciclón», consiguió abrir un poco más la ventana y asomar los hombros y una pata.

—¡Ese perro va a saltar! —exclamó el señor Lynton pisando el acelerador. El coche salió disparado carretera abajo, pues el buen señor no estaba dispuesto a ver cómo «Ciclón» se tiraba por una ventana.

Chatín subió corriendo y llegó con el tiempo justo para evitar que su perro se lanzara por la ventana.

—¡Ese perro! —exclamó el aya cuando todos regresaron a la casa—. No sé lo que van a decir en la posada. Dijeron que no les importaba tener perros... ¡pero no conocen a «Ciclón»! ¿Todavía sigue cogiendo los cepillos y las alfombras a cada momento?

—Oh sí, y ahora, desde que estuvo con «Tirabuzón», el perro de la hermana de usted, cuando tuvimos la gripe y nos llevó a su casa, se apodera también de las toallas —le dijo la niña—. Lo aprendió de él.

—Bueno, no tendremos más remedio que impedir que haga esas cosas en la posada —dijo la señorita Pimienta, imaginando a «Ciclón» arrastrando todas las toallas de los huéspedes hasta el jardín de la posada y luego yendo en busca de los cepillos para dejarlos también a la intemperie.

—No sé cómo vamos a evitarlo —dijo Roger—. No es posible razonar con «Ciclón». Se sienta, empieza a sonreír con la lengua fuera, y no para de menear el rabo. Pero usted le quiere mucho, ¿no es cierto, señorita Pimienta?

—Algunas veces tengo mis dudas —replicó el aya—, grandes dudas. Ahora tenemos que darnos prisa y prepararlo todo para mañana. Roger, tú y Diana tendréis que ayudarme a hacer el equipaje.

«Ciclón» bajó trotando la escalera al parecer muy satisfecho de sí mismo, y sin

ninguna toalla ni cepillo. Chatín le seguía.

—Nos vamos a dar un paseo —anunció.

—Oh, no te irás —replicó Roger en seguida—. Es muy propio de ti tratar de escapar cuando hay que hacer recados, ayudar... y trasladar maletas pesadas de un lado para otro... Chatín. Tú te quedas aquí.

—Yo preferiría que Chatín se fuera a dar un paseo —se apresuró a decir la señorita Pimienta, pensando lo maravilloso que sería poder librarse del niño y del perro por un rato—. Estoy segura de que «Ciclón» necesita pasear.

—¡Bah! —dijo Roger con disgusto—. Chatín siempre se libra de todo.

—Vete, Chatín... y vuelve a la hora de merendar —le ordenó la señorita Pimienta, y allá se fue el niño seguido de su fiel «Ciclón» que balanceaba las orejas al andar... plaf... plaf... plaf.

Los otros tuvieron una tarde muy atareada preparándolo todo. Diana escribió una docena de etiquetas con toda pulcritud, y Roger ató una cuerda alrededor del baúl.

—Yo te ayudaré a bajarlo —dijo la señorita Pimienta—. Sólo tengo que coger las sandalias de Diana y meterlas en la última maleta.

Pero Roger no quería que le ayudasen. Se enorgullecía de su propia fuerza, y mientras la señorita Pimienta iba en busca de las sandalias que faltaban, arrastró el baúl hasta el principio de la escalera.

Una vez allí le propinó un fuerte empujón que lo hizo bajar la escalera con un estrépito terrible y llegar al recibidor a gran velocidad. «Arenque», el gato, se llevó el mayor susto de su vida, cuando el baúl pasó por encima de donde estaba acurrucado, en espera de que alguien tropezara con él al bajar. Pegó un salto en el aire y corrió como un relámpago a refugiarse en el dormitorio de Diana en el momento en que salía el aya a toda prisa. «Arenque» pasó entre sus tobillos y aterrizó debajo de la cama con toda la piel erizada y la cola dos veces más larga de lo normal.

La señorita Pimienta corrió al descansillo.

—¡Oh! ¿Quién se ha caído? ¿Se ha hecho daño? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

La cocinera estaba de pie en el recibidor, al que había acudido atraída por el ruido y contemplaba con disgusto el baúl que había patinado sobre el suelo encerado hasta la misma puerta de la calle.

—Supongo que ahora habrán empezado a arrojarse los baúles uno a otro —dijo volviendo de nuevo a la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó Roger sorprendido—. He dejado caer el baúl por la escalera, una idea estupenda, así no hay que arrastrarlo ni levantarlo. Pensé que de esta manera ahorra trabajo, señorita Pimienta.

El aya le dirigió una mirada tal, que el niño se apresuro a desaparecer dentro de su habitación.

La señorita Pimienta volvió al dormitorio de Diana y mientras recogía los

calcetines iba pensando:

«¡Por menos de nada os dejaría! —todavía le latía el corazón con violencia por el susto recibido—. La verdad, si Roger empieza a hacer cosas así, no vale la pena de seguir viviendo. Con Chatín ya tengo bastante.»

Roger acudió a su lado con aspecto humilde.

—Lo siento, señorita Pimienta. Yo no sabía que iba a hacer tanto ruido. Déjeme llevar esas maletas. Las bajaré una por una. Descanse un poco ahora, por favor.

—No te preocupes —dijo la señorita Pimienta pensando que después de todo los tres niños eran muy bien educados—. Pero me gustaría que recordaras que ya tienes trece años, y, por lo tanto, debieras ser más responsable.

—Habla usted como mi profesor —dijo Roger con pesar—. No me sermonee, señorita Pimienta. Es usted demasiado simpática para sermonear.

El aya se echó a reír simulando querer tirarle de las orejas, y él ladeó la cabeza sonriendo. La apreciaba mucho, como todos y no le gustaba verla disgustada.

Al fin todo quedó dispuesto. Chatín llegó puntualmente con gran apetito a la hora de merendar, y fue directamente a la cocina en busca de la cocinera.

—¡Cocinerita! ¿Has preparado pastel de jengibre para mí? ¡No me digas que no! No he pensado en otra cosa durante todo el curso.

—Aquí tienes —replicó la cocinera abriendo la puerta de la despensa y sacando una caja de lata, en la que había un gran pastel plano de jengibre. El niño le dio un abrazo.

—Es mi mejor amiga —le dijo—. No le importará que nos lo comamos todo, ¿verdad? Quiero decir... que en realidad es un cumplido si no dejamos ni una miga, ¿verdad, querida cocinerita?

—¡Vete a paseo! —le dijo la cocinera—. ¡Eres capaz de tomar el pelo a cualquiera!

—Vaya, ¿es que acaso empieza a perderlo? —preguntó el niño en el acto y echando a correr al ver que la cocinera cogía una sartén para amenazarle. Los chistes tontos del niño siempre gustaban mucho a la buena mujer, y la señora Lynton siempre decía que comían mejores pasteles cuando Chatín estaba con ellos.

—No sé cómo he podido hacer nada esta tarde —dijo la cocinera sacando el pastel de la lata—. Tu primo ha tirado el baúl escaleras abajo, y vaya si ha metido ruido. ¡Casi me da un ataque al corazón!

—¡Oh, bravo, el bueno de Roger! —dijo Chatín pellizcando un pedacito de pastel—. Se está poniendo muy fuerte, ¿verdad? Ojalá hubiera estado aquí para verle arrojar el baúl por la escalera.

—Quita los dedos del pastel —dijo, la cocinera—. Y llévate al perro fuera de la cocina. Nunca vi un animal que pueda entrar en la despensa estando la puerta cerrada, y tu perro lo hace. ¡Es un milagro viviente!

—Lo es. Tiene razón —replicó Chatín—. Celebro que sepa apreciarle. Oh, troncho, aquí llega «Arenque». Será mejor que nos marchemos.

Salieron precipitadamente. «Arenque» se consideraba el amo absoluto de la cocina, y bufaba y arañaba con furia si «Ciclón» se quedaba en ella mucho rato.

La merienda transcurrió agradablemente; tomaron bollitos calientes con miel, pastel de jengibre y yemas de coco. Después asearon sus habitaciones y sacaron el equipaje. «Ciclón» ayudó a recoger todas las alfombras que amontonó en el descansillo para que la gente cayera.

—Yo creo que ya es hora de que «Ciclón» crezca un poco —dijo Diana levantándose después de haber tropezado con un montón de alfombras en la oscuridad del descansillo—. Ya tiene casi dos años y a esa edad un perro es casi como si tuviera más de trece años, y, por lo tanto, tendría que ser más responsable.

Roger sonrió a la señorita Pimienta.

—¡Otro sermón! —le dijo—. «Ciclón», ¿oyes lo que dice Diana?

—¿Qué hora es? —exclamó el aya consultando su reloj—. Son más de las ocho. Creo que es hora de que os acostéis. Mañana nos espera un día muy largo, y antes quiero tener un rato de paz y tranquilidad para escribir unas cartas.

—Está bien, nos iremos a la cama —le dijo la niña—. Siempre resulta emocionante la noche que antecede a la marcha. Cuando pienso en el mar, los baños, los paseos...

—¡Guau! —ladró «Ciclón» en el acto, pues siempre intervenía en la conversación al oír esa palabra.

—¡Eres un perro inteligente! —dijo Diana—. Vamos, a la cama todos.



Capítulo 3- Rumbo a la playa

El día siguiente estuvo lleno de emociones. Por lo general, los tres niños iban de vacaciones en automóvil, pero preferían muchísimo más viajar en tren.

Encontraron un compartimiento vacío, y cada uno ocupó una ventanilla. «Ciclón» fue un rato con cada niño, respirando junto a sus cuellos con gran excitación.

Era un trayecto largo hasta Woodlingham, donde tenían que cambiar de tren, casi todo a través del campo y con frecuentes paradas en diversas estaciones donde se agregaban o quitaban vagones.

A Chatín, naturalmente, le interesaban enormemente estas paradas, y hablaba con todos los maquinistas, guardas o mozos de estación que veía.

—¿Sabéis? —les anunció al regresar después de haber conversado con el maquinista—. ¿Sabéis que de los quince vagones que llevaba el tren cuando salimos, sólo quedan dos de los primitivos, el nuestro y el contiguo? Han quitado muchos, claro que también han agregado otros.

—Parece un problema de matemáticas —dijo Diana—. Mientras nuestro vagón continúe formando parte del tren, lo demás no me preocupa.

—Eso es muy femenino —replicó Roger ofendido—. No tienes el menor interés por los ferrocarriles. A mí me parece interesantísimo. Empezamos con quince vagones... dejamos seis en Limming y agregaron cinco. Dejamos otros tres en Berklemere, y pusieron dos más en Fingerpit. Ahora veamos los...

—Ahora parece una adivinanza —dijo la señorita Pimienta con aire somnoliento—. Si dejamos seis y agregamos dos, y luego quitamos cinco, y olvidamos agregar el resto, ¿queréis decirme cómo se llama el maquinista?

—¡Ja, ja, ja, qué chiste! —rió Chatín—. Oiga, ¿todavía no es hora de comer?

Al fin llegaron a Woodlingham y despertaron a la señorita Pimienta que se había quedado dormida.

—Es una suerte que seamos personas responsables —le dijo Roger—. Alguien ha de vigilar la estación en que hemos de cambiar de tren.

—No seas tonto, Roger —respondió el aya—. No comprendo cómo he podido dormirme en un tren que se mueve tanto.

Al fin llegó el tren que había de conducirles a Rockypool, y Chatín fue a hablar con el maquinista averiguando que tardaría unos diez minutos en salir de la estación.

No se fijó que otra máquina iba a engancharse al otro extremo del tren, y de pronto oyó el silbido del jefe de estación y los gritos de los otros que le llamaban frenéticamente.

—Chatín, de prisa, que nos vamos. ¡Chatín!

Chatín subió al último vagón arrastrando por el collar al pobre «Ciclón».

—¡Troncho! —dijo a una sorprendida aldeana que había allí—. ¡Casi lo pierdo! ¿Cómo iba yo a pensar que iba a marcharse en otra dirección? ¡Aquí los trenes se comportan de un modo muy extraño!

—¡Ah! —dijo la mujer.

—Quiero decir... que entró con la máquina delante, como siempre... y luego se marcha con otra máquina de refresco por detrás —dijo Chatín molesto consigo mismo por haber sido tan tonto—. Ya es hora de que alguien proteste de estas cosas.

—¡Ah! —volvió a decir la anciana asintiendo con la cabeza, y Chatín la contempló con más atención.

Según su experiencia las personas que no decían otra cosa que «oh» eran unos magníficos escuchas, así que le expuso sus puntos de vista disfrutando de lo lindo. Ni en la próxima estación ni tampoco en la siguiente trató de dirigirse al vagón donde estaban sus primos temiendo que se burlaran de él sin clemencia por haber estado a punto de quedarse en tierra.

En la tercera estación subieron dos hombres, y Chatín, al ver que eran marinos, les observó con atención. ¡Ajá! Probablemente debían pertenecer al puerto secreto de

los submarinos. Qué suerte si pudiera hacerse amigo de ellos y conseguir alguna noticia para después contársela a los otros con todo orgullo. Los recién llegados se pusieron a leer sendos periódicos.

—Perdone, señor, ¿estamos muy lejos de Rockypool? —comenzó Chatín—. Tengo que apearme allí.

—Ya verás el nombre en la estación cuando llegemos —replicó uno de ellos en tono seco.

—Oiga, señor, ¿supongo que no pertenecerán ustedes al puerto secreto? —Chatín hizo otra tentativa—. Siempre me han interesado los submarinos. Solía hacerlos navegar por la bañera, y...

—Y probablemente lo sigues haciendo —dijo el otro hombre—. ¡Cállate!

Chatín obedeció contrariado, y se dispuso a examinarles como si fuera un detective. Los dos iban bien afeitados. Uno tenía un lunar en la mejilla derecha, y el otro las cejas muy pobladas. Le parecieron muy agradables. ¡Qué lástima que no quisieran hablar! Continuó mirándoles con aire pensativo.

—¿Le pasa algo a mi cara? —preguntó uno de ellos al final—. ¿Qué te parece si miraras por la ventanilla para variar?

Chatín frunció el ceño, y despertando a «Ciclón» que estaba dormido debajo del asiento, aburrido por el largo viaje, le puso sobre sus rodillas y empezó a hablarle. No podía hacerlo con la vieja porque ahora roncaba en su rincón con la boca abierta.

—¡Cállate! —volvió a decirle uno de los hombres—. ¡Qué charlatán eres!

La aldeana se despertó de pronto, y lanzó una risita cascada.

—Vaya si lo es —dijo—. Habla por los codos. No pude entenderle ni una palabra hasta que ustedes llegaron, caballeros.

Chatín la miró indignado y se bajó en la próxima estación muy ofendido, yendo a reunirse con Roger y Diana que estaban asomados a la ventanilla de su departamento.

—¿Por qué no has venido antes? —preguntó Roger—. ¿Había alguien interesante en ese vagón?

—¡Ya lo creo! —replicó Chatín subiendo al tren—. Iban dos marinos del puerto de los submarinos, y palabra, ¡los secretos que saben!

—¡Cómo si te hubieran contado alguno! —exclamó Roger al punto.

—Está bien. Si es eso lo que piensas no te diré ni una palabra —dijo Chatín exasperado mientras tomaba asiento en el extremo opuesto. Roger le estuvo observando. Le costaba creer que pudieran contar a Chatín algún secreto interesante..., pero por otro lado era tan simpático con todo el mundo que algunas personas le habían comunicado informaciones realmente extraordinarias.

—Adelante, dime lo que te han dicho —le pidió Roger—. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué aspecto tenían?

—No quisieron decirme sus nombres —dijo Chatín—. Así que no insistí, pero

puedo decirte exactamente qué aspecto tenían. Nunca se sabe cuándo puede hacerte falta el ser observador.

Y les describió a los dos hombres con toda exactitud, incluyendo el lunar, las cejas pobladas, dos dientes prominentes, y las manos con las uñas roídas de uno de ellos, y el dedo meñique contrahecho del otro.

—¡Qué bien te fijaste! —exclamó Roger pensando por centésima vez que su primo era muy inteligente a pesar de sus tonterías—. ¡Debieras ingresar en el cuerpo de policía!

Chatín estaba a punto de asegurar la suerte que representaría para la policía el tenerle entre sus filas, cuando el tren aminoró la marcha y se detuvo en una estación.

—¡Rockypool! —gritó un empleado, y la señorita Pimienta se puso en pie rápidamente.

—Ah, hemos llegado. Roger, ve a ver si nuestros baúles y maletas están todavía en el furgón de equipajes. ¡Casi me cuesta creer que llevemos el mismo que cuando salimos, pero quién sabe!

Roger fue a averiguarlo, y Chatín y Diana bajaron las maletas pequeñas y los paquetes al apearse, y «Ciclón», como de costumbre, enredó su correa en las piernas de su amo poniéndole furioso.

Roger no tardó en regresar.

—El equipaje está todo aquí —les anunció—. ¿Qué le parece si buscáramos un taxi, señorita Pimienta? ¿Quiere que vaya a ver si hay alguno?

—Ya está pedido —repuso el aya—. Le dije a la esposa del posadero de Tantán que nos enviara uno, y debe estar esperando.

Así era. Mientras se dirigían a él, Chatín dio un codazo a su primo señalándole con la cabeza dos hombres que caminaban cerca. Roger reconociéndoles por la detallada descripción hecha por Chatín, les estuvo observando con interés. Igual que su primo consideraba que debía ser muy emocionante trabajar en cosas secretas.

El taxi les estaba aguardando, y el conductor se apeó para ayudar al mozo a cargar el equipaje. Puso el baúl atado encima del coche y las maletas en el asiento de delante.

—¿Está lejos Tantán? —preguntó Chatín, y el hombre meneó la cabeza.

—A unos tres kilómetros —dijo—. El tren sólo llega hasta aquí.

Todos subieron al taxi que olía a polvo, y Chatín asomó la cabeza por la ventanilla para verlo todo. El campo por donde pasaban parecía bastante árido y desolado... brezos y marjales con charcos de agua que brillaban aquí y allá.

El taxi avanzaba dando tumbos y Chatín miró a «Ciclón» con ansiedad.

—Creo que se está mareando —dijo.

—¡Oh, no! —dijo la señorita Pimienta con desmayo.

—Será mejor que vaya delante —dijo Chatín golpeando en el cristal—. Eh, pare

un minuto, ¿quiere? Voy a ir delante con usted.

El taxi se detuvo y Chatín se apeó con «Ciclón», que parecía muy sorprendido, y los dos no tardaron en instalarse en el asiento delantero, sentados encima de un montón de maletas.

—Ahora lo veo todo mejor —dijo Chatín al taxista sonriéndole satisfecho.

—¡Vaya! —exclamó Diana al oírle—. Y yo que creí que era verdad que «Ciclón» se mareaba. Y es que Chatín quería ir delante para ver mejor.

—Bueno, no te importe —dijo la señorita Pimienta, que estaba fatigada y no se sentía con ánimos para batallar con el incansable e incorregible Chatín—. Pronto llegaremos a la posada.

No tardaron mucho tiempo en llegar a un pueblecito junto al mar, sobre un acantilado en forma de semicírculo que miraba a una pequeña bahía. Había un hermoso paseo, un muelle pequeño, pero muy bonito, un malecón de piedra con botes, y una playa de arena dorada.

—¡Es precioso! —exclamó Diana—. Y oh, mirad, ¿esta mansión tan antigua y encantadora será acaso la posada?

—Sí, ésta es la «Posada de los Tres Hombres en una Cuba», del pequeño pueblecito de Tantán —dijo la señorita Pimienta—. Podéis bajar del coche... ¡por fin hemos llegado!



Capítulo 4- La antigua posada

Todos se apearon del taxi, y el conductor llamó a alguien que atendía por el curioso nombre de Cazorro.

—¡Eh, oye, Cazorro! Ven a coger estas cosas, ¿quieres? Han llegado tus huéspedes.

Los tres niños se detuvieron a contemplar la «Posada de los Tres Hombres en una Cuba». Campeaba una enseña antigua, pero si en ella aparecían los tres hombres dentro de una cuba, o cualquier otra cosa, era imposible decirlo, tan sucia y deslucida estaba.

La posada parecía propia de un cuento.

—¡Sí me dijeran que habíamos vuelto a la Edad Media lo creyera! —dijo la niña contemplándola—. ¡Cuando la miro me parece haber retrocedido cientos de años!

Era una posada antiquísima que se apoyaba contra el acantilado, casi metiéndose en él. Los cristales de sus ventanas en forma de diamante brillaban resplandecientes. Tenía chimeneas muy altas y el tejado tan cubierto de musgo verde grisáceo, que sus

tejas, de color rojo, sólo asomaban en algunas partes.

¡La puerta principal era digna de haber pertenecido a un castillo! Era enorme, muy fuerte y maciza, con un gran picaporte en forma de carabela. Chatín, naturalmente, en el acto quiso ir a tocarlo, pero antes de que pudiera hacerlo se abrió la puerta, por la que se asomó un rostro de ojos redondos y boca de piñón.

Al principio los pequeños pensaron que era el rostro de un niño, pero cuando fue apareciendo el resto del cuerpo, vieron que se trataba de una persona mayor. No tan alto como Roger, y con la cabeza demasiado grande para su cuerpo, le hacía parecer una extraña mezcla de niño y de hombre.

—Vamos, Cazorro, muévete —le dijo el taxista desatando algunas maletas, y aquel personaje corrió con aire desmañado. Iba vestido con el uniforme de portero..., pantalones gruesos color azul marino con un galón en las costuras laterales, un delantal de cuero y chaleco sobre camisa negra. Sonrió a los niños ladeando la cabeza con aire tímido.

¡Parecía muy fuerte! Levantó el baúl con gran facilidad, lo puso encima de su hombro y volvió a entrar en la posada.

—¡Ése es Cazorro —les explicó el taxista—. Un buen muchacho que no ha llegado a crecer del todo. Es fuerte como un toro y dulce como un niño... a menos que le dé uno de sus arranques de genio, y entonces, les aseguro que preferiría habérmelas con un león, que con Cazorro.

—Me gusta —dijo la niña—. Tiene una sonrisa muy simpática.

—Se lleva muy bien con los niños —continuó el taxista—. Pero cuando las personas mayores se meten con él por ser algo lento, empieza a gruñir, a murmurar y refunfuñar como si quisiera arrojarles por el acantilado. Y procurad entonces no burlaros nunca del pobre Cazorro. He oído decir que todo el que se ríe de él, termina mal.

La señorita Pimienta opinó que el taxista había hablado bastante y que Chatín absorbía cada una de sus palabras con avidez y estaba a punto de preguntar por las personas que «habían terminado mal».

—Creo que ya está todo —le dijo la señorita abriendo el bolso—. Gracias por haber venido a esperarnos.

El taxista se llevó la mano a la gorra mientras con la otra se guardaba en el bolsillo la espléndida propina que le acababan de entregar, y luego se marchó en su viejo coche.

Cazorro volvió a aparecer para entrar el resto del equipaje, y con él venía la mujer del posadero que era una mujer corpulenta y rechoncha con una cara bastante melancólica. Tenía tantas sotabarbas que Chatín quedó admirado, y llevaba los cabellos levantados sobre su cabeza dándole un aire muy majestuoso.

—Buenas tardes —dijo acercándose al grupo—. El tren ha debido llegar hoy

puntual. Suele hacerlo tan tarde que no les esperaba hasta dentro de media hora. Vengan por aquí. Sus habitaciones ya están preparadas.

—Oh, gracias, señora... er... señora —dijo la señorita Pimienta sorprendida al ver una posadera tan rolliza.

—Mi nombre es Gordi —repuso aquella mujer—. Señora Gordi.

—¡Qué nombre más estupendo! —murmuró Diana cuando la siguieron hasta el oscuro vestíbulo—. ¿Y verdad que le sienta bien?

—Sí, es el principio de «gordinflona» —dijo Chatín riendo por lo bajo—. Quisiera saber si tiene niños. Vamos, hay que subir escaleras. Vaya unos escalones más desiguales y altos.

—Tengan cuidado —les dijo la señora Gordi con su voz altisonante—. ¡Oh, Dios mío!... ¿Qué es esto?

Esto era «Ciclón», que escapándose del lado de Chatín, subió la escalera como una exhalación, y al pasar junto a la señora Gordi había rozado sus piernas. Le gustaba aquel sitio. Allí encontraría muchos aromas nuevos y desconocidos.

—Lo siento... ¿Le ha asustado? —dijo Chatín con su tono más amable—. Es mi perro. Está excitado por verse en un sitio nuevo. A usted no le molestarán los perros, ¿verdad? La señorita Pimienta dijo que usted los aceptaba.

—Acepto a los bien educados —dijo la señora Gordi conduciéndoles por un corredor serpenteante, al que se abrían varias puertas de aspecto macizo—. Yo tengo un perro muy bien enseñado y muy obediente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Roger.

—Le llamamos señor «Cubita», recordando lo de «Tres Hombres en una Cuba» —replicó la señora Gordi—. Es una broma de mi marido. Me costó mucho entenderla, pero ahora que está viejo y gordo, me refiero al perro, debo confesar que el nombre le sienta admirablemente.

Subieron algunos escalones más y llegaron a un rellano cuadrado al que daban varias puertas.

—Aquí es donde les he instalado —dijo abriendo una de las puertas—. Ésta es la mejor habitación. Espero que le guste, señorita Pimienta.

—¡Oh, ya lo creo! —exclamó el aya entusiasmada—. Si estuve en ella cuando era niña. Oh... y la vista... ¡es exactamente la misma de entonces!

Y acercándose a la ventana con cristalera, la abrió de par en par. Los niños se agruparon a su lado.

Aquella habitación daba a una parte escarpada del acantilado dominando las doradas arenas de la playa. El mar tenía un color azulado en aquel día de agosto, y el sonido de las olas que rompían debajo, llegaba suavemente hasta la ventana.

«Parecen suspiros —pensó Diana—, pero supongo que en los días de tormenta el ruido de las olas será ensordecedor. ¡Oh, ojalá mi habitación tenga una vista igual a

ésta!»

Y así era. Su dormitorio era menor y con un extraño techo inclinado, cruzado por grandes vigas que iban de una pared a otra. Tenía la misma vista que el de la señorita Pimienta, aunque estaba orientado un poco más hacia el oeste.

Los niños dijeron que su habitación era «súper estupenda», y llamaron a Diana para que fuera a verla. Era un gran dormitorio con un armario de roble empotrado en la pared, una doble cama con aspecto de haber tenido cuatro columnas, que luego debieron quitar, y un suelo desigual en el que los niños habrían de tropezar cientos de veces durante su estancia.

—Este lugar tiene un ambiente encantador —dijo Diana—. ¿No os parece, chicos?

—Mucho —replicó Roger—. Como Hampton Court, o la Torre, o algo así de antiguo. Puede uno comprender que aquí han ocurrido muchas cosas... y las paredes todavía las recuerdan.

—Es curioso. A mí también me da esa sensación —dijo Chatín bastante perplejo—. Y presiento además que éste ha sido un lugar feliz... con grandes banquetes y fiestas.

—No es extraño que a ti se te ocurra eso —dijo la niña—. Si las paredes pudieran hablar, sólo querrías que te contaran las comidas que se hacían abajo.

—No me importaría comer ahora —dijo Chatín—. ¿Deshacemos las maletas? ¿Dónde está ahora la señorita Pimienta?

El aya fue a ver la habitación de los niños, e inmediatamente echó a «Ciclón» de la cama.

—Chatín, ya oíste lo que dijo la señora Gordi acerca de los perros bien educados, ¿no? Pues, por amor de Dios, dile a «Ciclón» que aquí no puede portarse como en casa, o la señora Gordi va a tener mucho que decir.

—Es un nombre maravilloso, Gordi —dijo Chatín—. Es tan regordeta, rechoncha y gordinflona...

—Oh, no seas tonto, Chatín —dijo el aya—. Date prisa en deshacer las maletas y baja a merendar. La señora Gordi dijo que lo tendría todo a punto cuando nosotros estuviéramos listos.

—Bueno, pues yo ya lo estoy —replicó Chatín al punto.

—No. No lo estás. Tienes que lavarte y cepillarte el pelo. Parece un estropajo colorado, y por lo que más quieras, cepíllate también los pantalones. Parece como si te hubieras restregado por debajo de todos los asientos del tren.

—Me pondré triste si empieza a reñirme en cuanto llegamos —se quejó Chatín—. Ya me siento apesadumbrado.

Diana lanzó una serie de carcajadas.

—Oh, Chatín... qué palabra tan bonita. Es mucho mejor que triste. ¿Tienes

pesadumbre?

—No mucha, la verdad —replicó su primo—. Eh, «Ciclón», baja de la cama. ¿No has oído lo que dijo ese tarro de pimienta?

—Vas a hacer enfadar a la señorita Pimienta si empiezas a llamarla así —dijo Roger—. No te consentirá que te burles. Oye, es una vergüenza que nuestra habitación no dé al mar, ¿no te parece?

—Sí. Pero es una vista muy interesante —dijo Chatín asomándose a la pequeña ventana—. Se ven chimeneas, tejados, y las ventanas de las otras casas.

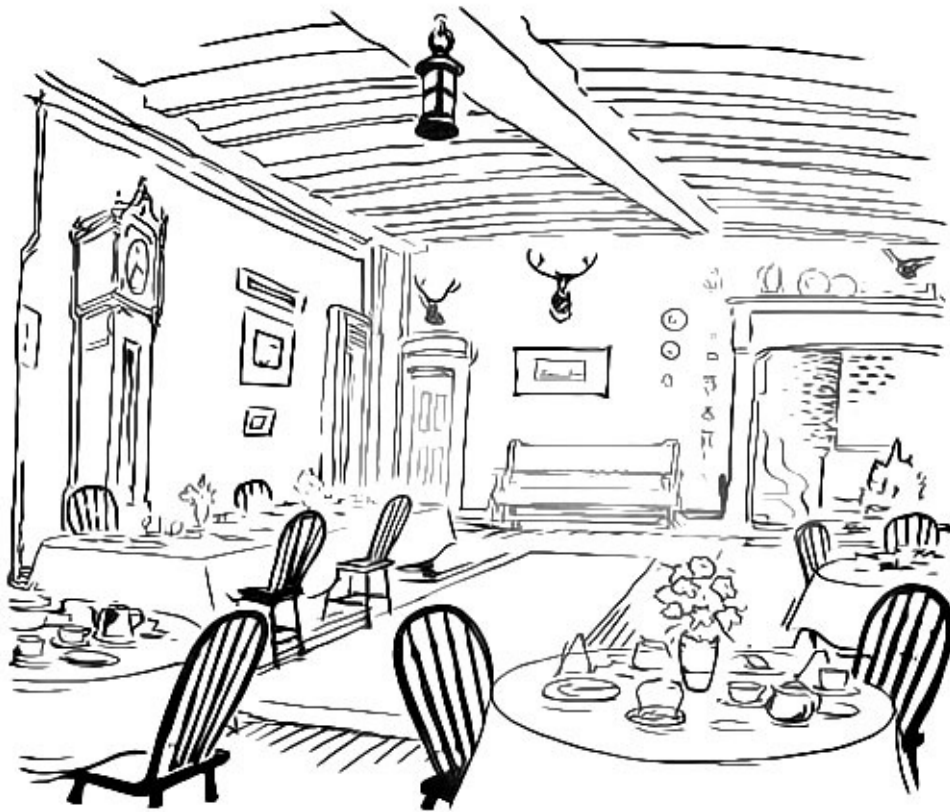
Realmente era una vista curiosa. Aquella parte de la posada era más alta que la otra y podían ver un mar de tejados desiguales y las ventanas de las buhardillas, así como las chimeneas alzándose hacia el cielo, de una de las cuales brotaba un penacho de humo.

—No me importaría explorar este tejado alguna vez —comentó Chatín lavándose la cara enérgicamente—. Lo sé hacer muy bien, eso de explorar tejados. Nunca se sabe qué clase de conocimientos pueden llegar a resultar útiles.

—Eres un tontaina, Chatín —exclamó su primo Roger—. Mira, tu perro ha vuelto a subirse a la cama. Creo que lo mejor sería cubrirla con una alfombra vieja o algo por el estilo. No veo cómo evitar que se suba. Vamos, «Ciclón»... es hora de merendar.

Llamaron a Diana y a la señorita Pimienta, y bajaron por la escalera serpenteante con grandes precauciones, ya que donde ella torcía, los escalones se estrechaban por un lado. «Ciclón», desde luego, se cayó de cabeza rodando felizmente de escalón en escalón.

—¿Es que no sabes portarte como es debido, «Ciclón»? —le susurró Chatín—. ¿Qué pensará de ti el señor «Cubita»?



Capítulo 5- Después de la merienda

Merendaron en el comedor de la posada, que era una habitación grande y bastante oscura, con grandes vigas de madera de roble, y una chimenea enorme, ahora llena de dedaleras, y una extraordinaria cantidad de puertas, todas de roble barnizado.

Chatín vio que la merienda era espléndida y cayó sobre ella con hambre canina. El pan moreno recién cocido, la mantequilla, la mermelada de ciruela..., todo fue desapareciendo por su garganta sin interrupción.

—Eres un glotón, Chatín —le dijo su prima—. En vez de mejorar, empeoras. Escuchad, ¿verdad que esta habitación es encantadora? Hay cabezas de ciervos y peces disecados en las paredes, y... mirad esos grabados tan curiosos... ¿y habéis visto alguna vez tanta variedad de estribos como los que hay colgados a cada lado de la chimenea?

—¿Estribos? —exclamó Chatín dejando de masticar por un momento—. Vaya, yo hago colección. Tengo que echarles un vistazo y ver si me falta alguno.

—¡Tonto! Tú sólo tienes nueve, y ahí deben haber setenta u ochenta —dijo la

niña—. Mira ese reloj antiguo, Chatín. Es enorme.

Era un antiguo reloj de pie, el mayor que los niños vieran en su vida. Casi llegaba hasta el techo, y su tic-tac, era tan potente que podía oírse por toda la habitación... «tic-tac», «tic-tac». Cuando fueron las cinco, comenzaron a tocar las campanadas más sonoras que oyeran los niños, aparte del Big Ben (1). Resultaban ensordecedoras.

—Señorita Pimienta, ¿está todo igual a como estaba cuando vino usted siendo niña? —preguntó Roger—. ¿Estaba también ese reloj? ¿Lo recuerda?

—Oh, sí, y recuerdo que en cierta ocasión alguien se escondió dentro de la caja del péndulo, y me dio el mayor susto de mi vida cuando le oí gruñir desde dentro como si fuera un perro —explicó el aya. Chatín había aguzado el oído para escuchar la anécdota.

—Es una idea imponente —dijo en el acto—. La tendré en cuenta.

—No —exclamó la señorita Pimienta lanzando un gemido— Por favor, Chatín, aquí compórtate como es debido. Estoy casi segura de haber conocido a la señora Gordi cuando era una niña, y no quiero que piense que no sé dominaros.

—Troncho, ¿de verdad conoció a la señora Gordi cuando era pequeña? —preguntó Chatín maravillado—. ¿Era mayor que usted?

—De la misma edad, poco más o menos —replicó el aya— Entonces era una niña muy divertida. ¿Cómo... se llamaba? Oh, sí... Gloria.

—¡Gloria Gordi! —exclamó Diana con entusiasmo—. No es posible.

—¡Chiss! —dijo el aya, temerosa de que la posadera pudiera oír a Diana—. Entonces no se llamaba Gordi, sino Gloria Tregonnan, que yo recuerde. Dicen que su familia tiene esta posada desde hace siglos.

Repentinamente hizo su aparición la señora Gordi.

—¿Han tenido bastante merienda? —preguntó con su voz potente—. Oh, vaya, casi no ha quedado nada. ¿Quieren que les sirva algo más?

—No, gracias —repuso la señorita Pimienta, comprendiendo que buena parte de la merienda debieron dársela a «Ciclón» por debajo de la mesa. ¡Por eso se estuvo tan quieto! Y miró severamente a Chatín que ya había abierto la boca para decir que él sí tomaría algo más, pero volvió a cerrarla.

—Ahora, mientras yo deshago el equipaje podéis ir a explorar la playa —dijo—. Y si la arena está húmeda, haced el favor de quitaros las sandalias y colgároslas del cuello. ¿Me has oído, Chatín?

Salieron apresuradamente, y la señorita Pimienta se sirvió otra taza de té para beberla con tranquilidad. Al poco rato reapareció la señora Gordi.

—Son revoltosos, ¿verdad? —dijo en tono simpático—. Vaya, los niños de ahora ya no son como los de nuestro tiempo. Entonces teníamos que ver y callar y nada más.

—No son malos —repuso la señorita Pimienta con lealtad—. Un poco ruidosos

algunas veces. ¿Tienen la posada muy llena, señora Gordi? ¿Muchos huéspedes?

—Pues, de momento, no —repuso la señora Gordi—. Ahora han construido un gran hotel cerca del muelle, y me ha quitado mucha clientela. En los «Tres Hombres en una Cuba» estamos un poco apartados y pasados totalmente de moda.

La señorita Pimienta observó una a dos mesas que tenían servilletas dobladas junto a los platos y unas fuentes con frutas.

—Parece que tiene otros huéspedes además de nosotros —le dijo.

—Oh, sí, tengo a dos o tres artistas —replicó la señora Gordi—. Hay una buena compañía de variedades que actúan cada noche en el muelle, y que se hacen llamar «Los Revoltosos de Tantán» aunque no sé lo que quiere decir. «Vengan a ver a los Revoltosos de Tantán y su Regocijante Espectáculo», anuncian en todos los carteles.

—Oh, a los niños les gustará ir a verles —dijo la señorita Pimienta—. ¿Hay también un payaso?

—Oh, sí... y muy divertido —replicó la señora Gordi—. Les gustará mucho. A decir verdad se hospeda aquí. Y también hay un mago... es extraño que aparezca en esta clase de espectáculos, pero creo que lo hace muy bien. También está aquí la señorita Ruseñor Iris... la cantante del espectáculo. Claro que ése no es su verdadero nombre, pero lo escogió por resultar bonito para una vocalista.

—Tiene usted huéspedes muy interesantes —dijo la señorita Pimienta divertida con la charla—, ¿y alguien más?

—Pues, hay un anciano... un tal profesor James —continuó la señora Gordi—. Y quisiera rogarle que advierta a los niños para que no le molesten, por favor, señorita Pimienta. No le gustan los perros, ni siquiera mi «Cubita», que está tan bien educado. Es bastante sordo y tiene un carácter muy violento.

El aya tomó nota mentalmente para avisar a los niños, sobre todo a Chatín, para que tuviera a «Ciclón» bien sujeto en presencia del profesor James.

—Y luego la señorita Pío —dijo la señora Gordi—. Ya no hay más. Es una señorita muy agradable, pero resulta pesada. Exagera alabando a los niños, los perros, los gatos, las mariposas, los periquitos, y demás. No quisiera que los niños se burlaran de ella.

«¡Oh, Dios mío! —pensó la señorita Pimienta—. Espero que no lo hagan. Tendré que hablar con ellos esta misma noche.»

Luego contó a la señora Gordi que tiempo atrás, la había conocido cuando era una niñita tímida, y la posadera meneó la cabeza complacida. ¡Vaya... vaya... pensar que se habían conocido de pequeñas!

—¡La posada ha cambiado muy poco! —dijo la señorita Pimienta—. ¡Me encanta volver a estar aquí!

Y subió a deshacer las maletas, pero antes contempló la espléndida vista que se divisaba desde la ventana, y se sentó para disfrutarla. ¡Parecía todo tan apacible y

sereno! ¡Qué rincón más tranquilo y encantador!

Cuando se disponía a levantarse, una explosión ahogada sacudió la posada, y la señorita Pimienta volvió a quedar sentada con gran sobresalto. ¿Qué diantre había sido aquel ruido?

Salió al descansillo verdaderamente alarmada, y allí estaba Cazurro subiendo el equipaje de alguien. Al verla le sonrió con timidez.

—¿Qué ha sido ese horrible ruido? —le preguntó la señorita Pimienta.

—Bum, bum, bum —dijo Cazurro encantado y dejando la maleta en el suelo con tal estrépito que el aya pegó un salto—. ¡«Bum»! —dijo repitiéndolo.

—No hagas eso —le dijo la señorita Pimienta—. Sólo quería saber la causa de ese ruido.

Cazurro cogió a la señorita Pimienta de un brazo y la condujo hasta una pequeña puerta. Detrás había una escalera muy empinada. Empezó a subirla e hizo señas a la señorita Pimienta para que le siguiera, y ella obedeció sorprendida. La escalera llevaba hasta el tejado, al que se salía a través de una pequeña trampa que tenía un cristal, como un tragaluz.

—Bum, bum —repetía Cazurro en tono bajo arrastrando tras sí a la señorita Pimienta para que saliera por la puerta de la trampa.

Ahora encontrábase casi al mismo nivel del acantilado que había detrás del hotel, en el punto donde descendía bruscamente hacia abajo. Había una grieta profunda, y el tragaluz se abría precisamente delante de ella, y a través de la misma podía contemplarse el mar al otro lado del risco.

Resultaba sorprendente ver el mar del otro lado del acantilado, y la señorita Pimienta lo contempló con curiosidad. Recordaba que la base submarina secreta hallábase por aquella parte, celosamente guardada por todos lados... tierra y mar, y allí se llevaban a cabo experimentos de alto secreto. Tal vez las explosiones ahogadas que oyera procedieran de aquellas pruebas.

¡Buuuuuuuu-uuum! El ruido lejano la hizo saltar otra vez. Antes de oírlo había visto una pequeña nubecilla de humo y espuma que se elevaba sobre el mar al otro lado del risco. Ahora estaba segura de que aquel ruido era debido a alguna explosión.

—Bum-bum —dijo Cazurro, que al parecer no era capaz de decir otra cosa, señalando y riendo.

—Sí. Muy interesante, gracias, Cazurro —le contestó la señorita Pimienta, y el mozo le dedicó una de sus sonrisas peculiares, mientras sus brillantes ojos azules la miraban tímidamente. Ella le dio unas palmaditas en el brazo. ¡Qué hombrecillo más extraño era aquél... más parecido a un gnomo, o a un duende, que a un ser humano!

Se hizo el propósito de contar a los niños lo que había visto en cuanto llegaron a casa. ¡Cómo se entusiasmarían! Fue de nuevo a deshacer el equipaje tarareando. Las semanas que tenía en perspectiva llenas de sol, paseos, lecturas y el cuidado de tres

niños, la llenaban de contento.

Los pequeños lo estaban pasando en grande. Habían explorado la playa que estaba llena de conchas sonrosadas. Se subieron a las rocas, y Chatín resbaló cayéndose en un charco, y ahora iba chorreando agua por todas partes.

Subieron al paseo, y caminaron hasta el muelle leyendo todos los anuncios.

—«Vean a los Revoltosos de Tantán y su Regocijante Espectáculo» —leyó Roger en un gran cartel—. Oíd, hemos de ir a verles. Me encantan los payasos. Mirad, dice que también hay un mago. Mateo Maravillas. ¡Tenemos que ir a verle!

Examinaron las fotografías de los doce artistas, y les parecieron muy bien.

—Con tal que las chicas no canten demasiado —dijo Chatín—. Es perder el tiempo habiendo un mago y un payaso. No me importa que bailen..., pero el canto es muy aburrido.

—¡«Ciclón» ha subido al muelle! —exclamó Roger de pronto—. ¡«Ciclón», vuelve! ¡«Ciclón», «Ciclón»!

«Ciclón» estaba ya en mitad del muelle y no hizo el menor caso de sus gritos. Había olido cierto apetitoso aroma de pescado procedente del extremo del muelle y pensaba examinarlo aunque fuese la último que hiciera en su vida.

—Tendremos que gastarnos dos pesetas si queremos cogerle —dijo Chatín con disgusto—. ¿Alguno de vosotros tiene dos pesetas?

—Sí. ¡Tú! —le dijo Roger—. Para eso no vas a sacarme las dos pesetas. Gasta tu dinero en tu perro.

De manera que Chatín tuvo que gastarse dos pesetas en adquirir la entrada para pasar al muelle, y arrancar a «Ciclón» del lado de un montón de pescado en el mismo extremo del malecón.

—¿Es que no oyes cómo gritan las gaviotas, tonto? —le dijo Chatín en tono severo—. Esto lo han dejado aquí para ellas. ¡Vaya un perro que estás hecho! ¿Es que ni siquiera entiendes los insultos que te dedican?



Capítulo 6- Los demás huéspedes

Cerca de las siete regresaron a la posada. La señorita Pimienta les había dicho que estuviesen allí a esa hora, porque entonces servían la cena y debían ser puntuales.

—Llegáis a muy buena hora —les dijo al oírles subir la escalera, saliendo a saludarles desde la puerta de su habitación—. ¿Habéis visto muchas cosas?

—¡Bastantes! ¡Es un sitio superestupendo! —exclamó Roger—. ¿Ha oído como unas detonaciones, señorita Pimienta? Nosotros sí, y un hombre nos dijo que provenían de la base secreta de submarinos. Dicen que está muy oculta. Ojalá pudiéramos descubrirla.

—La gente no debe ver los lugares secretos —dijo el aya—. Deberíais saberlo. Escuchad, ya que habéis llegado pronto os mostraré una cosa que Cazurro me enseñó a mí.

Y les condujo a la puerta de donde partía la escalera, que todos subieron muy extrañados. ¿A dónde conduciría? Roger lanzó una exclamación al llegar arriba y levantar la trampa para asomarse.

—¡Caramba!... Desde aquí se ve la base secreta a través de una grieta del acantilado. ¡Qué emocionante!

—¡Déjame ver! —exclamó Chatín impaciente—. Sujetad a «Ciclón». Me está arañando los pantalones con tal fuerza que me los va a romper. Caramba, Roger... ¡qué vista! Oiga, ¿es ahí donde sonó el estallido, señorita Pimienta?

—Sí. Y vi humo... o espuma, creo que debió ser eso... de la segunda —repuso el aya.

—Esperaré sentado a que suene la tercera —les anunció Chatín.

—No, nada de eso. Hemos de bajar en seguida —dijo la señorita Pimienta.

Y todos fueron bajando por la escalerilla de madera. Al llegar a la puerta que había al pie de la misma encontraron a un hombre que subía de la planta baja. Era alto, delgado, de rostro enjuto y cadavérico, ojos hundidos y mirada fija. Pareció sorprenderse al ver a los niños bajando la escalera.

Ellos también quedaron mirándole. A Diana no le gustaron sus ojos, que parecían ver a través de ella, y se estremeció. ¿Quién sería?

—Buenas noches —le dijo la señorita Pimienta en tono cortés, pensando que debía ser alguno de los otros huéspedes.

—Buenas noches —le replicó el hombre en tono seco, abriendo una puerta y desapareciendo en el interior de una habitación.

La señorita Pimienta, recordando la descripción que de los otros huéspedes le hiciera la señora Gordi, llegó a la conclusión de que aquel hombre debía ser uno de los artistas que se albergaban allí, pero seguro que no era el payaso de la compañía. Al parecer no se había reído en su vida. Tal vez fuese don Mateo Maravillas, el mago. Bueno, ¡por lo menos tenía más aspecto de mago que de comediante!

—Ése debe ser Don Triste —susurró Chatín por lo bajo—. ¿Verdad que es la imagen de la tristeza? Cualquiera diría que le deben y no le pagan.

—Daos prisa en cambiaros —dijo la señorita Pimienta—. Y recordad que habéis de cenar en el comedor, y que hay que ir limpios, cepillados e impecables, y emplear vuestros mejores modales.

—¡Oh, pobres de nosotros! —gimió Roger—. ¿La posada de «Los Tres Hombres en una Cuba» es de esa clase de hoteles? De todas maneras, Chatín tendrá que cambiarse. Mire las gotas que hay en el descansillo. Se cayó dentro de un charco.

—Se cambiará, por supuesto —replicó el aya—. Chatín, cuando te hayas puesto unos pantalones secos y limpios, dame éstos para que los seque.

Cuando el gong resonó por todo el edificio, los tres niños ya estaban preparados, y «Ciclón» también.

—Le he cepillado y quitado toda la arena —dijo Chatín con orgullo—. ¿Está muy guapo, verdad? Quiero que cause buena impresión al perro... ese señor «Cubita».

Fueron los primeros en bajar al comedor, que estaba impregnado de un apetitoso

aroma a sopa de tomate, procedente de la cocina. Chatín aspiró el aire ruidosamente, recibiendo una severa mirada de la señorita Pimienta.

Un perrazo con porte majestuoso penetró en el comedor. Era enorme... un mastín con una cabeza llena de arrugas y pliegues de carne que le colgaban de las mejillas, y una expresión fatigada y triste.

—Ése debe ser el señor «Cubita» —dijo Chatín contemplando el enorme perrazo con admiración—. Vaya... mirad sus arrugas. Buenas noches, señor «Cubita», permítame que le presente a «Ciclón». Señor «Cubita»... el señor «Ciclón».

—Guau —ladró «Ciclón» asustado, pero cortés.

—Grrrrr —gruñó el señor «Cubita» enseñando los dientes superiores de un modo espeluznante. Y «Ciclón» corrió a refugiarse detrás de un camarero que entraba para servir la sopa.

El señor «Cubita» se dirigió a una alfombra que había delante de la chimenea y allí se acomodó lentamente mientras lanzaba algunos gruñidos casi humanos. Miraba a todo el mundo con aire de superioridad y displicencia, pero al mismo tiempo como si se sintiera sumamente desgraciado. Apoyó su enorme cabeza sobre sus patas dejando escapar un suspiro que barrió el suelo como un tornado.

«Ciclón» miraba al señor «Cubita» con gran respeto. ¡Vaya perrazo! ¡Era el patriarca de los canes! «Ciclón», sintiéndose muy pequeño e insignificante, decidió portarse lo mejor posible, y se tumbó mansamente a los pies de su amo.

El camarero fue poniendo los platos de sopa delante de cada uno y acababan de empezar a comerla, cuando llegaron los demás huéspedes, que la señorita Pimienta fue reconociendo gracias a la descripción que antes le hiciera la señora Gordi.

Primero entró el señor Maravillas, el mago. Era el hombre que habían hallado en el descansillo. Luego le siguió un joven de rostro cómico, orejas puntiagudas y amplia sonrisa. Hizo algunas muecas a los niños y bromeó con el camarero. Sin duda alguna debía ser el payaso.

Luego vieron a una hermosa joven de unos veinte años, que se sentó en una mesa entre el mago y el payaso. Debía ser Ruiseñor Iris, la vocalista.

Por último entró un anciano con barba, y una señora de mediana edad con un «echarpe», adornos de «chiffon», y un lacito muy mono en su pelo extremadamente rizado.

«Profesor James... y la señorita Pío», pensó la señorita Pimienta tomando la sopa. Los niños se volvieron a mirar a los recién llegados.

—Bueno —dijo el profesor en cuanto hubo pisado el comedor—. ¿Dónde está ese perro? Espero que lejos de mi mesa.

El señor «Cubita» ni siquiera se dignó levantar la cabeza, y el profesor James le contempló con disgusto, en tanto que el perrazo sostenía su mirada con pesar.

—¡Ah! ¿Estás ahí? —dijo el profesor James camino de su mesa—. Bueno, no te

muevas de la alfombra. Camarero, ¿qué sopa es ésta?

—Sopa de tomate —dijo el camarero, que era un joven de ojos vivarachos, que ya había cambiado un par de guiños con el incorregible Chatín.

—¿Qué? Hable más alto, hombre —dijo el profesor—. Hoy día todos musitan.

—Sopa de tomate, señor —repitió el camarero en tono más alto.

—¡Maldita sea... no entiendo una palabra! —exclamó el anciano.

—Ha dicho «sopa de tomate» —gritó Chatín con toda su voz tratando de ayudar, y haciendo que todos pegaran un respingo, incluyendo al profesor.

—¿Quién grita? —dijo el profesor enfadado—. ¡Por poco nos deja sordos! —se volvió hacia la mesa de los niños. Chatín estaba a punto de confesar, con toda su voz, que había sido él quien gritara, cuando le detuvo el ceño de la señorita Pimienta.

—Quisiera un poco más de sopa —dijo en tono normal.

Una risita llegó hasta sus oídos. Era la señorita Pío, que estaba sentada a la mesa de al lado, y que se inclinó hacia la señorita Pimienta haciendo tintinear sus collares y pulseras.

—¿Verdad que es un encanto? ¡Y tan servicial! ¡Y qué agradable resulta contemplar tan buen apetito!

Chatín quedó tan horrorizado al oírse llamar «encanto», que sus primos no pudieron por menos que reírse.

—¡Qué niños tan guapos! —continuó la señorita Pío—. ¿Es usted su madre?

—No. Sólo la encargada de cuidarles —replicó la señorita Pimienta, amable, pero con frialdad. Comprendía que la señorita Pío era de esas personas que hay que evitar, o de otra manera haría que los niños se condujeran groseramente—. Me llamo Pimienta. Señorita Pimienta.

—Y yo Pío. Señorita Pío —fue su respuesta—. Tenemos que hablar a solas, señorita Pimienta, cuando esos pilluelos estén acostados. Me gustan tanto los niños. ¿Y a usted? Y los perros, naturalmente. ¡Encantadoras criaturas!

«Ciclón» decidió ver quién era aquella persona tan habladora y entrometida, y salió de debajo de la mesa, causando otro torrente de exclamaciones por parte de la señorita Pío.

—¡Oh, qué monada! ¡Oh, me encantan los «cockers»! Ven conmigo, cariñito. Un día te llevaré de paseo ¿querrás?

«Ciclón» le dirigió una mirada de disgusto, refugiándose de nuevo debajo de la mesa. El señor «Cubita» lanzó un gruñido parecido a una carcajada, y levantándose muy despacio, se tumbó de nuevo sobre la alfombra, dando la espalda a la señorita Pío.

—¿Y cómo se llaman estos niños? —continuó la señorita Pío, que al parecer podía hablar y engullir la sopa al mismo tiempo—. ¿Cómo te llamas, nenita?

—Diana, y no soy una nenita —repuso la niña—. ¡Ni que tuviera seis años!

—Yo me llamo Roger —dijo su hermano secamente.

—Y yo Chatín, señorita Pío Pío —exclamó el menor con una sonrisa y haciendo reír a Diana.

—Mi nombre es Pío, no Pío Pío —dijo la buena mujer—. ... ¿Y os gusta Tantán, pequeños? ¡Siempre me ha parecido un nombre curioso!

—Sí, muy curioso, señorita Pío Pío —empezó Chatín—. Oh, qué collares más preciosos lleva usted, señorita Pío Pío.

—Chatín —exclamó la señorita Pimienta en tono tan fiero, que el niño se calló en el acto ante la sorpresa de la dama.

—Continuad cenando, niños, y que yo no oiga ni una palabra más —dijo el aya, temerosa del efecto que la señorita Pío podría producir a ellos si continuaba hablando.

Chatín se asustaba siempre que el aya adoptaba aquel tono, y se dispuso a atacar su plato de pollo frío y ensalada en el más absoluto silencio.

—Por favor, ¿no podemos hablar ahora? —le preguntó Diana al cabo de un rato—. Quiero decir si podemos hablar entre nosotros.

La señorita Pío estaba ahora enfrascada en una animada conversación con el payaso, que se defendía valientemente, y el aya consideró oportuno permitir que los niños hicieran uso de sus lenguas.

—Muy bien, pero ya os he advertido —les dijo—. Y no os quedéis en el vestíbulo después de cenar, haced el favor. Dejadlo para los demás huéspedes.

—Está bien. Entonces iremos a dar un paseo —replicó Roger—. Yo no quiero quedarme en el vestíbulo.

Ninguno quiso quedarse. «Oh, pensó la señorita Pimienta. ¡Van a ser unas vacaciones muy difíciles!»



Capítulo 7- Buenas noticias

Los tres niños y «Ciclón» salieron una vez más a dar un paseo. La señorita Pimienta les había dicho que fuera corto, ya que iba siendo tarde. Claro que todavía no era de noche... pero al salir al paseo vieron que uno de los edificios resplandecía de luz.

—Es una especie de feria —dijo Roger—. Vamos a echar un vistazo.

—¡Oh...! Hay autos de choque —exclamó Diana—. ¿Recuerdas que una vez montamos en ellos cuando nos llevaron a una feria de atracciones? Roger, tú no cesabas de chocar con mi coche.

—Montemos ahora —replicó Chatín al punto; pero, como ninguno llevaba dinero, tuvieron que contentarse con mirar.

Era una feria muy reducida... en realidad apenas podía llamarse así. Habían máquinas tragaperras, donde gastar el dinero; un puesto de helados y palomitas de maíz, y una máquina tocadiscos automática... que sonaba a toda potencia y sin parar.

—Es un tocadiscos —dijo Chatín demostrando sus conocimientos, y se puso a leer la lista de melodías—. ¡Oh, mirad... puede tocar veinte canciones distintas! ¡Qué

estupendo! Ojalá tuviéramos uno así en la posada.

—Cielo santo... ¡Al profesor James le daría un ataque!

—Sí... se enfada en seguida —convino Roger—. Igual le ocurriría a la señora Gordi, supongo. Es una lástima que esta noche no tengamos ni una peseta.

—No creo que la señorita Pimienta nos deje venir aquí muy a menudo —dijo Diana contemplando a la gente que les rodeaba—. Algunos tipos son bastante ordinarios.

Habían entrado varios marineros que se montaban en los coches entre gritos y silbidos, y uno de ellos empujó a Diana bruscamente.

Roger apresurose a sacar a su hermana de allí. Le habían enseñado que debía cuidar de ella, y de pronto comprendió que aquél no era un lugar adecuado para que estuviera Diana, de noche.

—Eh... ¿a dónde vas, Roger? —le preguntó Chatín sorprendido—. Si acabamos de llegar.

—Bueno, pues nos vamos —replicó Roger—. Podemos ir a ver si los comediantes han comenzado su representación.

Efectivamente, debían haber empezado, pues se oía una dulce canción procedente del muelle.

—Ésa debe ser Rruiseñor Iris —dijo Chatín—. Apuesto a que lo es. Me pareció muy bonita.

—¡Chatín se ha enamorado de ella! —exclamó Diana—. A mí el que me pareció más simpático fue el payaso. Me encantan sus orejas puntiagudas... como las de gnomos.

El sonido de un banjo llegó hasta ellos... nig-nig-nig-nisingin-nig-nig-nig. Al instante, Chatín simuló tocar también el banjo produciendo un ruido muy particular con su lengua.

—Oh, basta, Chatín —dijo su primo—. Supongo que te crees muy gracioso.

—Pues lo soy bastante —dijo Chatín continuando con su pantomima—. Todos ríen cuando toco el banjo en el colegio... de mentirijilla, claro... Y también sé tocar la gitara... escuchad.

Y fingiendo tener una cítara entre las manos comenzó a hacer sonar sus cuerdas con gran sentimiento, e imitando al mismo tiempo su sonido. La verdad es que lo hacía muy bien. Un hombre que paseaba por el muelle se detuvo a escuchar. Iba vestido de payaso y evidentemente acababa de abandonar la representación para respirar un poco de aire. Estuvo observando a Chatín muy divertido.

—¡Eh! —les gritó—. ¿No sois vosotros los niños de la posada? No eres mal actor, jovencito. ¿Por qué no tomas parte en nuestro concurso infantil semanal...? ¡Apuesto a que lo ganarías!

Chatín dejó sus imitaciones para sonreír al hombre.

—No le había conocido caracterizado de Pierrot —le dijo—. Usted es el payaso, ¿verdad?

El hombre, de pronto, movió las orejas, cosa que asombró a los pequeños, y también hizo una mueca muy particular que Chatín deseó imitar en el acto.

—Sí, soy el payaso —les dijo—. Pero no siempre resulta divertido. ¿Sabéis?, a veces me aburre.

Y dió unos ridículos pasos de danza por el muelle, luego pegó un salto, y quedó sentado en el suelo con una sonrisa de sorpresa. Los niños rieron de buena gana y «Ciclón» casi se vuelve loco tratando de soltarse de la correa para subir al muelle.

—¿Sabéis? Estos concursos Infantiles resultan muy divertidos —dijo poniéndose en pie con un movimiento rápido—. Cualquiera puede tomar parte. Y el premio son cinco duros para la niña que mejor actúe y otros cinco para el niño más artista. Debierais venir a probar suerte. No importa lo que hagáis... bailar, cantar, malabarismo, o el tonto. ¡Este jovencito ganaría en el acto el premio de hacer el tonto!

Y con un gesto señaló a Chatín, que no supo si tomarlo como un cumplido.

—Chatín siempre está haciendo el tonto —dijo su primo—. Es lo único que toma en serio. ¿No es cierto, Chatín?

Chatín le propinó un puñetazo, y el hombre sonriendo, se volvió para marcharse. La música de baile había cesado y debía regresar a su puesto. Tiró el cigarrillo a un lado.

—¡Hasta la vista! —les dijo—. Os veré mañana en la vieja posada donde Mamá Gordi vigilará para que todos usemos correctamente el cuchillo y el tenedor y no hablemos con la boca llena.

—Le deja a uno harto, ¿verdad? —dijo Chatín tratando de hacer un chiste. El payaso rió.

—Debieras actuar conmigo —exclamó—. «El Payaso y un Pellizco de Niño». ¡Hasta la vista!

Y se alejó rápidamente por el muelle mientras Chatín le contemplaba. No estaba seguro de si aquel hombre le consideraba gracioso, o le estaba tomando el pelo.

—¡Siempre dándotelas de gracioso! —exclamó Roger en tono de disgusto—. No sé cómo eres tan payaso, Chatín. Vamos... se está haciendo tarde, y la señorita Pimienta va a enviar en nuestra búsqueda.

Regresaron a la posada donde la señorita Pimienta les esperaba en la puerta.

—¡Roger! ¡Diana! ¿A ver si adivináis quién acaba de telefonar?

—¿Quién? —preguntaron todos a una.

—¡Nabé! —dijo el aya.

—¡«Nabé»! —repitieron los tres niños con gran entusiasmo—. ¿Entonces está por aquí cerca?

—Entrad y os contaré lo que me ha dicho —repuso la señorita Pimienta llevándoles al vestíbulo, que ahora permanecía desierto.

—Estaba aquí sentada —explicó— cuando la señora Gordi vino a decirme que un tal don Bernabé llamaba por teléfono preguntando por vosotros..., pero que podía ponerme yo en vuestro lugar. ¡Al principio no pude imaginarme quién sería ese don Bernabé!

—Continúe —dijo Roger.

—Fui al teléfono, y claro, era Nabé —prosiguió la señorita Pimienta—. Ha estado enfermo. Debe haberse sentido muy solo, y creo que estaba deseando ponerse en contacto con los únicos amigos que tiene... vosotros. Me dio un número de teléfono y dijo que le llamarais en cuanto vinierais. Es de una cabina telefónica, y ahora estará allí esperando.

—De prisa... telefonaremos ahora mismo —dijo Diana—. ¿Cuál es el número? ¡Pobrecito Nabé! ¡Cómo me gustaría volverle a ver!

La señorita Pimienta les dio el número y corrieron a telefonar. ¡Nabé! ¡Qué estupendo! ¡Si estuviera por allí cerca y pudiera llegarse a Tantán!

Nabé era un amigo suyo que actuaba en los circos. Le conocieron por casualidad, con «Miranda», su inteligente mónica... y desde entonces se hicieron muy amigos. Estaba solo en el mundo, y se ganaba la vida trabajando en circos y ferias. Ahora había estado enfermo y... y se encontraba solo. Los tres niños estaban deseando volver o verle y preguntarle muchas cosas.

Roger y los otros se agolparon en el interior de la cabina y marcaron el número. Les contestó en seguida la voz de Nabé.

—¡Hola! ¿Eres tú, Roger?

—¡Hola, Nabé! ¿Dónde estás? Sé que has estado enfermo. ¿Te encuentras ya bien? ¿Cómo está «Miranda»?

—Muy bien —repuso Nabé—. Cogí un resfriado, o algo por el estilo... durmiendo debajo de un seto mientras llovía. Tuve que estarme en un granero durante un par de semanas... ¡y «Miranda» me cuidaba!

—¡Pobrecita «Miranda»! —dijo Roger imaginando a la pequeña mónica humedeciendo el rostro de Nabé con una esponja, y llevándole vasos de agua para beber—. ¿Dónde estás, Nabé? ¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—Telefoneé a vuestra casa, y la cocinera me lo dijo —explicó Nabé—. Escucha... con un poco de suerte mañana puedo llegar ahí haciendo auto-stop. Últimamente me he sentido muy solo... supongo que habrá sido por ese resfriado...

Era tan impropio de Nabé admitir que se encontraba solo, que Roger comprendió al instante que debía estar muy triste. Recordó cómo se había sentido durante la primavera cuando tuvo la gripe... y eso que estaba rodeado de personas deseosas de ayudarle y consolarle. ¡Y Nabé no tenía a nadie, sólo a «Miranda»!

—Ven aquí —le apremió Roger—. A nuestra posada. Oh, espera..., estoy seguro de que la señora Gordi no querrá tener a «Miranda». ¡Qué lástima!

—No puedo quedarme donde estáis vosotros —replicó Nabé al punto—. En primer lugar, no tengo dinero, y luego que tampoco querrían admitirme. Pero estoy seguro de que encontraré trabajo y puedo dormir en la playa, ya que hace buen tiempo. A mí me gusta.

—Está bien. «Ven»... sea como sea —dijo Roger—. Te esperamos. ¡Oh, Nabé, qué estupendo tenerte aquí! ¡Dale recuerdos a «Miranda»! «Ciclón» seguramente se alegrará mucho de verla.

—Iré —prometió Nabé—. Adiós, Roger.

Se oyó un clic cuando Nabé colgó el teléfono, y Roger hizo lo propio, mientras los otros le apremiaban con sus preguntas.

Roger salió de la cabina al mismo tiempo que Diana y Chatín que estaban ansiosos por oír lo que tenía que contarles, y no supieron esperar a salir de ella por turno.

Fueron al vestíbulo, donde les esperaba la señorita Pimienta, y Roger les fue repitiendo palabra por palabra todo cuanto Nabé había dicho.

—De manera que mañana le tendremos en Tantán —le dijo en tono alegre—. ¡El bueno de Nabé! ¡Qué alegría volver a verle, y a «Miranda» también!

—¡Superimponente! —exclamó Chatín, pues quería mucho al robusto y confiado Nabé, y a su divertida y revoltosa mónica.

—Ahora id a acostaros —les dijo la señorita Pimienta, que estaba deseando verse en la cama—, ¡y por «favor», bajad puntuales a desayunar!



Capítulo 8- El bueno de Nabé

Los niños durmieron tan profundamente que ni siquiera oyeron el gong anunciando el desayuno; y la señorita Pimienta entró corriendo en sus habitaciones aún con la bata puesta.

—¡Levantaos! —les dijo—. También yo me he dormido. ¡Pobre de mí! Causaremos muy mala impresión a la señora Gordi si nos retrasamos la primera mañana. ¿Podréis daros mucha prisa?

—No —replicó Chatín somnoliento, y dando media vuelta.

—Nabé puede llegar de un momento a otro —dijo el aya con astucia.

Chatín saltó de la cama en el acto.

—Había olvidado al bueno de Nabé —dijo, y la señorita Pimienta dejó a los niños para que se vistieran rápidamente, y después de asegurarse de que Diana también se había levantado, fue a terminar de vestirse. ¡Bajaron tan tarde que en el vestíbulo sólo

estaba la señorita Pío!

Les saludó con alegría.

—¡Pobrecitos míos! ¿Os habéis dormido? ¡Los pobrecillos debían estar tan cansados... y el perrito también!

El perrito no estaba nada cansado y trotó hasta la señorita Pío para quitarle la servilleta que tenía en el regazo y luego echó a correr con ella. Era un juego tonto que molestaba a todo el mundo, y la señorita Pío lanzó un pequeño grito:

—¡Oh, malo, malo! Tráela aquí.

—¡«Ciclón»! —rugió Chatín con su voz más estentórea—. ¡Trae eso aquí!

La señorita Pío casi se cae de la silla al oír su grito, y el ruido atrajo al displicente señor «Cubita» hasta la puerta, desde donde miró inquisidoramente, con aire más triste que nunca, asomando su rostro lleno de arrugas. «Ciclón» salió huyendo y dejó caer la servilleta. El señor «Cubita» la olfateó y luego, cogiéndola con los dientes, la llevó hasta su alfombra donde se tumbó gruñendo.

—¡Eh, «Ciclón»! La próxima vez te llevará a ti a su alfombra y se tumbará encima —le amenazó Chatín esperando no tener que ir a rescatar la servilleta de la señorita Pío de las garras del formidable perrazo.

—El querido señor «Cubita» —gorgoteó la señorita Pío—. ¿Verdad que es un perro notable? Me encantan los perros, ¿a usted no, señorita Pimienta? ¡Y los gatos también, adorables criaturas!

—Entonces le gustaría nuestro gato «Arenque», señorita Pío Pío —empezó a decir Chatín—. Le encanta hacer caer a la gente en la escalera de un modo adorable. Oh, señorita Pío Pío, y también le encantaría un mono que pertenece a un amigo nuestro.

—Sí, querido, estoy segura de que me encantaría —replicó la buena mujer—. Pero mi nombre es Pío, y no Pío Pío.

—Oh, nunca me acuerdo —replicó Chatín sin mirar a la señorita Pimienta, que había fruncido el ceño con gesto severo—. ¿Sabe? Es que me recuerda una canción... pío-pío-pío-pío pajarito... o algo por el estilo. Me encantan los pájaros, ¿a usted no, señorita Pío Pío? Son un encanto. Son de maravilla.

—Chatín, ¿quieres irme a buscar un pañuelo por favor? —dijo la señorita Pimienta desesperada. ¿Cómo detener a aquel charlatán? Diana ya empezaba a no poder contener la risa, y Roger sonreía de oreja a oreja. Incluso ella misma, furiosa como estaba, no podía por menos de pensar que la señorita Pío se merecía que le tomasen el pelo... ¡qué tontísima era! Y aquel modo de hablar...

Chatín dirigió una mirada de sorpresa a la señorita Pimienta.

—Olvida muy a menudo su pañuelo —observó, mas al ver su mirada decidió no decir nada más, y obediente, fue en busca de lo pedido.

La señorita Pío pareció dispuesta a comentar lo serviciales que son los niños,

cuando la señorita Pimienta apresurose a desviar la conversación antes de que pudiera decir palabra.

—Me pregunto cuándo llegará Nabé, Roger. ¿Te dijo alguna hora en concreto? Debemos estar alerta.

Aquel era un tema tan interesante que los tres niños olvidaron inmediatamente a la señorita Pío, que no tardó en abandonar la mesa acompañada de un fru-frú de faldas, el tintineo de sus pulseras, y dejando una estela de fuerte perfume.

—¡Fu! —exclamó Chatín—. ¿Qué es ese olor tan horrible?

La señorita Pimienta aprovechó la oportunidad para explicarle clara y extensamente lo que pensaba de la descortesía y mala educación, y le amenazó con cosas tan terribles que Chatín se reclinó en su silla asustado.

—¡Oiga! —dijo con voz insegura—. Lo siento. Es de esas personas que me saca de mis casillas con su afectación. Es demasiado buena para ser verdad. Señorita Pimienta, no habrá dicho en serio eso de dejarme sin pasteles una semana entera, y sin repetir de nada... No puede usted ser tan cruel.

—Puedo y lo seré —replicó el aya con severidad—. No consentiré la menor descortesía, aunque tú lo hagas por dártelas de gracioso. Ahora, termina ya esa tostada con mermelada. No quiero que estemos aquí sentados hasta la hora de comer.

Aquella mañana se bañaron en la playa. El agua estaba templada, y a pesar de que soplaba poco viento, eran las olas muy aceptables para zambullirse en ellas.

—Me encanta atravesar una ola cuando rompe —dijo la niña—. Me salpica con su agua verde. Escuchad... lo vamos a pasar estupendamente aquí, ¿no os parece?

Estuvieron vigilando a ver si veían a Nabé y «Miranda», pero aquella mañana no aparecieron. Por la tarde volvieron a la playa a leer y a tomar el sol. Estaban adquiriendo ya un fuerte color langostino, con la piel requemada, y la señorita Pimienta pensó que, de seguir así, por la noche iban a sentirse muy incómodos.

—«Ciclón» también quisiera quitarse su piel y ponerse un traje de baño —dijo Diana acariciando al perro que jadeaba—. ¿Verdad que tiene una lengua muy larga cuando la saca así? ¿Quieres un helado, «Ciclón»?

—Guau —ladró el perro al punto incorporándose.

«Helado» era una palabra que entendía perfectamente. Pero todos tenían demasiada pereza para ir a comprarlo, y «Ciclón» volvió a tumbarse decepcionado. ¡Despertar sus ilusiones para nada! Empezó a jadear de nuevo, haciendo que Diana sintiera más calor que nunca.

Uno por uno fueron quedando dormidos sobre la arena. Diana, de espaldas sobre la arena, con el sombrero echado sobre la cara; Roger, de costado, y hecho un ovillo, y Chatín boca abajo dejando que su espalda se tostase más y mejor. La señorita Pimienta dormía con aire digno en una tumbona con una sombrilla sobre su cabeza para librarla del sol.

Alguien se fue aproximando por la arena y saltó sobre la espalda de Chatín dando brincos y parloteando. «Ciclón» lanzó un ladrido muy potente y colocó sus patas delanteras también encima de su amo.

La señorita Pimienta se despertó sobresaltada, y Chatín lanzó un grito de enojo.

—¡Quítate de ahí, idiota! ¿Quién está saltando sobre mi espalda? ¡Quita de ahí, te digo, que me duele!

Y comenzó a rodar sobre la arena hasta que alguien se abrazó a su cuello lanzando grititos de bienvenida.

—¡«Miranda»! —exclamó Chatín—. Oh, «Miranda», ¿eres tú? Eh, mirad, «Miranda» está aquí. ¿Y Nabé?

El grupo recobró la animación en un momento. «Ciclón», se volvió loco, como de costumbre, y corría a su alrededor levantando la arena mientras «Miranda» saltaba de uno a otro, abrazándoles entre gritos de alegría.

Chatín se puso en pie para mirar hacia el paseo donde vio una figura que reconoció en el acto.

—¡Nabé! ¡Nabé, estamos aquí! ¡Ven, Nabé!

En aquellos momentos todo el mundo se había dado cuenta de que había llegado un muchacho con un mono y era saludado ruidosamente por sus amigos. Nabé bajó de un salto desde el paseo echando a andar por la arena muy sonriente, y Diana corrió a su encuentro.

—¡Nabé! ¡Has venido! ¡Oh, Nabé, has adelgazado!

Nabé se sentó entre sus amigos con gran contento. Sus extraños ojos estaban tan azules y brillantes como siempre, y sus cabellos color de trigo formaban los mismos mechones espesos. Su boca sonreía feliz mientras contemplaba a sus amigos, uno por uno.

—Qué alegría veros —les dijo—. Parece que ha pasado un siglo desde mayo, cuando estuvimos juntos en la Aldea de las Campanas. ¡Y ahora estamos en Tantán! Todos tenéis muy buen aspecto.

—Tú has estado enfermo, pobre Nabé —dijo la niña—. Estás más delgado y no tan moreno como otras veces. ¿Qué te ha pasado?

—Oh, ahora estoy bien —replicó Nabé—. «Miranda» cuidó de mí, como ya os dije. Me enfrié, supongo que... por dormir bajo la lluvia, y estuve varios días en un granero tosiendo mucho. El granjero me permitió que me quedara, y «Miranda» me llevaba los alimentos. Cada día iba a la granja y me traía el pan y la comida que le daba el buen hombre. Debierais haberla visto llevando vasos de leche... y sin derramar ni una gota; ¿verdad, «Miranda»?

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas. Imaginaba a Nabé enfermo con la única ayuda de una mónita. Qué terrible debía ser estar tan solo... sin madre, sin padre, ni amigos con quien alternar. ¡Pobrecilla «Miranda»... qué preocupada y

asustada debía haber estado!

—Debes haberte sentido terriblemente solo —le dijo Chatín, quien por no tener padres comprendía mejor que los demás lo que significaba estar solo... ¡aunque él tenía muchísimos parientes!

—Sí. No acostumbro a sentirme abandonado —repuso Nabé—. Ojalá mi madre no hubiera muerto. Y ojalá pudiera encontrar a mi padre. ¡Imaginaros que tenéis un padre en algún sitio, y no sabéis quién es ni dónde está! Él no sabe nada de mí, lo sé..., pero de todas maneras es mi padre, ¿no os parece?

La señorita Pimienta estaba escuchando. Conocía la historia de Nabé, por supuesto... que su madre, una artista de circo, se había casado con un actor al que abandonó tres meses después de volver a la vida que amaba: el circo. Nabé nació seis meses después, pero ella no se molestó en comunicárselo a su padre, temerosa de qué quisiera llevarse a Nabé a su lado.

Así que Nabé había crecido pensando que su padre había muerto... y sólo cuando su madre se vio enferma y en trance de muerte le contó su secreto... que había abandonado a su padre, al que nunca comunicó el nacimiento de su hijo, pero su padre vivía, y Nabé debía buscarle.

Y Nabé lo había buscado, pero sin encontrarlo nunca. ¿Cómo sería? ¿Quizá continuaba actuando? Representaba obras de Shakespeare en otros tiempos, pero Nabé no sabía nada más. ¡Si lograra encontrar a la única persona a quien pertenecía!

—Buscaremos a tu padre —dijo Diana incapaz de soportar la soledad que se adivinaba en la voz del muchacho—. ¡Y le encontraremos! «De una manera u otra». ¡Tiene que haber algún medio, Nabé!



Capítulo 9- Una tarde apacible

Nabé se sintió feliz cuando hubo contado sus temores y problemas a sus tres amigos. Les había recordado mucho después de su enfermedad y no pudo nunca apartarlos de su pensamiento.

—Pero ahora que nos lo has contado todo, y que estamos dispuestos a hacer todo lo posible por solucionar tus problemas, ¿no es cierto que te sientes más tranquilo? —le dijo Diana que no podía ver a nadie triste.

—Ya lo creo —repuso Nabé semi-avergonzado de haberles contado todas sus cosas—. Esta noche me arrepentiré de haber hablado tanto.

—Bueno, ¿y de qué sirve tener amigos si no compartes con ellos tus preocupaciones? —exclamó Roger muy sensatamente—. Eso demuestra que confías en nosotros.

—Sí. Eso es cierto —repuso Nabé—. Pero vosotros no compartís vuestros problemas conmigo... parece que no los tenéis nunca. Tal vez los que tienen familia carecen de problema.

—Oh, claro que los tenemos —exclamó Chatín con sentimiento—. Espera a que tengas los que tengo yo con tío Ricardo... y te dedique una buena reprimenda. Eso sí que es un problema. Y desgraciadamente no puedo pedir a nadie que lo comparta conmigo.

—No olvidéis que los amigos comparten lo mismo las cosas buenas que las preocupaciones —intervino la señorita Pimienta—. Y pues que todos sois amigos, ¿qué os parece si compartierais la merienda y los helados?

—Troncho... ¿ya es hora de merendar? —exclamó Chatín incorporándose apresuradamente—. Figuraos... estoy tan contento de volver a ver al bueno de Nabé, ¡que me he olvidado hasta de la merienda!

—Qué cumplido para Nabé —dijo Diana acariciando a «Miranda», quien en aquellos momentos sentíase la mónica más feliz del mundo—. Nunca hubiera creído que existiera alguien capaz de hacerte olvidar la merienda.

Nabé se echó a reír. Aquella clase de bromas eran las que le encantaban, y nunca las tuvo, excepto cuando hallábase con sus tres amigos. Aquellas puyas, chistes y rápidas respuestas... le parecían deliciosas, aunque la señorita Pimienta estuviera cansada de ellas, como es lógico.

Los niños se habían llevado la merienda a la playa, preparada por la gentil señora Gordi, quien les proveyó de gran cantidad de bocadillos, bollos, pedazos de pastel y galletas, hechas por ella, que se deshacían en la boca.

—¡Esto es una merienda! —dijo Chatín en tono de aprobación—. No imaginaba que la señora Gordi nos tratara tan bien, y no me resulta tan displicente como parece.

—Probablemente creará que dándote mucha merienda cenarás menos —replicó la señorita Pimienta, divertida.

—¡Qué esperanza! —exclamó Chatín—. Por lo que a mí respecta eso no tiene la menor importancia. Ya sabe que siempre he compadecido a las personas mayores, señorita Pimienta. Debe ser terrible no darse nunca un atracón por temor a parecer grosero o glotón.

—No te gustaría ser mayor, ¿verdad, Chatín? —dijo la niña—. Nada de banquetazos, ni media docena de helados uno tras otro... ni de tomar pastillas de chocolate continuamente, ni...

—¡Qué horror! —repuso Chatín alarmado—. Vamos, Nabé, toma otro bocadillo.

Pero el apetito de Nabé ya no era el de antes, y la señorita Pimienta pensó que debía haber estado muy enfermo. ¿Qué pensaría hacer ahora? Hubiera deseado poderle tener en la posada y alimentarle y cuidarle un poco, pero aquello era imposible. En primer lugar no querrían admitir a «Miranda», y Nabé no consentía en separarse de ella.

Además, iba muy raído y descuidado. Había hecho todo lo posible por aparecer limpio y aseado ante sus amigos, pero no había tenido dinero durante algún tiempo, y

le fue imposible comprarse unas sandalias nuevas. Así que iba descalzo. Su camisa estaba rota y no tenía botones, y sus pantalones de franela gris, estaban deshilachados en los bordes y remendados en las rodillas.

Pero además de atractivo era guapo, honrado, inteligente y sincero; cualquier padre habría de sentirse orgulloso de un hijo así. La señorita Pimienta miró a Nabé suspirando. Estaba convencida de que nunca lograría encontrar a su padre, pero no tuvo valor para decírselo.

—Nabé, ojalá pudieras quedarte en la posada con nosotros —exclamó Diana.

—Es imposible —repuso Nabé—. Ya lo sabes. De todas maneras ya he encontrado trabajo.

Todos le contemplaron admirados. ¡Ya tenía trabajo! ¿Cómo lo conseguía?

—¿Qué clase de trabajo? —quiso saber Roger.

—Pues, hay una especie de feria en el pueblo —empezó a decir Nabé—. Con autos de choque y otras cosas.

—¡Oh, sí! ¡Anoche fuimos a verla! —exclamó Diana—. ¿Has encontrado trabajo allí, Nabé?

—Sí. Ya sabéis que soy un buen mecánico —continuó Nabé—. Me han encargado de los coches... de engrasar la maquinaria, cuidar de que todos funcionen, y demás. Es un trabajo fácil para mí. Además me gustan las ferias..., es la vida que siempre he vivido... yendo de feria en feria y de circo en circo.

—Bueno, entonces podrás estar con nosotros bastante tiempo, ¿no es cierto? —preguntó Chatín—. La feria no se abre hasta después de las cinco.

—Sí, podré estar con vosotros muchos ratos —dijo Nabé complacido—. Aunque no iré a la posada. Me mirarían por encima del hombro... y de momento no estoy muy presentable. Pero en cuanto gane algún dinero veréis qué guapo me pongo.

Los tres sintieron al punto el impulso de ofrecer a su amigo hasta el último céntimo, como regalo o como préstamo... pero nada dijeron. Nabé era muy orgulloso, y pudiera sentirse humillado o violento si le ofrecían demasiado entre todos.

Sin embargo, la señorita Pimienta le hizo un ofrecimiento que fue aceptado.

—Hay una cosa que sí puedes hacer, Nabé. Que Roger te preste uno de sus trajes de baño... y mientras te bañas yo puedo coserte los botones de la camisa y remendar tus pantalones. Están muy limpios de manera que no habrá necesidad de lavarlos.

—Pues... gracias —replicó Nabé enrojándose—. No hago muy bien esas cosas.

Roger corrió a buscarle un traje de baño a la posada, y Nabé fue a ponérselo tras de unas rocas y luego entregó su camisa y sus pantalones a la señorita Pimienta con mucha timidez.

—Muchísimas gracias —le dijo—. Es usted muy amable. ¡Cascaras, qué maravilloso es volver a estar con ustedes! ¡Y con «Ciclón» también... el loco de

«Ciclón»!

«Ciclón» estaba rebosante de alegría al ver a Nabé y «Miranda» de nuevo con sus amigos, y corría por la playa a toda velocidad ladrando al pasar junto a ellos, y al oído de «Miranda», y echaba a correr otra vez a cien kilómetros por hora.

—Está haciendo el tren —dijo Chatín—. Dentro de un minuto estará cansado y vendrá a tumbarse al lado de «Miranda»... y ella le gastará alguna de sus bromas.

Y ocurrió exactamente como había dicho. «Ciclón», completamente exhausto y jadeando como un tren al subir una colina, se dejó caer sobre la arena junto a los otros. «Miranda» saltó sobre él tirándole de las orejas. Él se levantó tratando de sacudírsela, pero ella se agarraba con fuerza, parloteando, excitada.

«Ciclón» saltaba tratando de quitársela de encima ante el regocijo de todos los que estaban en la playa, pero «Miranda», que disfrutaba inmensamente, seguía montada sobre la espalda del perro cual si fuera un caballo de carreras.

¡De pronto «Ciclón» recordó cómo librarse de la impertinente mónica! Y echándose al suelo comenzó a rodar haciendo huir a «Miranda», que temerosa de que la aplastara, se abrazó al cuello de Nabé antes de que «Ciclón» pudiera alcanzarla.

Un hombre se fue acercando lentamente hacia ellos... un hombre alto y delgado que los niños reconocieron en seguida. Era el mago perteneciente a la compañía de artistas, que al contemplar a «Miranda» y Nabé tuvo una idea repentina. Al ver a Nabé vestido pobremente adivinó que tendría que trabajar para ganarse la vida.

—Tú, muchacho —le dijo al acercarse señalando a Nabé—. ¿Quieres trabajar? Soy mago y malabarista y actúo en la compañía de artistas del muelle. Si quieres trabajar conmigo como ayudante con tu mono, te pagaría bien, ¿qué me dices, chico?

—Lo siento, señor, pero ya tengo trabajo —repuso Nabé—. En el Auto-Choque, pero si no me agrada, le avisaría. Aunque tengo que quedarme por lo menos una semana.

El mago hizo un gesto de asentimiento y se alejó, mientras Nabé se volvía para decir a sus amigos:

—¿Os fijasteis en sus ojos? Apuesto a que es un tipo extraño. Me parece que no me gustaría trabajar teniendo esos ojos fijos en mí. Me darían escalofríos. ¡Es de esa clase de personas que ven por la espalda!

—¡De todas formas, encuentro maravilloso que le ofrezcan a uno trabajo de esta manera! —exclamó Chatín con envidia—. ¿A que nadie vendrá a ofrecerme trabajo a mí? Estoy seguro de que tardaría meses en encontrar un empleo.

Fue una tarde magnífica. A las seis la señorita Pimienta se marchó a dar un paseo dejándoles solos, y estuvieron hablando a Nabé de los huéspedes de la posada, y en especial de la señorita Pío. Cuando le llegó el turno al extraño portero, Cazorro, Nabé alzó la cabeza sorprendido.

—¿Cazorro? ¿Qué tal es? Contadme.

Se lo describieron.

—Es bajito... con una cabeza muy grande y ojos redondos y azules... una boca de piñón... y terriblemente fuerte —dijo Roger—. Creo que es algo retrasado... medio niño y medio hombre. Me es simpático. El taxista nos dijo que algunas veces le dan ataques de ira. ¿Por qué... es que le conoces?

—Pues... tiene que ser el Cazurro que yo conocí una vez —dijo Nabé—. Estuvo conmigo en un circo hace varios años. Quería mucho a mi madre, que siempre fue amable con él. Cuando dejé aquel circo no volví a saber de él. ¡Pobrecito Cazurro! Le quería y apreciaba mucho... en realidad era como un niño grande... pero sí que le daban ataques de furor. Entonces era peligroso, debido a su fuerza extraordinaria. ¡Yo le he visto coger a un hombre y lanzarlo al aire!

—¡Cielo santo! —exclamó Roger sobresaltado al conocer aquel nuevo aspecto de Cazurro—. Bueno, tendrás que ir a ver si es el mismo que tú conocías. Le hablaremos de ti.

La señorita Pimienta había regresado y les llamaba.

—Es hora de comer —les dijo. ¡Aquella era una noticia que siempre les hacía correr!

—Adiós, Nabé, te veremos mañana —gritó Chatín—. ¡Cuídate mucho!



Capítulo 10- Unas palabras con Cazorro

La señorita Pimienta no dejó que los niños fueran a la feria después de cenar.

—No —les dijo—. Es la primera noche que trabaja Nabé y no podrá atender sino a su trabajo.

—¡No le molestaremos! —replicó Chatín indignado, mas Roger supo comprender el punto de vista del aya. No sería justo que sus tres amigos se presentaran para importunarle cuando estuviese aprendiendo su nuevo cometido, sin olvidar a «Ciclón», que trataría por todos los medios de llamar su atención; o que le pusieran nervioso mirándole trabajar.

Decidieron, pues, ir en busca de Cazorro para averiguar si conocía a Nabé. La señora Gordi quedó muy sorprendida cuando le preguntaron si podían hablar con Cazorro.

—Creemos haber encontrado a un amigo suyo —explicó Roger—. Y queremos

hablar con él para comprobarlo.

—Pero no conseguiréis sacar nada en claro del pobre Cazorro —dijo la señora Gordi—. Casi nunca habla. Sólo sabe imitar algunos ruidos, pero nada más. Buum-bum... bang-bang... chuchuchu, como un tren... miau-miau, como un gato, pero no habla.

—¿Pero podríamos verle de todas maneras? —preguntó Roger.

—Debe estar en el patio de atrás —dijo la señora Gordi sin gran entusiasmo.

Y allá se fueron por el oscuro vestíbulo hasta una puerta forrada de paño que empujaron para entrar en la gran cocina, cuya puerta daba al patio posterior. Era un lugar horrible, lleno de toda clase de cachivaches, botellas vacías, cajones, verduras podridas, y un gran gato que al ver aparecer a «Ciclón» se subió a una tapia alta. El perro, naturalmente, creyó poder alcanzarle y comenzó a saltar como un loco.

Cazorro estaba allí barriendo los desperdicios y al ver entrar a «Ciclón», se volvió, descubriendo a los niños. Sonrió, y su rostro adquirió una expresión infantil.

—Guau, guau —dijo señalando a «Ciclón».

—Hola, Cazorro —le contestó Chatín—. Queremos preguntarte algo.

El rostro de Cazorro se ensombreció. Era evidente que no le gustaba que le hicieran preguntas. Le aturullaban. No le importaba que le mandasen cosas..., pero no podía soportar qué le preguntasen nada, ya que ello representaba tener que meditar la respuesta.

—Está bien, Cazorro —dijo Diana al observar su expresión torva—. Sólo queremos decirte una cosa. Hoy hemos encontrado a un amigo nuestro que cree conocerte. Es un muchacho llamado Nabé.

Cazorro reflexionó intensamente y al cabo meneó la cabeza. Los niños estaban desilusionados.

—No debe ser el mismo Cazorro que conoció Nabé —dijo Roger—. Y sin embargo... ¡él dice que era exactamente igual a la descripción de éste!

Diana tuvo una idea repentina, y se volvió hacia Cazorro que contemplaba a los tres niños con ansiedad comprendiendo que les había decepcionado.

—Cazorro —insistió Diana—. Nabé tenía un mono... una mónita llamada «Miranda». ¿No la recuerdas?

Una sonrisa radiante transformó el rostro preocupado de Cazorro, que dejando caer la escoba juntó los brazos como si estuviera arrullando a una criatura.

—¡Mono! —dijo al fin. Y con un gran esfuerzo pronunció la palabra «Nabé», sacudiendo la cabeza violentamente como si hubiera recordado de pronto—. Nabé, Nabé, Nabé —repitió tirando del brazo a Diana y señalando a su alrededor como si preguntase dónde se encontraba el muchacho.

—Trabaja en la feria... donde están los Auto-Choque, ¿sabes? —le dijo Diana.

—Es bueno, bueno, bueno —dijo Cazorro transportado de alegría, y al ver a la

señora Gordi asomada a una de las ventanas, cogió la escoba y empezó a barrer como un loco, lanzando la basura de un lado a otro. La señora Gordi golpeó con fuerza los cristales de la ventana.

—Vamos... será mejor que nos marchemos. Le hemos excitado tanto que si no nos vamos no será capaz de barrer nada como es debido —dijo Roger—. Me pregunto a qué hora terminará de trabajar. Estoy seguro de que irá directamente a la feria a ver a Nabé.

—Me gusta Cazurro —dijo la niña—. Estoy convencida de que si la gente le tratase con amabilidad hablaría correctamente. Supongo que por eso le llaman Cazurro... porque parece serlo.

—Pues voy a ser muy amable con él por todos los que no lo son —anunció Chatín con determinación—. A mí también me gusta. Me recuerda a «Ciclón»... tan fiel y leal.

—No se le parece en nada a «Ciclón» —exclamó Diana—. ¡«Ciclón» está loco! Miradle ahora, todavía se cree capaz de subir a esa pared. «Ciclón» ven aquí. Ese gato se está riendo de ti.

Entraron por la puerta de la cocina saliendo al comedor que estaba muy oscuro, y estuvieron discutiendo lo que debían hacer.

—Miremos si hay alguien en el vestíbulo —dijo Chatín—. Si está vacío podemos jugar a cartas, ¡pero si está la señorita Pío me iré al otro extremo del mundo!

La señorita Pío no estaba allí, pero sí el profesor James. No obstante, por fortuna estaba durmiendo profundamente en una butaca.

—Podríamos traer nuestras cartas aquí y jugar tranquilamente durante media hora —dijo la niña—. Está dormido... y además es sordo y no oirá el menor ruido.

Roger fue a buscar las cartas. Sentáronse alrededor de una mesita para jugar, y mientras las barajaba observó al anciano profesor para ver si efectivamente estaba dormido, ya que de ser así podrían hablar en tono normal.

Cuando hubieron jugado un par de veces recogieron las cartas preguntándose si tendrían tiempo de continuar. Chatín recordó la escalerilla que llevaba al tejado desde donde tan bien se divisaba el mar del otro lado del acantilado.

—Ojalá pudiéramos salir por ese tragaluz, y pasear por el tejado hasta el acantilado, y sentarnos allí para contemplar la base secreta de submarinos —dijo—. Tal vez viéramos algo interesante.

—No —repuso Roger—. Está demasiado lejos. Es una escalera muy curiosa, ¿verdad? Me pregunto para qué debía utilizarse... quiero decir... que no parece tener una finalidad determinada.

—Antiguamente solían haber contrabandistas —dijo Chatín—. Me lo dijo la señorita Pimienta, que recuerda haberlo oído contar cuando era niña. No me sorprendería que esa antigua escalera que conduce al tejado tuviera utilidad

entonces... ¿sabéis?... para hacer señales a los barcos que entrasen.

—O tal vez fuera utilizada por los causantes de naufragios —dijo la niña—. Hombres que enviaban deliberadamente a los barcos contra las rocas con señales equivocadas, para, de esta manera, ganar dinero con el naufragio.

—¡Qué gente tan mala! —exclamó Chatín—. No comprendo cómo pueden existir hombres tan malvados y tan ruines.

—Tal vez lo hubieras hecho tú también de haber vivido en aquellos tiempos —repuso Diana.

—No —dijo Chatín alzando la voz—. ¿Cómo puedes decir eso?

Roger les escuchaba distraído barajando las cartas, y por casualidad miró por un espejo que había frente a él, al viejo profesor sentado a cierta distancia, detrás de él.

¿Tenía los ojos abiertos? ¡Eso le pareció! Daba la impresión de estar bien despierto... y sin embargo, no había dicho ni una palabra para impedir que jugaran o hablaran. Roger se volvió rápidamente... no, el anciano tenía los ojos herméticamente cerrados, y un ligero ronquido brotaba de su boca entreabierta.

Roger estaba intrigado. ¿Se habría equivocado? Por el espejo creyó verle con los ojos abiertos... ¿por qué simuló seguir durmiendo cuando él volvió la cabeza?

Los otros seguían discutiendo. Chatín estaba furioso con los saboteadores... ¿cómo podía pensar Diana que él pudiera ser así?

—No grites —decía la niña—. Vas a despertar al viejo.

—No me importa —replicó Chatín con rudeza—. Me gustaría que «Ciclón» saltara sobre él y le diera un buen susto. ¡Es terrible para un perro tener que estarse quieto como un ratón debajo de una mesa!

Roger volvió a mirar por el espejo. ¡Vaya... estaba seguro de que el viejo había vuelto a abrir los ojos! Miraba la espalda de Roger escuchando lo que decían de él. ¿Por qué no se levantaba y los reprendía? ¡Misterio!

Roger se volvió rápidamente..., pero otra vez le encontró con los ojos cerrados, y al mirar por el espejo también los vio así. Estaba intrigado. ¿Por qué se hacía el dormido? ¿Para oír lo que decían? ¿Pero acaso no era sordo? ¿Entonces para qué escuchar?

Roger se dio por vencido. Si al anciano le gustaba hacerse el sordo y el dormido para escuchar como un espía lo que los otros estaban diciendo, por él podía continuar haciéndolo.

De pronto determinó averiguar si efectivamente aquel anciano era sordo... y estaba dormido, e inclinándose sobre la mesa guiñó un ojo a sus compañeros, que al comprender que estaba tramando algo, le miraron expectantes.

—Escuchad —les dijo Roger en tono siniestro—. Aquí no hay nadie más que ese viejo sordo que está profundamente dormido, de manera que podemos hablar un poco de «lo que sabemos».

—Ajá, sí —replicó Chatín preguntándose qué sería, pero dispuesto a seguir el juego de Roger—. Te refieres al «hombre que susurra», y al del «pasaporte falso»...

—Eso es —siseó Roger—. Una vez descubramos su santo y seña, podremos seguir adelante. Debemos vigilar y descubrir al que va disfrazado.

—Sí. Pero podrás reconocerle por uno de sus dedos meñiques... que lo tiene agarrotado y contrahecho —repuso Chatín recordando a uno de los marinos que viera en el tren.

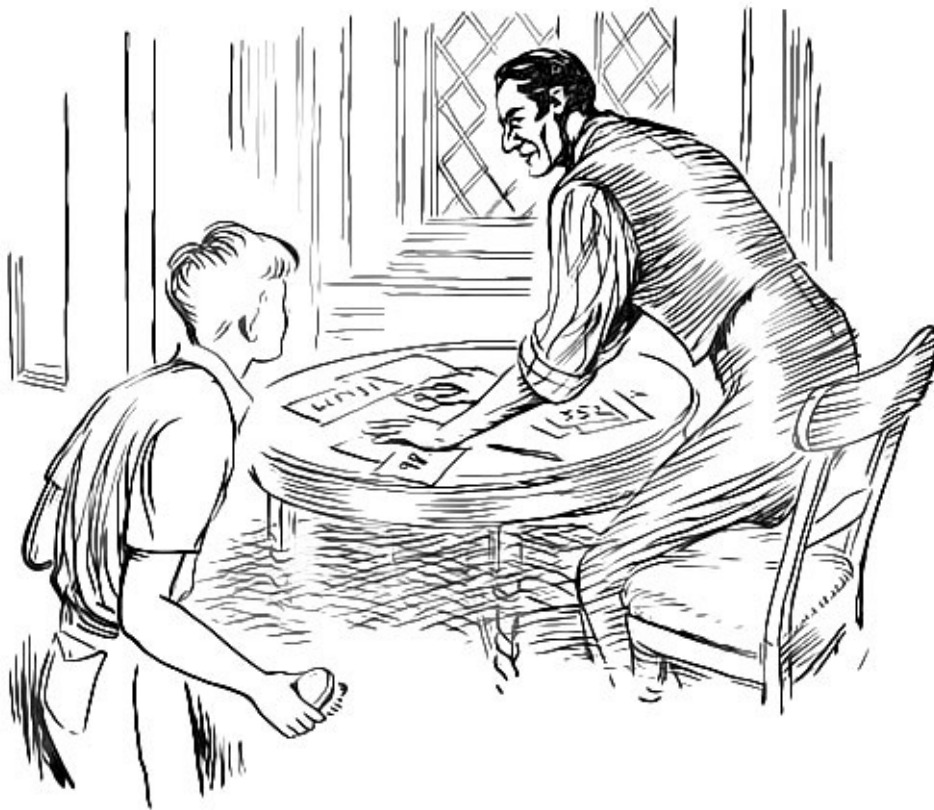
Diana contempló sorprendida a los dos niños. ¿Es que se habían vuelto locos?

Roger miró rápidamente por el espejo. El anciano tenía los ojos bien abiertos y desde luego estaba escuchando con gran atención, ¡bueno, tanto peor para él! ¡Si creía todo lo que decían iba a estar aviado!

Una voz llamó desde la puerta sobresaltándoles. Era la señorita Pimienta.

—¡Todavía no habéis subido! Oh, Dios mío... ¡Pero si está ahí el profesor! De haberle visto antes no hubiera gritado tanto.

—No tiene importancia —replicó Roger poniéndose en pie—. ¡Está bien dormido! ¡No ha oído ni una palabra!



Capítulo 11- Más cosas de Nabé

El día siguiente fue de grandes emociones. En primer lugar, Nabé había descubierto que Cazurro era el mismo que él había conocido, cosa que le satisfizo en gran manera.

Por la mañana se encontraron todos en la playa. «Miranda» estaba excitada y parlanchina, y empezó por cavar un agujero donde sentarse, imitando a los niños. «Ciclón» la observaba con la lengua fuera, y la mónita alargó rápidamente la mano y le dio un tirón, haciéndole aullar.

—Bueno, no saques la lengua, «Ciclón» —le dijo Chatín—. Es una tentación para «Miranda» verte tan cerca con esa lengua colgándote hasta las patas. Eres muy tonto al dejar que un mono se ría de ti.

«Ciclón» se alejó ofendido, y Nabé empezó a hablarles de Cazurro.

—Anoche estaba terminando mi trabajo en la feria cuando mi jefe vino a decirme: «Hay un muchacho que quiere verte, Nabé». ¡Y era el bueno de Cazurro! —les dijo.

—¿Se alegró de verte? —preguntó Diana.

—¿Alegrarse? Supongo que sí. ¡Me cogió las dos manos y me las estuvo sacudiendo como si sacara agua con una bomba! —explicó Nabé—. Entonces le vio «Miranda», reconociéndole en seguida. Ya sabéis que no olvida a nadie, y como se había subido a su hombro, la cogió en sus brazos y la estuvo acunando igual que si fuera una criatura, lo mismo que en otros tiempos. ¡Casi me puse a gritar! ¡Tanta fue mi alegría!

—¿Te dijo algo? —quiso saber Roger—. Parece que no habla mucho.

—En primer lugar, no es inglés —dijo Nabé—, y nunca dominó muy bien nuestra lengua, pero sabe hablar cuando se siente feliz y está con gente que le quiere. Al principio no podía decirme nada, pero luego, cuando vino a mi cuarto me dijo muchas cosas.

—¿De qué hablasteis? —preguntó Diana con curiosidad—. ¿De vuestros antiguos amigos?

—Sí. Y de mi madre —repuso Nabé haciendo una pausa—. Cazurro no sabía que había muerto, y lloró cuando se lo dije porque la apreciaba mucho. Era tan amable con él. Pero dice que yo no me parezco nada a ella.

—¿Cómo? —preguntó Roger.

—Pues... era morena y yo soy rubio. Mi madre tenía los ojos castaños y yo los tengo azules. Era bajita y yo soy alto. ¡Siento no ser como ella!

—Entonces tienes que parecerte a tu padre —dijo Diana mirando los extraños ojos azules del muchacho—. Eso facilitará las cosas cuando le busquemos. ¡Ha de ser alguien muy parecido a ti!

—Ojalá pudiera encontrarle —dijo Nabé—. Un padre es una gran ayuda cuando se está creciendo. Claro... que tal vez no me agrada. O puede que yo no le guste a él. Incluso puede que se avergüence de mí.

—¿Por qué le abandonó tu madre? —quiso saber Diana—. ¿Acaso no era bueno con ella?

—No lo sé. Imagino que no sabría vivir en una casa después de haber pasado toda su vida en un carromato —le dijo Nabé—. Y que echaba de menos su vida anterior. Pero ¿por qué no avisaría a mi padre cuando yo nací? Es terrible pensar que ni siquiera sabe que existo. Y si alguna vez le encuentro tal vez no crea mi historia.

—¿Cuál es tu apellido, Nabé? —le preguntó Roger dándose cuenta de que aún lo ignoraba.

—Lorimer —replicó su amigo—. Mi nombre completo es Bernabé Hugo Lorimer... ¡vaya nombre! Pero Lorimer no es el apellido de mi padre... sino el de mi madre, que volvió a usar su nombre de soltera y nunca supe que no era mi verdadero nombre hasta poco antes de morir. Pero no me dijo cuál era... ni creo que se le ocurriera, ni yo pensé en preguntárselo, porque yo pensaba que Lorimer era su nombre de casada, ¿comprendéis? No creí que pudiera tener importancia.

—¿Y tu partida de nacimiento? —preguntó Diana acordándose de la suya—. En ella debe constar todo, ¿no?

—¿Qué es una partida de nacimiento? —preguntó Nabé mirándola extrañado—. No lo había oído nombrar nunca. De todas formas, no tengo, sea lo que sea.

Se hizo un silencio. Los tres niños pensaban lo mismo... Lo desesperado que era tratar de buscar a un hombre sin conocer su aspecto, su edad, ni siquiera su nombre. ¡Podría estar en aquel pueblo y nadie lo sabría!

Roger hizo el firme propósito de pedir ayuda a la señorita Pimienta. Ella sabría cómo empezar la búsqueda. De todas maneras, sabían que el padre de Nabé representaba, o solía representar, obras de Shakespeare. Aquello era algo. «Ciclón» se acercó llevando un objeto en la boca.

—¿Qué es lo que ha cogido ahora? —exclamó Chatín—. «Ciclón» si vuelves a traerme ese cangrejo muerto, haré que te lo comas. Ya olía bastante mal ayer, de manera que hoy estará peor.

¡No era un cangrejo, sino un cepillo de pelo! Chatín se lo quitó de la boca y lo estuvo observando.

—¡Malo! ¿No te he dicho que cuando estés en un hotel o en una posada no debes coger los cepillos de nadie? No estás en casa. ¿De quién será este cepillo? ¡Me gustaría saberlo!

—Guau —ladró «Ciclón» muy satisfecho.

—¿Quieres decir que cuando has vuelto a la posada, subiste la escalera y entraste por la primera puerta abierta saliendo con un cepillo? —dijo Chatín—. ¡Debes estar loco!

—Ya empieza a pavonearse —dijo la niña—. Trata de enseñar a «Miranda» algo que ella no puedo hacer.

—¡No digas eso! —replicó Nabé al punto—. Ya sabes que imita a todo el mundo. No quiero que me traiga cepillos. Me pondría en muchos compromisos.

—Lo mismo que hace «Ciclón» —replicó Chatín golpeando el hocico del perro con el cepillo—. ¿Por qué has de tener ese delirio por los cepillos? No debes coger cepillos, toallas ni alfombras, ¿lo oyes?

«Ciclón» se alejó rápidamente para no recibir otro golpe, yendo a sentarse encima de «Miranda» que le clavó los dientes en el rabo. Al punto volvió junto a su amo aullando.

—No juegues a la silla sonora con «Miranda» y conmigo —le dijo Chatín apartándolo—. Todavía estoy enfadado contigo.

Examinó el cepillo que tenía las iniciales M. M.

—Mateo Maravillas —dijo Diana—. Es el mago. Su habitación está en el mismo piso de las nuestras. «Ciclón» debe haber encontrado la puerta algo entreabierta y habrá entrado. Se cree que todos los dormitorios son suyos. Ayer le encontré allí

dentro.

—Bueno, pues ya se lo devolveré al querido Mateo en cualquier momento. No me veo con ánimo de ir ahora. ¡Vamos a bañarnos!

Y eso hicieron. «Miranda» no se atrevía a meterse en el agua, pero danzaba por la orilla, al mismo borde de las olas, cogiéndose la faldita roja ante el regocijo de todos los niños que estaban por allí cerca. «Ciclón» penetró en el agua osadamente tratando de alcanzar a su amo. Nabé era el que nadaba mejor. Ya se encontraba perfectamente, en parte porque volvía a sentirse feliz. Pensaba con cariño en sus tres amigos... no, cuatro, contando a «Ciclón». Pasaba lo que pasase, nunca, los dejaría.

—¿Puedes venir con nosotros esta tarde, Nabé? —le preguntó Roger cuando se secaban al sol después del baño.

—Oh, sí. No empiezo a trabajar hasta las cinco y media —replicó Nabé—. ¿Qué vais a hacer?

—No lo hemos pensado —dijo Chatín—. A mí me gustaría pasear en barca.

—Sí. Buena idea —dijo Roger—. Escucha... podemos ir remando hasta la Hoya de Tantán... me encantará verla.

—¿Qué es eso? —preguntó Nabé interesado.

Se lo explicaron en seguida.

—No está muy lejos... hacia el acantilado que separa nuestra bahía de la base submarina —dijo Chatín cuando Roger hubo desentrañado todas las descripciones del remolino.

—Bien. Alquilarémos un bote e iremos esta tarde —dijo Nabé—. Me gustará verlo. No he visto nunca un remolino.

Era ya hora de comer, de manera que se separaron, y Roger y los otros regresaron apresuradamente a la posada... no porque fuese tarde, sino porque tenían mucho apetito. Subieron corriendo a lavarse y adecentarse.

—Será mejor que devuelva el cepillo del señor Maravillas —dijo Chatín—. Espero que no esté en su habitación; Así podría entrar y dejarlo en cualquier sitio, y no necesitaría dar explicaciones del mal comportamiento de «Ciclón».

Chatín llamó suavemente con los nudillos, y escuchó. No se oía el menor ruido en el interior, y abrió la puerta con sumo cuidado, llevando el cepillo en la mano.

Mas se detuvo, pues a pesar de todo allí estaba el señor Maravillas ante una mesa llena de tarjetones con toda clase de números que luego de estudiarlos, los iba anotando rápidamente. Chatín no sabía qué hacer, y carraspeó para llamar su atención.

El señor Maravillas se puso en pie en el acto volviendo el rostro airado hacia Chatín mientras cubría los tarjetones con la mano.

—¿Qué significa esto? ¿Qué desea, y cómo se atreve a entrar así? —preguntó con voz dura, y al darse cuenta de que se trataba sólo de Chatín, trató de sonreír.

—¡Vaya, pequeño... me has asustado! Estaba preparando uno de mis trucos mágicos... sumido en mis pensamientos... absorto en mis cálculos... y me has sobresaltado. ¿Qué es lo que quieres?

—Siento decirle que mi perro ha cogido su cepillo esta mañana, señor —dijo Chatín todavía asustado por el rostro tan airado que acababa de ver—. Y vengo a devolvérselo.

—Oh, gracias —dijo el mago cogiéndolo para dejarlo sobre la mesa. Luego hizo que Chatín se acercara a él—. ¿Por qué no te lavas las orejas, niño?

—Ya lo hago —replicó Chatín, indignado.

—Vaya, vaya... si crecen patatas detrás de cada una —dijo el mago sacando dos patatas pequeñas de detrás de las orejas de Chatín, que le contempló boquiabierto.

—¿Y por qué guardas los relojes dentro de la boca? —continuó el señor Maravillas lanzando una risita—. Cualquiera puede verlos y llevárselos... así. —E introduciendo el índice y el pulgar en la boca del niño sacó dos relojes pequeños.

—Oiga... mire, vaya —tartamudeó Chatín asombrado.

—¿Y qué es lo que llevas en los bolsillos de tus pantalones? —preguntó el prestidigitador, y Chatín los contempló asombrado viendo que estaban muy abultados. Metió las manos y extrajo dos zanahorias de uno y una manzana del otro que le mostró con aire incrédulo.

—Comida para un burrito —le dijo el señor Maravillas riendo por lo bajo—. Te gustan las zanahorias, ¿verdad? ¡Pues cómetelas para cenar!



Capítulo 12- El remolino

Los otros habían bajado a comer sin esperar a Chatín, incluso «Ciclón», que estaba decididamente hambriento. La señorita Pimienta al verle aparecer le contempló fríamente.

—Has tardado mucho —le dijo—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Oh, poca cosa —replicó Chatín—. El señor Maravillas ha encontrado patatas detrás de mis orejas, dos relojes dentro de mi boca, y algunas frutas y hortalizas en mis bolsillos, ¡nada más!

—¿Quieres decir que te ha hecho alguno de sus trucos? —preguntó Diana—. ¡Qué suerte! Pero no creo que te haya sacado relojes de la boca.

—Vaya, ahora me explico el tic-tac que oía esta mañana —exclamó Roger—. Caramba, Chatín, deberías haber dejado que te los quitara yo.

—Se puso furioso y se volvió en el acto para ver quién era cuando entré a verle —explicó Chatín—. Se puso en pie y tapó algunos tarjetones con la mano como si yo

hubiera ido a espiar sus trucos. Me dijo que estaba trabajando en cosas de magia. No sé deciros si me agrada o no.

En aquel momento entró en el comedor el señor Maravillas, y la señorita Pimienta hizo señas a Chatín para que cambiara de tema. También llegaba el payaso con Ruiseñor Iris que vestía un bonito vestido azul y blanco que llamó en seguida la atención de Chatín. El niño le sonrió y ella correspondió a su sonrisa.

—¡Es simpaticuísima! —dijo—. Esta mañana estuve hablando con ella, y dice que tenemos que ir a ver su espectáculo y que me cantará mis canciones preferidas.

—Bueno, espero que sepa «Arre, caballito, vamos a Belén», y «Dónde están las llaves, matarile ríle, ríle» —repuso su primo en tono solemne y en voz bastante alta.

—Cállate. Te va a oír —exclamó Chatín furioso—. Te mereces un coscorrón, Roger.

—Chatín, basta ya —dijo la señorita Pimienta, cosa que le indignó y le hizo fruncir el ceño.

Un pájaro entró por la ventana y luego de revolotear por todo el comedor se marchó nuevamente. Chatín vio la manera de molestar a la señorita Pimienta y vengarse de ella por haberle reñido en público.

—Oh, ¿ha visto ese pajarito? —dijo volviéndose a la señorita Pío con una sonrisa—. Estoy seguro de que ha piado. Adoro los pájaros, ¿usted no, señorita Pío Pío?

Esta vez la señorita Pío le miró fríamente.

—Es curioso que este niño tenga tan mala memoria para los nombres, ¿no es cierto, señorita Pimienta? —dijo—. Pero claro... todo el mundo no puede tener la misma inteligencia, ¿verdad?

—Esta vez te ha podido, Chatín —le dijo Roger en voz baja. El payaso había oído la conversación y lanzó una carcajada que exasperó a Chatín. Debía cambiar de tema a toda costa.

—Señorita Pimienta, esta tarde vamos a alquilar una barca e iremos remando hasta el remolino —anunció en voz alta.

—En ese caso tendréis que ir con un barquero —replicó el aya al punto, y los tres niños la contemplaron decepcionados.

—¡Oh! ¿Por qué? —preguntó Roger—. Usted sabe que podemos manejar un bote perfectamente.

—Yo no sé nada —fue la respuesta de la señorita Pimienta—. Y de todas maneras no vais a ir solos a ver remolinos.

—Tiene razón —dijo una voz inesperada—. Es un lugar muy peligroso. ¡Será mucho mejor que los niños no se acerquen por allí!

Era el señor Maravillas quien había hablado. El profesor James, colocando la mano detrás de su oreja habló en tono elevado.

—¿Qué es eso? ¿De qué están hablando?

—¡Del remolino! —chilló Chatín haciendo saltar a todos.

—Ah, un lugar muy peligroso —convino el profesor—. Yo no les dejaría ir, señora.

—Ni yo tampoco —dijo la señorita Pío estremeciéndose—. Los remolinos absorben a las personas... y a las barcas también. Y se van hundiendo... hundiendo... hundiendo... es horrible pensarlo.

—Pero, señorita Pimienta..., si por todos los sitios se ven anuncios que dicen que es un agradable paseo en bote que puede hacerse en una tarde —protestó Chatín enojado—. No iremos solos si no quiere..., pero sea buena y déjenos ir con el barquero.

—Id con Binns —intervino el payaso—. Es el hombre que yo llevo siempre. Rema en dirección contraria al remolino para que el bote se esté quieto y pueda verse cómo va tragando cosas.

La señorita Pimienta miraba indecisa a los niños, y al fin dijo:

—Está bien... os llevaré hasta el embarcadero y yo misma hablaré con el barquero. En realidad, también podría ir con vosotros.

—De acuerdo —exclamó Roger—. Entonces arreglado. Iremos todos. Nabé y «Miranda» vendrán también.

Salieron después de comer para reunirse con Nabé y «Miranda» y el payaso detuvo un momento a la señorita Pimienta.

—¿Por qué no lleva a los niños esta noche a ver nuestro espectáculo? —le dijo—. Celebraremos nuestro concurso semanal infantil, y alguno podría ganar un premio. ¡Chatín lo hace muy bien! Dígale que traiga su banjo y su cítara. ¡Con ellos tendrá un éxito clamoroso!

Y se marchó dejando a la señorita Pimienta muy sorprendida.

—Pero si tú no tienes banjo ni cítara, ¿no es verdad, Chatín? —le preguntó—. ¿Qué ha querido decir?

—Oh, es un tonto —repuso Chatín—. Pero déjenos ir esta noche, señorita Pimienta. Me gustaría ver al mago.

—Y quiere que Ruiseñor Iris cante para él —intervino Roger, echando a correr para que Chatín no le pegara.

La señorita Pimienta encontró un barquero que parecía sensato y lo bastante fuerte para luchar con el remolino si fuera preciso, y le preguntó si podría llevarles.

—Oh, sí, señora, claro que puedo —dijo alegremente—. Y no tenga miedo de ser absorbida por el remolino... yo volvería a sacarla. Tengo un buen garfio, ¿ve?

Aquello no le hizo mucha gracia, pero comprendió que ya no podía volverse atrás, así que embarcaron todos. Nabé y «Miranda» ya se habían unido a ellos, así que el bote quedó bien lleno.

—¿Le importaría que suban también el perro y el mono? —preguntó la señorita

Pimienta.

—En absoluto. Ojalá hubiera traído mi cotorra, le hubieran hecho compañía —replicó el barquero con una carcajada—. Eh, tú, muchacho... coge un remo, ¿quieres?

Nabé remaba tan bien como el barquero y pronto salieron de la pequeña bahía, torciendo hacia la izquierda.

—El remolino está detrás de ese grupo de rocas altas —dijo el barquero al fin—. Pasaremos entre dos de ellas y pronto estaremos encima del remolino, si no dejo de remar.

«Ciclón» les estorbó bastante. No cesaba de correr de un lado a otro del bote, y desde la proa hasta la popa. «Miranda», sentada en el hombro de Nabé, disfrutaba del rítmico movimiento mientras él remaba.

Llegaron al grupo de rocas altas, y al acercarse los niños vieron que había un estrecho canal serpenteante entre ellos, precisamente en el centro. Parecía como si el acantilado hubiera sido partido por la mitad para dejar que el mar lo atravesara.

Aquellas rocas cortaban los rayos del sol de cuando en cuando, mientras el bote se iba abriendo camino cautelosamente por el canal serpenteante. Al cabo de un rato los niños oyeron un ruido... un rumor hirviente y burbujeante como si el mar estuviera furioso.

—El remolino —anunció el barquero—. ¡Aquí hay que andar con mucho cuidado!

Y con sumas precauciones fueron avanzando sintiendo que tiraban repentinamente de la barca, como si el lejano remolino quisiera tragarles.

Doblaron un recodo muy despacio... y el barquero dirigió el bote a toda prisa hacia un arrecife donde había un poste. Y en un periquete arrojó una cuerda y la barca quedó sujeta.

El remolino no estaba lejos de ellos. El canal se había ensanchado terminando en una laguna circular que parecía tener vida propia. Bullía, y burbujeaba lanzando espuma, y luego, con un horrible ruido de succión, la chupaba hacia abajo para volver a bullir y gorgotear escupiéndola de nuevo.

—Éste es uno de los remolinos más bonitos que he visto —dijo el barquero—. Y he visto muchos en mi vida. Si alguno quiere desembarcar en el arrecife para verlo mejor... les enseñaré la roca que da su nombre a Tantán... es como una tabla de lavar.

Todos desembarcaron en seguida, incluso la señorita Pimienta, que estaba realmente fascinada por aquellas aguas torturadas e incansables del extraño remolino. Subieron por el arrecife donde estaba el poste para amarrar las embarcaciones, y siguieron al barquero por otro sendero que corría paralelo al costado de las rocas altas escarpadas circundantes.

Este camino les condujo hasta una pequeña plataforma de roca que quedaba precisamente encima de la laguna, y desde allí se divisaba una vista maravillosa de las aguas hirvientes. El barquero cogió un pedazo de madera y lo arrojó a la laguna. Las aguas lo elevaron y luego lo absorbieron. Cuando volvieron a subir una vez más, el pedazo de madera no se vio por parte alguna.

—Se lo ha tragado —explicó el barquero—. Nunca volverá a verse. ¡Tenga cuidado de no caerse!

La señorita Pimienta empezó a desear verse de nuevo en el bote, pero el buen hombre todavía no había terminado sus explicaciones.

—Ahora fíjense bien —les dijo—. La próxima vez que el agua hierva y luego vuelva a bajar, miren al otro lado y verán la roca Tantán.

Observaron cómo las aguas subían y bajaban... hundiéndose... hundiéndose... hundiéndose... dejando ver las rocas de enfrente. ¡Y efectivamente, una de ellas tenía la forma rectangular y alargada, y las mismas ondulaciones que una tabla de lavar!

—Es el lavadero de Neptuno —dijo el barquero—. Imagino que solía enviar aquí a las sirenas para que lavasen sus mejores ropas...

—¡Las hubiera tragado el remolino! —dijo Diana estremeciéndose.

—Oh, les gustaría; para ellas sería un juego —replicó el barquero divertido—. ¡Sabe usted lo que dice la gente, señorita? Pues que en tiempo de los contrabandistas, éste era un lugar espléndido para deshacerse de los enemigos.

—¡Qué horror! —exclamó Diana—. ¡Esta noche lo soñaré! ¿Hay algo más que ver?

—Oh, sí... ¡el Agujero-Soplador! —dijo el buen hombre—. Se lo enseñaré. Venga conmigo... van a ver algo verdaderamente curioso.



Capítulo 13- El agujero-soplador

Les condujo de nuevo a la pequeña plataforma, desde donde tomaron otro sendero junto a las rocas altas. Terminaba en unos escalones naturales en la misma roca, que subieron hasta la cima del arrecife rocoso.

Allí arriba soplaba mucho viento que alborotó los cabellos de Diana e hizo que la señorita Pimienta asiera su chal con más fuerza.

Desde aquella altura podían dominar la Base Submarina.

—No dudo que ustedes ya saben lo que se hace allí —dijo el barquero—. Investigaciones submarinas secretas. No se permite la entrada a nadie, ni siquiera a nosotros los pescadores, aunque yo conozco todos los rincones desde niño. ¡Fíjense cómo está de vigilada la bahía!

Un muro de piedra la rodeaba toda, y ningún barco podía entrar sin que fueran abiertas las compuertas secretas. Varios hombres montaban guardia en pequeñas garitas abiertas en la misma piedra sobre el muro. Se vio el centelleo de un cristal.

—¿Han visto? —dijo el barquero—. Uno de los centinelas ha dirigido los prismáticos hacia nosotros, pero sabe que no podemos pasar de aquí. Si cualquiera se acercara a la bahía, pasando de estas rocas, volaría hecho pedazos. Están minadas.

—Todo esto es extremadamente peligroso —dijo la señorita Pimienta nerviosa.

—¡Por Dios, señora, usted no podría llegar a la parte minada! —exclamó el buen hombre para tranquilizarla—. Hay cientos de metros de alambre espinoso.

—¿Y dónde está el agujero-soplador? —preguntó Roger.

—Ah, sí. Miren hacia allí... ¿ven? —dijo el barquero señalando hacia tierra de la que surgía la cadena de enormes rocas sobre las que se hallaban. Todos miraron hacia donde les indicaba.

De pronto vieron un gran surtidor de agua que se alzó con un fuerte rugido, para volver a caer inmediatamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Diana sobresaltada.

—Ya se lo he dicho. Un agujero-soplador —repuso el barquero—. ¿No habían visto ninguno hasta ahora? Por nuestras costas hay muchos, unos grandes, otros pequeños. Hay un largo pasadizo en las rocas que va desde el remolino al agujero-soplador... y cuando la marea está alta... como ahora... las aguas son impulsadas por la marea a través del pasadizo y salen por el agujero. Miren... volverá a surgir el surtidor dentro de un minuto.

Y así fue. Chatín estaba emocionado.

—¿Por qué ocurre sólo cuando la marea está alta? —le preguntó—. ¿Por qué no siempre? ¡Troncho... ahí sale otra vez! ¡Parece una ballena lanzando chorros de agua!

—Cuando la marea está baja el nivel del agua no alcanza el pasadizo —explicó el barquero—. De manera que el agua no penetra en él, pero cuando la marea sube, impulsa al agua de nuevo por el túnel haciéndola salir por el agujero.

—¿Dónde está la entrada del pasadizo? —quiso saber Roger—. Supongo que no debe verse cuando la marea alta...

—No. En absoluto —interrumpió el barquero—. Pero puedo indicarles dónde empieza cuando regresemos. Hay una curiosa historia acerca de ese pasadizo.

—¿Sí? —exclamó Chatín al punto, ya que le entusiasmaban las historias.

—Se dice que ciertos contrabandistas quisieron librarse en cierta ocasión de uno de sus enemigos, de manera que su cuerpo no volviera a encontrarse jamás —explicó el barquero—. Y le trajeron aquí a medianoche. Le arrojaron al remolino y huyeron a refugiarse a la bahía donde ahora están los submarinos.

Tras una pausa, Chatín le apremió para que continuara.

—Siga... ¿y qué más?

—Pues, el individuo que arrojaron al agua era muy fuerte, casi un gigante, y no quiso dejarse absorber por el remolino sin luchar. Así que antes de que las aguas le

tragaran nadó hacia la orilla de la laguna, asiéndose al borde rocoso, pero no pudo subirse a él.

—¿Y consiguió escapar? —preguntó el niño—. ¡Dígame que sí!

—La marea bajó y tuvo que ir agarrándose cada vez a algún saliente más bajo —dijo el barquero en tono solemne—. No tenía fuerzas para subirse a las rocas ¿comprenden? Puede que le dieran un golpe en la cabeza, o algo por el estilo. De todas maneras, la marea fue bajando y bajando, y las aguas del remolino hundiéndose más y más. Y al fin se encontró de pie a la entrada de un túnel oscuro que atravesaba las rocas. ¡Supongo que aquella noche habría luna!

—¡Y era la entrada del pasadizo que termina en el agujero-soplador! —exclamó Roger.

—Eso es. Y por él se fue arrastrando aquel hombre hasta llegar al mismo agujero. Salió por allí y echó a andar en dirección a tierra... y vaya susto que se llevaron sus enemigos al verle andando por la calle, ¡huyeron despavoridos!

—No me extraña —dijo Chatín disfrutando con el relato—... Les estuvo bien empleado, por malvados. ¡Espero que todos fueran capturados y castigados!

—Nunca lo oí decir —replicó el barquero—. ¡Miren, ya sopla otra vez!

Y de nuevo se volvieron para contemplar la repentina aparición de la columna de agua.

—Va disminuyendo gradualmente a medida que baja la marea —continuó el pescador—. Bueno, ahora regresaremos. No puedo llevarles más lejos, aunque quisiera; hay demasiadas minas para mi gusto.

Contemplaron el surtidor una vez más y regresaron a donde habían dejado el bote. El remolino seguía marcando su ritmo interminable, y bullía constantemente produciendo un rumor sordo, como un rugido extraño.

—Es algo impresionante —dijo Chatín—. Mirad a «Ciclón»... está quieto como un ratón. Asustado, ¿no es verdad, «Ciclón»?

Desde luego que al perrito no le atraía el remolino y se mantenía todo lo apartado que le era posible, tirando fuertemente de la correa que sostenía Chatín, quien no estaba dispuesto a permitir que su perro desapareciera en aquellas aguas turbulentas.

«Miranda», acurrucada en el interior de la camisa de Nabé dormía profundamente, y ni siquiera se despertó cuando llegaron al bote.

—No nos ha enseñado dónde comienza la entrada del túnel —recordó Chatín al barquero.

—No; es verdad —repuso el hombre—. Bueno, mientras desamarro el bote pueden ir a contemplar el remolino. Cuando las aguas bajen observen una roca que tiene una gran protuberancia. La entrada está debajo.

Chatín, Roger y Nabé fueron a verlo, descubriendo en seguida la roca indicada, pero sin distinguir el menor rastro de la entrada, puesto que la marea estaba todavía

muy alta.

—Una tarde muy interesante —dijo Roger—. Es la clase de paseos que me gustan. Y ahora tendré algo que escribir cuando el profesor nos exija una redacción al principio de curso. «Describan un día interesante de sus vacaciones.» Yo contaré esto incluyendo la leyenda del «Hombre que regresó de la muerte». Debió ser espantoso tener que arrastrarse por ese túnel en la oscuridad... sin saber cuándo volvería a subir la marea inundándolo todo de nuevo.

—Todo esto me ha despertado el apetito —dijo Chatín—. ¿Nadie tiene chocolate?

Nadie llevaba, de manera que Chatín tuvo que aguantarse hasta que llegaron a tierra. La señorita Pimienta pagó al barquero, y luego fueron a merendar a un establecimiento que Chatín había descubierto aquella mañana en una de sus correrías.

—Decía «Mariscos» —explicó—. Y eso es precisamente lo que me apetece. ¿Por qué no tomamos nunca langosta en casa? ¿Por qué tenemos que ir a sitios como éste para poder comerla?

—Sencillamente, porque las langostas se pescan en el mar, y no en el interior, tonto —replicó su primo—. Y permíteme aconsejarte que no comas más de una langosta, o esta noche soñarás que te traga el remolino.

—Valdría la pena —replicó Chatín que quedó muy desilusionado al ver que la señorita Pimienta no le dejaba comer más de media langosta. A «Miranda» también le gustaba, y comió con suma delicadeza los pedacitos que le iba dando Nabé.

Después de merendar fueron a dar un buen paseo, y al pasar por el embarcadero estuvieron examinando el programa del espectáculo de aquella noche.

—Parece muy bueno —dijo Chatín—. «Fred, el payaso le hará reír. Mateo Maravillas le trastornará con su magia. Ruiseñor Iris canta como su nombre. Judy Jordán y John Jordán, maravillosa pareja de baile. El barítono Bretón Deep, y otros músicos de gran talento como Philip Drew al piano. Esta noche gran concurso infantil. Permítanos conocer a sus niños prodigios. Dos premios de veinticinco pesetas.»

Los otros leyeron el anuncio al mismo tiempo que Chatín, y desde luego parecía un buen espectáculo y todos estuvieron dispuestos a presenciarlo.

—¡Estupendo! —dijo Chatín frotándose las manos—. Podré ganar cinco duros. No comprendo cómo desaparece mi dinero...

—Bueno, yo podría decírtelo —empezó Roger, pero su primo no quiso oírle.

—Nabé —dijo Chatín—, si tú subieras al escenario con «Miranda» el teatro se vendría abajo.

—Ya sabes que estaré trabajando —replicó Nabé acariciando a «Miranda».

—Sí, es verdad. Bueno, supongo que tendré que ser yo quien dé honor a la familia —dijo Chatín simulando tocar su «banjo» de nuevo, produciendo un zumbido metálico entre sus dientes.

«¡Ziz-ziz-ziz-ziz!»

—Aquí no, por favor, Chatín —le dijo la señorita Pimienta— ¡Qué horror! ¿Es así como piensas mantener el honor de la familia esta noche? ¡No sabré a dónde mirar si subes al escenario!

—Haga lo que todo el mundo... míreme a mí —replicó el niño al punto—. Zizz-ziz-ziz...

—Prefiero tu cítara —dijo Diana.

—¿Y qué me dices de mi armónica? —exclamó Chatín simulando sacar el instrumento de uno de sus bolsillos, y después de limpiarla, la acercó a sus labios. Empezó a producir un sonido muy parecido al de una armónica. ¡Cualquiera hubiera dicho que la estaba tocando realmente!

—Basta ya, Chatín —dijo el aya al ver que se iba congregando un buen número de niños curiosos—. Vámonos... o no tendremos tiempo de dar un paseo.

—¿Sabe?... podría ganarme muy bien la vida con esta clase de cosas si me situara en alguna esquina —dijo Chatín—. Pondría un sombrero... y apuesto a que se llenaba de monedas.

—¡Eres un engreído! —exclamó Diana—. Vamos... alcanza a «Ciclón» y olvida todas esas maravillas que te crees que sabes hacer... pero que no son ciertas.



Capítulo 14- Presenciando el espectáculo

—¡Oigan! —exclamó Chatín aquella noche durante la cena dirigiéndose a Ruisenior Iris—. Oiga..., esta noche iremos a ver su espectáculo. ¡Y aplaudiremos como nadie!

—Bien —replicó Iris sonriéndole. Realmente era muy bonita—. Lo haremos lo mejor posible para gustarte.

—Y procura lavarte bien el cuello, jovencito, por si acaso te encuentro más patatas —le dijo el señor Maravillas.

Chatín frunció el entrecejo mientras todos reían, resolviendo no aplaudir en absoluto al mago. Qué hombre más desagradable... hablando de cuellos sucios en público.

—Yo también iré esta noche —intervino la señorita Pío—. Hay concurso infantil, ¿verdad? Me encanta ver a los queridos niños subir al escenario para deleitarnos con

sus canciones y poesías. ¡Qué monada!

A Chatín le dio un vuelco el corazón. No le agradaba en absoluto la perspectiva de que la señorita Pío presenciara su actuación. Estaba seguro de que luego haría comentarios tontos.

La señorita Pío se volvió hacia la mesa de los niños y dijo a la señorita Pimienta con su sonrisa acostumbrada:

—¿Y sus niños no van a presentarse al concurso? —gorjeó—. Estoy segura de que la nenita... baila maravillosamente.

Si había algo que Diana aborreciera era el que la llamasen «nenita», y miró a la señorita Pimienta conteniéndose.

—¿Se refiere usted a Diana? —dijo el aya—. No sé por qué la llama «nenita», señorita Pío. Es casi tan alta como usted, y está muy desarrollada.

¡Diana hubiera querido abrazar a la señorita Pimienta! Y la miró agradecida. ¿Por qué las personas mayores no se daban cuenta de que a los niños y niñas no les gusta que les llamen «nenitos»? E irguiéndose en su asiento trató de parecer lo más alta posible.

—¿Por qué no se presenta usted, señorita Pío? —le preguntó Chatín con aire inocente—. Estoy seguro de que canta usted como un mirlo.

El payaso lanzó una carcajada, que luego disimuló carraspeando, y la señorita Pimienta miró severamente a Chatín, pero la señorita Pío lo tomó como un cumplido.

—Pues cantaba divinamente cuando era niña —replicó con timidez—. ¿Cómo lo has adivinado? Es un niño muy listo, ¿verdad? —dijo volviéndose hacia la señorita Pimienta.

—Tendrá que ocupar el puesto de Iris cuando ella tenga la noche libre —dijo el payaso—. Y les dará la mayor sorpresa de sus vidas.

—Oh, pobre de mí, yo no sé cantar como la querida Iris —dijo la señorita Pío enrojeciendo y muy nerviosa—. Ah, aquí viene el postre... piña y helado... qué bueno. ¡La buena señora Gordi sabe exactamente lo que apetece en una noche calurosa!

La señorita Pío callaba únicamente cuando comía, lo mismo que Chatín, y la señorita Pimienta exhaló un suspiro de alivio cuando vio que el camarero colocaba una espléndida ración de piña y crema delante del niño. ¿Cómo se las arreglaba para que le sirvieran tanta cantidad? El aya supuso, que como de costumbre, se habría hecho amigo del cocinero, convirtiéndose en su predilecto.

La función comenzaba a las ocho, y el mago, el payaso y Rruiseñor Iris, tomaron café rápidamente y fueron a prepararse.

—Podemos tomar el café juntos en el vestíbulo, ¿no le parece? —dijo la señorita Pío al aya, pero ésta estaba ya cansada de oírla.

—Esta noche no voy a tomar café, gracias —le contestó—. Me sentaré con los

niños para gozar de los últimos rayos de sol.

Y les encontró deseosos de ir en seguida a presenciar el espectáculo.

—Queremos tener buen sitio —dijo Chatín—. Yo no puedo ver los trucos del prestidigitador a menos que esté en primera fila. Señorita Pimienta, vámonos ya. ¿Llevará usted chocolate para comer durante la representación?

—No. No hay necesidad de estar comiendo chocolate continuamente... y menos después de una cena como la de hoy —replicó el aya.

—Oh, bueno, no importa. Me parece que tengo un pedazo de goma de mascar —repuso Chatín buscando en sus bolsillos.

—Entonces haz el favor de dármelo —dijo la señorita Pimienta—. Si hay algo que aborrezco de verdad es el ver masticar continuamente... como las vacas.

—¡Troncho! Ahora sé por qué las vacas hacen eso —exclamó Chatín—. Para ellas debe ser igual que mascar chicle. Nunca pensé que las vacas fueran tan sensatas. De todas formas, señorita Pimienta, no es preciso que me mire mientras estoy mascando.

—Cállate, Chatín —intervino Roger—. Hablas por los codos. Deja que los demás digan algo, y vigila a «Ciclón». Ha desaparecido en el interior de la posada. ¡Apuesto a que no tardará en salir con algo en la boca que no debiera haber cogido!

Al poco rato apareció «Ciclón» meneando su rabo corto, y arrastrando una pequeña estera que dejó a los pies de su dueño.

—¡Mirad esto! —le dijo Chatín con disgusto—. Ya vuelve a sus estúpidos trucos. ¡Devuélvelo, tonto!

«Ciclón» echó a correr, pero sin la alfombra.

—¡Ahora ha ido a buscar otra! —exclamó Diana—. Señorita Pimienta, ¿podemos marcharnos ya?

—Si —replicó el aya levantándose—. Dejemos que Chatín se las componga con las alfombras.

Chatín cogió la que estaba en el suelo y llamando a «Ciclón» entró en la posada, donde tropezó con el profesor y la señorita Pío.

—Oh... perdonen —les dijo el niño—. Lo siento muchísimo. No les había visto. ¿Van a ver la función? Entonces nos veremos allí. ¡Hasta luego!

—Este niño necesita una mano dura —dijo el profesor contrariado—. ¡Siempre va corriendo como un loco, y gritando con todas sus fuerzas... no tiene modales!

—Ah, sí, pero los niños son así —repuso la señorita Pío—. Deliciosas criaturas. A mí me encantan, ¿a usted no?

—No —fue la respuesta del profesor—. Quisiera ahogarlos a todos.

Y una vez hecha esta declaración en voz alta y con gran sentimiento, no dijo más, y salió acompañado de la señorita Pío, que iba dejando tras sí una estela de fuerte perfume de guisantes dulces.

Chatín no tardó en alcanzar a los otros, y «Ciclón» le seguía pisándole los talones y sacudiendo sus largas orejas gachas. Luego aminoró la marcha jadeando. Al fin llegaron al muelle y pagaron sus respectivas localidades. Luego se dirigieron a la sala de conciertos que estaba más o menos a mitad del muelle. Había un buen escenario al aire libre y filas y filas de butacas. El techo había sido retirado puesto que el tiempo era muy caluroso. Cuando llovía o hacía frío, volvían a correrlo, de manera que la sala se convertía en un local cerrado.

—Es magnífico —exclamó Roger—. ¿Vamos a sentarnos en la primera fila?

No obstante, estaba ya toda ocupada, y tuvieron que contentarse con sentarse en el centro de la segunda fila. La señorita Pimienta compró un par de programas, y todos se sentaron expectantes. Los leyeron en silencio, pareciéndoles un espectáculo muy bueno.

El profesor James y la señorita Pío llegaron más tarde, y tuvieron que sentarse bastante atrás, porque todos los asientos preferentes estaban ya ocupados. ¡Sin duda alguna aquellos espectáculos eran muy populares! La señorita Pío saludó con su programa a los niños, y ellos correspondieron a su saludo.

A las ocho en punto se oyó la alegre música de un piano que sonaba detrás del telón, y éste se descorrió rápidamente, descubriendo a los doce artistas, todos muy sonrientes, excepto el mago, que estaba tan serio como de costumbre. Sin embargo, procuró sonreír cuando atacaron la canción inicial.

El pianista era excelente y tocaba sin partitura. Parecía muy joven, y en cuanto vio a Chatín le dedicó un guiño muy simpático y el niño se sintió muy orgulloso por aquella deferencia.

El programa fue siguiendo el curso acostumbrado... canciones, bailes, zapateados, un par de chistes escenificados, muchas tonterías a cargo del payaso, y, naturalmente, la actuación del mago.

Iris demostró tener una voz muy dulce y como además era muy bonita tuvo mucho éxito. Chatín aplaudió hasta que le dolieron las manos, y continuó aplaudiendo mucho después que los demás dejaron de hacerlo, hasta que Roger le dio un fuerte codazo.

—¡Basta! ¡Todos te miran!

—¡Bis! —gritaba Chatín incansable—. ¡Bis! —y quedó encantado cuando a una señal del payaso, Iris subió a cantar otra vez. Chatín le hizo una seña con la mano, y ella le dirigió una sonrisa divertida.

La pareja de baile era bastante buena, y el bailarín de «claqué», excelente. Chatín comenzó a tocar su banjo imaginario cuando Judy Jordán comenzó una danza haciendo sonar las puntas y tacones de sus zapatos, mas la señorita Pimienta le detuvo en seguida que oyó el «Zizz-ziz-ziz» tan familiar.

Pero la parte mejor del espectáculo fue la actuación del mago, que estuvo

brillantísimo. No sonrió ni una vez tan sólo, y apareció vistiendo como un hechicero de los tiempos antiguos, con un cucurucho puntiagudo y una capa flotante. Diana le contempló estremecida cuando con su rostro grave y voz profunda se dispuso a comenzar su interesante actuación.

—Es realmente magnífico —dijo la señorita Pimienta al oído de Diana—. ¡Está muy en carácter con su magia! No cuesta nada imaginarle conjurado con los genios y espíritus, y brindando con brujas y trasgos. ¡Es realmente maravilloso, fantástico!

El público le observaba en silencio, mientras realizaba trucos poco vistos. Sacaba del aire las cosas más imprevistas... una regadera... una baraja de cartas sueltas... un libro enorme... y un sombrero que ofreció a Iris con una reverencia.

Cogió su varita para anunciar que iba a conjurar al fuego, y pronunciando una sarta de extrañas palabras que hicieron estremecer a Chatín... ¡Zas!, hizo que las llamas brotaran sobre su cabeza, ardiendo alegremente. ¡La verdad es que hacía cosas realmente asombrosas!

—Y ahora —dijo abandonando su varita— les invito a que presencien mi maravilloso don de adivinación del pensamiento. ¡Magia, amigos míos, pura magia!



Capítulo 15- El Señor Maravillas... y Chatín

—Fijaros bien en esto —susurró alguien a espaldas de los niños—. ¡Es maravilloso!

Iris dio unos pasos hacia delante y saludó. Al parecer iba a ser la ayudante del señor Maravillas.

—Véndeme los ojos —le ordenó el mago.

Iris, tomando un gran pañuelo negro, lo hizo así a conciencia. Incluso Chatín estaba convencido de que nadie podría ver a través de aquel pañuelo que daba al mago un aspecto muy siniestro por demás.

La lectura del pensamiento siguió el ritual de costumbre. Iris fue recogiendo objetos entre el público, pasando por entre las filas de butacas, y llevándose el dedo a los labios cada vez que alguien se sentía inclinado a hacer algún comentario.

—¡No debemos darle ninguna pista! —susurraba—. Ninguna insinuación... nada que ayude al señor Maravillas. ¡Ésta es una prueba auténtica y veraz de su poder!

Volvió a subir al escenario, y dio la vuelta al señor Maravillas, que conservaba los ojos vendados, de manera que diese la espalda al público. Luego avanzó hacia éste exhibiendo un pequeño broche de oro que le había entregado una jovencita.

—¿Qué tengo en la mano, señor Maravillas? —exclamó—. ¡Deje que su mente lea lo que hay en mi mano!

—Veo... ¿qué veo?... mingo, mengo, miscelánea... o... ya veo, oh, sí, ya veo... algo pequeño... algo redondo... algo que reluce como el oro... ábrete, oh mente, oh... ¡Es oro!

—Ah, pero ¿qué es? —preguntó Iris sosteniendo todavía el broche en alto. No se oyó el menor ruido en la sala mientras el señor Maravillas volvía a murmurar, y al fin dio la vuelta entre el revuelo de su capa.

—Un broche. ¡Un pequeño broche de oro!

Hubo una oleada de aplausos, y Chatín, olvidándose de que no pensaba aplaudir, lo hizo con todas sus fuerzas; Roger y Diana aplaudieron todavía más que Chatín. Luego Iris volvió a colocar al señor Maravillas de espaldas al público, y esta vez mostró dos cosas a un tiempo. Una era un anillo de plata con una piedra amarilla y la otra un reloj.

—¿Qué tengo ahora en la mano, señor Maravillas? —exclamó la joven—. Ahora tiene que adivinar dos cosas. ¡Dígame usted qué son!

El mago volvió a sus continuados murmullos y leves susurros, y la capa revoloteó de un lado a otro y a los tres niños les parecía todo aquello muy fantástico y mágico. La sala casi se viene abajo con los aplausos, cuando el señor Maravillas adivinó las dos cosas exactamente. Esperó a que se acallara el entusiasmo y luego dijo:

—Esperen... veo algo más. El reloj... veo el reloj... detrás tiene grabadas las iniciales A. G. S. Sí, veo A. G. S.

—Tiene usted razón —dijo Iris con voz asombrada y mirando el reloj por detrás. Todo el mundo volvió a aplaudir, y después de adivinar varios objetos más, llegó la última parte de la actuación del mago.

—Y ahora —dijo el señor Maravillas solemnemente y con el rostro más alargado que nunca debido al cucurucho puntiagudo—. Llegamos a la Numerología. Mi excelente ayudante, señorita Iris, tiene un paquete de tarjetones y escogerá uno al azar que les mostraré en silencio. Yo lo leeré con los ojos de mi mente en el espacio de treinta segundos o menos, y les diré el número que exhibe en su mano.

Iris cogió una serie de tarjetones todos con el dorso amarillo, y Chatín se irguió interesado. Vaya, aquellos tarjetones los había visto en la habitación del mago cuando fue a devolverle su cepillo. Debía estar estudiándolos entonces, ¿pero de qué le servía aprendérselos de memoria si no sabía cuál escogería Iris?

La joven cogió un tarjetón que mostró al público en silencio. El número estaba impreso en gruesos caracteres negros y todos pudieron verlo perfectamente.

Era el número 637.589,255.

El señor Maravillas comenzó a murmurar como de costumbre, y luego lanzó un gemido.

—Es difícil. Los ojos de mi mente están turbios esta noche. ¿Dónde está mi varita?

Iris se la entregó y empezó a dar pases con ella en el aire.

—¡Ven genio de los números, ven en mi ayuda! —exclamó con voz tan angustiada que el público se asustó.

—¡Ah!, ¡ah! ¡Ahora veo el número! Esperad... esperad... ya viene. ¡Es el 637.589,255!

Iris seguía sosteniendo el número en alto y el señor Maravillas acababa de adivinarlo. Todos aplaudieron y golpearon con los pies. ¡Había estado maravilloso!

—¡Que adivine otro número! —pidió una voz entre el público.

—Sólo una más —dijo Iris—. Es una tensión muy grande la que soporta el señor Maravillas.

Desde luego daba esta impresión gracias a sus murmullos y pases en el aire con su varita mágica, pero al fin volvió a adivinar el número correctamente.

—¡Es... es... el 864.592,643!

—Cáscaras... me asusta —dijo Chatín a la señorita Pimienta—. De ahora en adelante le trataré con mayor respeto. Es una maravilla, ¿no le parece?

A continuación hubo un número de canto y baile para desvanecer la tensa atmósfera creada tan inteligentemente por el señor Maravillas. Luego Iris se adelantó para anunciar rápidamente:

—Ahora llegamos al fin de nuestro programa, que tal vez sea la mejor parte —dijo con su encantadora sonrisa—. El Concurso Infantil. Como de costumbre daremos dos premios de veinticinco pesetas, uno para las niñas y otra para los niños.

Un tintineo de monedas, agitados por el payaso proclamó que el dinero estaba dispuesto y esperando.

—¿Puedo participar yo también, por favor, señorita? —preguntó el payaso con voz patética—. No soy tan rico como todos los niños que están aquí. Sé cantar «Tres ratones ciegos», de veras, lo hago muy bien.

Iris continuó su pequeño discurso.

—No importa lo que hagáis... cantar, bailar, recitar, tocar el piano, contar chistes... o incluso realizar un poco de magia que deje pequeñito al señor Maravillas. Vamos... ¿quién va a ser el primero?

Dos niñas y un niño se apresuraron a acudir al escenario. Les siguió otra niña, y dos niños más. Roger dio un codazo a su primo.

—¡Vamos! No dejes de hacer tu número, Chatín.

Pero Chatín se había puesto muy nervioso y miró a su primo contestándole:

—No quiero hacer el ridículo, de manera que cállate.

Los niños que actuaban resultaban ser bastante vulgares. Dos de los niños tocaban el piano, golpeando las teclas con fuerza. Un niño cantó una canción cómica de la que nadie pudo entender una sola palabra.

Otra niña bailó muy bien, pero era evidente que estaba tan engreída que nadie aplaudió mucho, aparte de su mamá, que casi se despellejó las manos.

Luego otro niño poco más o menos de la edad de Chatín recitó un verso a tal velocidad, que nadie consiguió entenderle, y luego se retiró del escenario también a toda velocidad, abrumado por su esfuerzo.

El tercer niño se negó a actuar, y en el centro del escenario parecía la imagen de la desdicha.

—He olvidado las palabras —no cesaba de repetir—. He olvidado las palabras. Mamaíta, ¿cómo es?

Al parecer su mamaíta también las había olvidado de manera que el niño abandonó el escenario llorando.

—¡Vamos, vamos, niños! —dijo Iris en tono de reproche—. Estoy segura de que alguno más puede tratar de llevarse los cinco duros. Necesitamos que actúe otro niño.

—Déjeme probar, déjeme probar —gimoteó el payaso imitando la voz de un niño—. ¡Sé hacer muchas cosas! ¡Oh, sí que sé! Estoy en gran forma para cantar y silbar.

Frunció los labios, pero por mucho que soplabla no salió sonido alguno. Así que sacando un silbato enorme de su bolsillo lo hizo sonar haciendo que Iris pegara un respingo. Todos rieron... era tan tonto.

—¡Otro niño más! —insistió Iris—. Sólo uno. Así habrán actuado tres niñas y tres niños.

El payaso fue a colocarse al lado de Iris, y miró directamente a Chatín, señalándoselo a la muchacha.

—Mira, Iris —le dijo—. Ahí está la Maravilla del Mundo. ¿Lo ves? Ese chico de pelo rojo, nariz respingona y pecoso. Es el mejor concertista de banjo que he visto en mi vida. Pagan hasta mil pesetas por cada uno de sus banjos. ¡Cáspita!

Todos se volvieron para mirar a Chatín que enrojeció hasta las raíces de sus cabellos.

—¡Vamos, muchacho! —gritaba el payaso—. Eres tímido como una niña. ¡No es posible! Ven y tócanos tu banjo. Dinos qué vas a tocar y el pianista te acompañará.

—Vamos, Chatín —le dijo su primo—. Ahora no tienes más remedio que subir. Los otros niños lo han hecho pésimamente.

Chatín subió al escenario, mitad contrariado, mitad satisfecho por las palabras del payaso, y quedó de cara al público. El payaso con toda solemnidad colocó una silla a su lado.

—Es para que apoyes la pierna —le informó—. Ese banjo que has traído es muy

pesado. Apóyalo sobre tu pierna, compañero. Y ahora dinos... ¿qué vas a tocar?

Chatín captó en seguida el humorismo del payaso y se echó a reír.

—Tocaré «Qué hora es cuando son las doce» —anunció, colocando el pie sobre la silla. La canción que había escogido era muy popular entonces, una tonadilla tonta, muy apropiada para el banjo. El pianista hizo un gesto de asentimiento. La conocía muy bien.

—Voy a afinarlo un poco —dijo Chatín con toda solemnidad tocando las cuerdas de su banjo imaginario, y produciendo unos ruidos como si realmente estuviera ajustando las cuerdas al tono preciso. El público empezó a reír de buena gana.

—Bien. ¿Preparado? —dijo Chatín al pianista—. No toque demasiado fuerte, por favor. Primero la canción entera y luego repitiendo el estribillo dos veces.

Rasgó con la mano las cuerdas imaginarias haciendo al mismo tiempo unos sonidos metálicos con la lengua muy parecidos a los de banjo, y de esta manera fue siguiendo la melodía de la canción. Chatín lograba producir aquellos sonidos con gran potencia, y el pianista no le ahogaba, muy al contrario, lo seguía perfectamente. Formaban una pareja excelente.

—Tuang-tuang-tuang, tuang-tuang-tuang —continuó Chatín finalizando con un acorde maravilloso. Luego quitó el pie de encima de la silla y saludó ceremoniosamente.

Consiguió más aplausos que ningún otro concursante, e incluso que los artistas que habían actuado aquella noche... ¡más que el señor Maravillas! ¡Resultaba tan gracioso con su extraño desparpajo, sus cabellos rojos y su simpática sonrisa! Todos querían que continuara actuando.

—Otra más... ¿no puedes complacernos? —le preguntó el payaso encantado—. ¿Algún otro instrumento?

—Casualmente he traído mi cítara —replicó Chatín muy serio, dejando su banjo imaginario y cogiendo su cítara, igualmente invisible—. Ahora tendré que sentarme.

Y uniendo la acción a la palabra, tomó asiento en la silla, y acompañado del pianista dieron una audición perfecta. Reprodujo el sonido de la cítara con la misma habilidad de antes, y en vez de una canción rápida, escogió la romántica melodía: «Si yo pudiera darte la luna». No la cantó, naturalmente, pero imitó su interpretación con la cítara admirablemente. Todos escucharon con gran atención, y la señorita Pimienta se mostró muy sorprendida.

¡Era increíble que Chatín, el loco y travieso Chatín, tuviera en suspenso a todo el público! ¡Roger y Diana no cabían en sí de orgullo por tener un primo tan listo!

La canción finalizó y el payaso inclinóse ante Chatín.

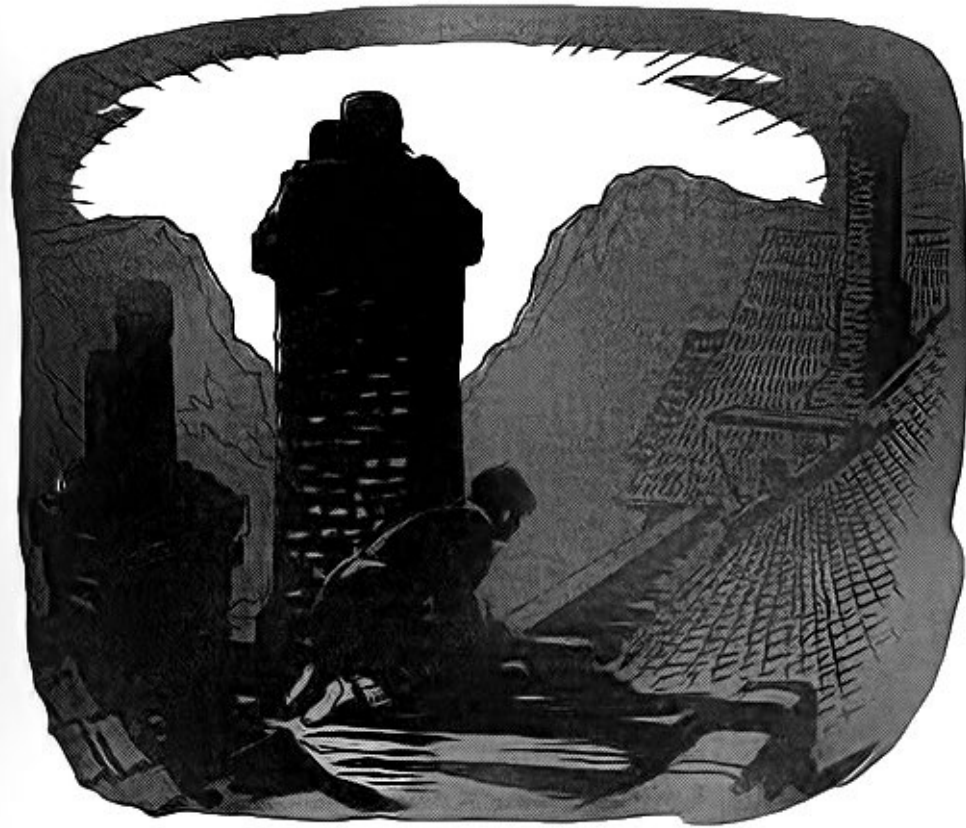
—¡Eres todo un maestro! —le dijo y el niño no supo si aquello era una ofensa o un cumplido. No había oído nunca aquella palabra, pero el payaso estaba encantado con él, y se volvió para decir al público—: Y ahora vamos a repartir los premios. El

premio de las niñas será para la pequeña Lorna Jones, que ha bailado.

Sonaron ligeros aplausos. Desde luego que Lorna había bailado bien, pero o nadie le fue simpática.

—Y el de los niños... naturalmente... será para nuestro amiguito aquí presente, por...

Pero el resto de sus palabras quedaron ahogadas por los aplausos y vítores. Todos aprobaron por unanimidad aquel premio, y Chatín, más sonrojado que nunca, se inclinó para saludar y fue a recoger las veinticinco pesetas. ¡Qué noche! ¿Quién hubiera dicho que su afición a imitar instrumentos iba a proporcionar a Chatín tantos aplausos?



Capítulo 16- Lo que ocurrió aquella noche

Chatín regresó aquella noche a la posada presa de gran excitación.

—Ahora no dejes que se te suba el triunfo a la cabeza —le dijo su primo Roger, temeroso de que Chatín se volviera insoportable—. Al fin y al cabo, tú no sabes tocar realmente el banjo ni la cítara... y apenas tocas el piano con un solo dedo. No eres músico, vaya.

—Y por lo que más quieras, no toques banjos y otras cosas en la posada —suplicó Diana—. No les gustará nada.

Chatín no les hizo el menor caso.

—He estado pensando si sabría imitar el órgano —dijo—. O el tambor.

—No, Chatín —le dijo el aya en tono enérgico—. ¡Oh, Dios mío, ahí viene la señorita Pío! ¡De prisa!

Pero la señorita Pío estaba resuelta a volcar sus alabanzas sobre Chatín.

—¡Eres una maravilla! —exclamó acercándose a ellos—. ¡Y qué maravilla! Qué niño tan listo. Es un músico innato, ¿no es cierto, señorita Pimienta?

—Pues... yo no diría eso —replicó el aya—. En realidad no sabe distinguir ni una nota.

—¡No me diga! ¡Eso demuestra lo maravilloso que es haciendo creer a la gente que sabe tocar! —gorjeó la señorita Pío—. Yo casi creí que tocaba un banjo de verdad, ¿sabe? Tendría que trabajar con esa compañía, ¿no creen? ¡Todo el mundo acudiría a oírle!

La señorita Pimienta miró a Chatín quedando horrorizada al ver la sonrisa fatua y satisfecha de sus labios. ¡Cómo disfrutaba oyéndola!

—Los trucos de Chatín están bien para divertir a sus compañeros de colegio —dijo el aya en tono firme—. Pero nada más. Es una tontería pensar en otra cosa de mayor importancia, señorita Pío.

Por fortuna habían llegado ya a la posada.

—Quiero beber algo —dijo Chatín—. Todo ese tuang-a-tuang me ha dado sed. ¿Puedo tomar una limonada, señorita Pimienta... o dos? Oh, oiga... espere un poco, aunque... me había olvidado de mis cinco duros. ¡Les invito a todos! ¿Qué va a tomar, señorita Pimienta? ¿Naranjada? ¿Limonada? ¿O hará un extraordinario y tomará Coca-Cola?

Diana empezó a reír. La verdad es que Chatín era muy gracioso. El aya pidió los refrescos y luego envió a los tres niños, y a «Ciclón», que tenía mucho sueño, a la cama.

—Es tarde —les dijo—. Muy tarde. Llévate la naranjada a tu cuarto, Chatín. No, no me importa que tengas cinco o diez duros, no puedes tomar más que una. No «Ciclón» tampoco puede tomar más. A él le basta con el agua. No le deis otra cosa.

Chatín se marchó muy contrariado. Hubiera querido quedarse abajo hasta que regresaran Iris, el señor Maravillas, el payaso, e incluso el profesor James, que todavía no había vuelto. Sus alabanzas valdrían mucho más que las tontas palabras de la señorita Pío.

Chatín estaba demasiado excitado para dormir. Roger roncaba suavemente mientras su primo daba vueltas y más vueltas en la cama con la mente llena de planes maravillosos. Ensayaría muchas más imitaciones de instrumentos musicales, y aparecería en los escenarios de los grandes teatros. Actuaría por la radio... aunque tal vez no fuera conveniente, porque la gente creería que realmente tocaba el banjo, la cítara o la guitarra... ya que no vería que no tenía ningún instrumento en sus manos.

Entonces, ¿por qué no actuar en la televisión? Eso sería lo mejor. ¿Y si probara de imitar el tambor? Estaba seguro de poder imitar su potente bum-bum, y empezó a ensayar muy bajito, pero no pudo resistir la tentación de lanzar un fuerte «bum».

Y entonces ocurrió algo aterrador. En cuanto Chatín hubo lanzado su «bum», sonó otro «bum»... lejano, pero potentísimo haciendo estremecer toda la posada. Chatín se sentó en la cama muy asustado.

«¡Bomba! —pensó—. No... no es posible. Claro... es una explosión procedente de la base submarina. Algún experimento como el que oímos el otro día.»

Reflexionó unos instantes.

«Pero aguarda un momento... ahora es medianoche... deben ser más de las dos y media... calculo. No creo que hagan experimentos a estas horas para despertar a todo el mundo.»

No obstante, el ruido no había despertado a Roger, que seguía durmiendo profundamente, ni tampoco a Diana. La señorita Pimienta al oír la explosión se incorporó en la cama escuchando, pero al ver que no se repetía volvió a dormirse.

Chatín estaba inquieto. Aquella noche le era imposible dormir, y se le ocurrió una idea. Subiría por aquella escalerita que terminaba en el tragaluz y se asomaría. Tal vez pudiera ver algo de lo que estaba ocurriendo en la bahía de los submarinos a través de la grieta del acantilado.

Y bajando de la cama abrió la puerta de su habitación y salió al descansillo. Al parecer nadie se había levantado. ¿Acaso no oyeron el ruido?

Chatín se dirigió a la puertecita que daba a la escalera, y la abrió procurando no hacer ruido. Sí... allí estaba la escalera... la tocó con el pie ya que no podía verla en la oscuridad. Fue subiendo con suma precaución. Era una noche clara y Chatín pudo ver las estrellas brillando a través del pequeño rectángulo de cristal enmarcado por la puerta de la trampa que daba al tejado.

La abrió con mucho cuidado para no hacer ruido, y miró al exterior.

¡Cielos! Algo había sucedido en la base submarina. Chatín pudo ver claramente a través de la grieta del acantilado. Allá abajo, al otro lado del mismo, en la bahía, algo estaba ardiendo en el agua. Los reflectores dirigían sus haces de luz por todas partes, y Chatín contuvo el aliento. Algo acababa de ocurrir. Quizá algún terrible accidente, y deseó poderlo ver más y mejor.

«Quizá si saliera de esta trampa, encontraría algún lugar más elevado desde donde mirar —pensó—. No sería difícil.»

Y subiendo hasta el último escalón salió con facilidad al exterior. Allí el tejado era plano y Chatín miró a su alrededor. A la derecha se elevaba un poco hasta un grupo de chimeneas, junto a las que podría sentarse.

Comenzó a andar cautelosamente en dirección a la parte donde se elevaba el tejado, que subió a gatas. Ahora estaba junto a una chimenea, pero el viento soplaba allí con fuerza, y continuó gateando hasta situarse entre dos chimeneas que le protegían. Una de ellas estaba caliente... ¡qué bien!

Pero ante su desilusión no pudo ver mucho más que antes, aunque ahora estaba un poco más alto. Los reflectores no cesaban de iluminarlo todo y las llamas de lo que ardía continuaban igual de altas. Tal vez había estallado algún submarino, incendiándose.

Chatín acurrucose junto a la chimenea caliente, temeroso de enfriarse en el terrado a aquellas horas de la noche. De pronto olfateó el aire.

Olía a algo. ¿Qué era? ¡Humo de un cigarrillo! ¡Imposible! ¡En el tejado no había nadie sino él... y menos aún alguien fumando!

Alargó el cuello fuera de la chimenea, y vio en la distancia, el resplandor del extremo de un cigarrillo. Alguien más había oído la explosión y subido al tejado para ver qué ocurría.

No tardó en darse cuenta de que el intruso estaba precisamente en la puerta de la trampa que daba al tejado. Seguramente de pie en la escalera y fumando un pitillo. Chatín estuvo a punto de gritar para avisarle su presencia, pero se contuvo.

No. Iban a reñirle mucho por haber salido al tejado de noche, y si se enteraba la señorita Pimienta se pondría furiosa. ¡Ya no le dejaría hacerlo por segunda vez durante el resto de las vacaciones! Lo mejor era guardar silencio. Pero ¿quién estaba allí? Chatín esforzó la vista, pero sólo pudo distinguir la sombra de una cabeza y lo punta roja del cigarrillo encendido.

Al cabo de un rato, el fumador terminó el pitillo que arrojó al tejado, y luego Chatín oyó el ligero crujido de la escalera. Ya se iba... pero aquel individuo había cerrado primero la puerta de la trampa. El corazón de Chatín dejó de latir por un instante. Ya se veía allí sentado toda la noche... quedándose dormido... rodando por el tejado... ¡Oh, qué horror!

Dirigiose a la puerta de la trampa, y al llegar allí vio el resplandor de una ventana a cierta distancia. ¿Quién estaría dentro? Fuera quien fuese, lo más probable era que se tratase del fumador de unos minutos antes, que debió haber regresado a su habitación y encendido la luz. Chatín decidió descubrir quién era.

Y gateando fue a ocupar otra posición desde donde se veía directamente la habitación iluminada. Las cortinas estaban corridas, pero en el centro quedaban entreabiertas cosa de un palmo.

—¡Troncho! ¡Si es el viejo profesor James! —exclamó Chatín—. Menos mal que no le hice saber que yo estaba aquí arriba. ¡Se lo hubiera dicho a la señora Gordi y la señorita Pimienta me hubiera reñido mucho!

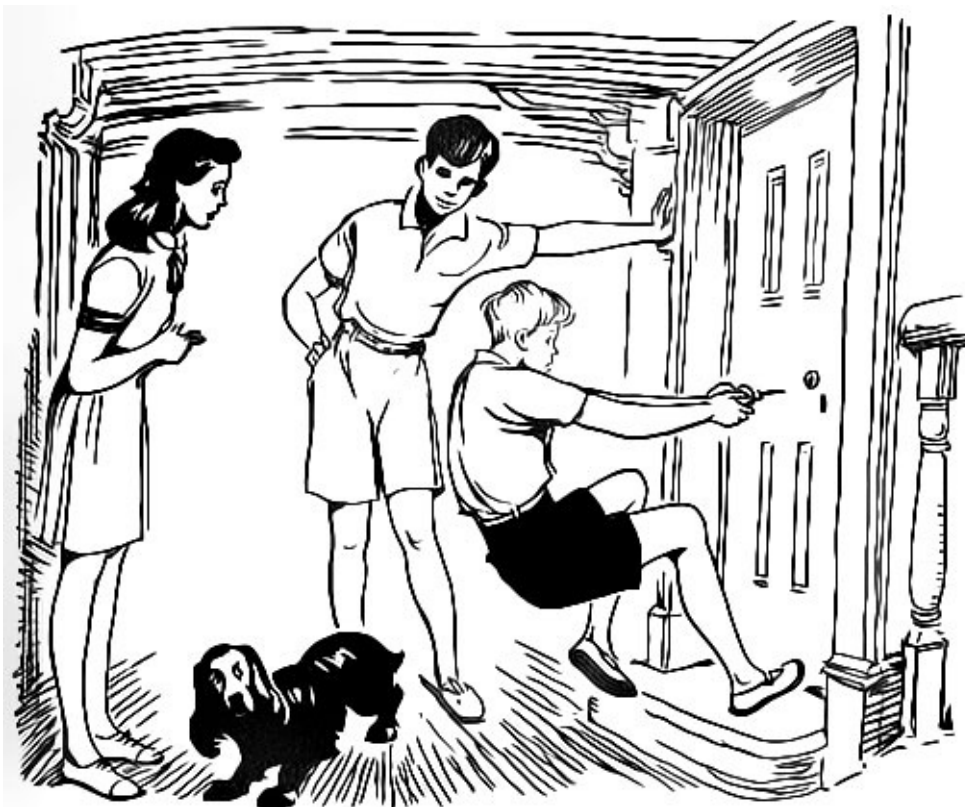
Trató de abrir la trampa con manos temblorosas. ¿El profesor habría corrido el pestillo de manera que no pudiera abrirla?

Con un profundo suspiro de alivio, Chatín descubrió que sí se abría. ¡Gracias a Dios! Una vez abierta se introdujo por la abertura para bajar por la escalera de madera. Luego cerró la trampa con sumo cuidado, y regresó a su habitación. Roger seguía durmiendo profundamente.

Cuando iba a volver a cerrar la puerta vio la luz por debajo de la puerta del señor Maravillas. De manera que él también había oído la explosión. Chatín estuvo dudando si ir o no a charlar un rato con él... ¡Seguramente ahora que había actuado

tan magníficamente en el concurso habría de recibirle bien!

Sin embargo, decidió no hacerlo. El señor Maravillas no era de esas personas con quien uno desea hablar a medianoche. ¡Y tal vez empezara a hacerle víctima nuevamente de su magia!



Capítulo 17- Al día siguiente

A la mañana siguiente toda la posada sentía una gran curiosidad ante la noticia de la explosión ocurrido aquella noche, de la que hablaban todos los periódicos.

GRAN EXPLOSIÓN EN LA BAHÍA SECRETA —decían los titulares—. *¿FUE SABOTAJE? ¿ESTARÁN SEGUROS NUESTROS SECRETOS? LOS HABITANTES DE LOS ALREDEDORES CASI SE CAEN DE SUS CAMAS.*

—¡Valiente mentira! —exclamó Chatín—. La cama se tambaleó un poco, pero nada más. Y tú ni siquiera te despertaste, Roger. ¡Yo sí!

—¿De veras? —replicó Roger—. ¿Fue realmente una explosión muy grande?

—Terrible —dijo Chatín—. Tremenda. Más fuerte que un trueno. Yo salté de la cama y subí la escalera que lleva al tejado... y desde allí vi que algo ardía en el agua, y los reflectores, como locos, trataban de iluminarlo todo.

—¡Chiss! Te va a oír la señorita Pimienta —exclamó Diana—. Se pondrá furiosa si sabe que te has levantado a medianoche... y nada menos que para ir al tejado.

—No se enterará —dijo Chatín mirando a su alrededor—. El viejo profesor James

estaba allí cerca leyendo el periódico, pero como era sordo tampoco podía oír. El señor Maravillas y el payaso también estaban cerca... y tal vez les hubieran oído, pero lo más probable es que desconocieran la existencia de la escalera. Hice algo más —continuó Chapín—. Salí al exterior y fui a sentarme junto a una chimenea que estaba caliente. Entonces alguien subió por la escalera para ver qué ocurría. Creo que era el viejo profesor. ¡Figúrate, él oyó la explosión y tú no, Roger!

—Supongo que debió despertarle la vibración y no el ruido —intervino Diana—. Oíd... es bastante serio, ¿no? ¡Uno de nuestros submarinos más modernos emergió a la superficie donde estuvo ardiendo hasta desaparecer! ¡Ojalá me hubieras despertado, Chatín!

—No te hubiera gustado verlo —replicó su primo—. ¿Vosotros creéis que habrá sido sabotaje? Quiero decir... ¿es posible que alguien penetrase en la bahía e hiciera una cosa así para perjudicar? Yo hubiera creído que las cosas eran mucho más estrictas y que por parte del Gobierno estaban mejor guardadas.

—Probablemente sería un accidente —exclamó Roger—. No es posible realizar ningún experimento sin que ocurran accidentes. ¡Mira las cosas que ocurren en el laboratorio del colegio!

—Oh, bueno..., pero algunas las preparamos nosotros —replicó Chatín—. ¡Son unos truquitos muy bien organizados! De todas maneras... me gustaría saber si ha sido un accidente. No quisiera tener que pensar que por aquí hay gente interesada en hacer volar más submarinos... sobre todo mientras nosotros estemos aquí.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de verte complicado en otro misterio? —le preguntó Roger con una mueca.

—¡Miedo! —exclamó Chatín dolido—. Me encantan los misterios. Me piro por ellos, pero éste no es ningún misterio, me parece. Apuesto a que se trata de un accidente.

Si lo fue o no, no lo supieron por los periódicos de la mañana o de aquella noche. La prensa parecía querer echar tierra sobre el asunto, cosa que contrarió a los niños en gran manera.

Aquella tarde hizo mal tiempo. La lluvia caía incansable y los niños estaban aburridos.

—Hace una tarde de perros —dijo Chatín—. ¿Qué haremos? ¿Queréis que toque el banjo?

—No, a menos que vayas a tocarlo al tejado o cualquier otro sitio que esté bien lejos —replicó su primo.

Chatín ya había tocado su banjo, su cítara, su guitarra y su arpa imaginarias a diversas horas del día, y Roger y Diana empezaban a cansarse de los imitados ruidos producidos por Chatín.

—Subamos por la escalerita para ver si el submarino sigue ardiendo —propuso

Chatín—. ¡Os prometo que no llevaré conmigo ningún instrumento!

Subieron hasta el primer piso y luego se llegaron hasta la puerta que ocultaba la escalera. Chatín trató de abrirla, pero ¡no se abría!

—¿Qué ocurre? ¿Se habrá atrancado? —dijo tirando violentamente del pomo. Y lo que ocurrió es que se quedó con él en la mano cayendo sentado sobre el pobre «Ciclón».

—¡Tonto! ¡Ya tenías que haber sido tú! —dijo Roger.

—Siempre me quedo con las cosas en la mano —se quejó Chatín—. ¿Y qué hacemos ahora?

—Tendrás que ir a decírselo a la señora Gordi —dijo su prima—. Vamos Chatín. Si fuiste lo bastante valiente para estar en el tejado anoche, también has de serlo para ir a confesar lo ocurrido a la señora Gordi.

Así que Chatín tuvo que ir en busca de la señora Gordi, que estaba en una habitación muy reducida, anotando columnas y columnas de números, y que no pareció alegrarse mucho al verle. El niño le explicó lo ocurrido.

—¿Pero por qué tiraste del pomo con tanta fuerza? —le preguntó la señora Gordi apoyando su rostro sobre sus cuatro o cinco sotabarbas con aire majestuoso. Chatín deseó tener también muchas sotabarbas para que le dieran aquel aire de majestad. Se sentía muy pequeño junto a la señora Gordi que le hacía sentirse como un niño travieso.

—Pues tiré con fuerza porque la puerta se resistía —repuso Chatín—. Creo que está cerrada con llave.

—¡Cerrada! Pero en ese caso la llave estaría en la cerradura —replicó la señora Gordi.

—La llave no estaba. Lo miré bien —repuso Chatín—. Estoy seguro de que está cerrada, señora Gordi. Yo pensé que la habría cerrado usted. Siento haber roto el pomo. Aún me queda algún dinero de los cinco duros que gané ayer en el concurso infantil. ¿Cree que me llegará para comprar uno nuevo?

—Supongo que sí —dijo la señora Gordi—. Pero estoy segura de que Cazurro tendrá alguno que podrá colocar rápidamente. Ve a preguntárselo. Me han dicho que debo felicitarte por el premio que ganaste ayer. Veamos... tocaste el banjo, ¿no es cierto?

—Pero no de verdad, sino uno imaginario. ¡Por el que pagué mil pesetas! —repuso Chatín con una sonrisa e inmediatamente se puso a tocar una tonadilla estridente con el tuang-tuang acostumbrado.

La señora Gordi empezó a reír. Tenía una risa muy curiosa. Parecía comenzar en lo profundo de su interior y luego salía al exterior como una catarata a través de sus magníficas papadas.

Al fin Chatín terminó, inclinándose para saludar.

—Eres tremendo —exclamó la buena mujer—. ¡Vamos! Ve a buscar a Cazorro y que te dé otro pomo. Y no cierres la puerta con demasiada violencia, no sea que te quedes con ella en la mano.

Chatín se marchó agradablemente sorprendido. ¡Al fin y al cabo no era tan antipática! Y se dirigió a la cocina en busca de Cazorro a quien encontró brillando los estribos uno por uno, cosa que hacía muy bien.

—Hola, Cazorro. ¿Puedo ayudarte? Yo también colecciono estribos —dijo el alegre Chatín—. Oye, ¿te has enterado de que gané el premio de veinticinco pesetas anoche en el concurso infantil?

Cazorro escuchó e hizo un gesto de asentimiento.

—Tú —dijo—. Tú ganar. Buen chico.

—Vaya, estás muy parlanchín hoy —le dijo Chatín frotando enérgicamente el metal.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Cazorro interesado.

—Esto —replicó Chatín poniéndose a tocar de nuevo su banjo imaginario, y ante su sorpresa, Cazorro también hizo además de coger un banjo invisible y se puso a tocarlo produciendo su ruido peculiar casi tan bien como Chatín.

—¡Vaya...! ¿Qué ocurre aquí? —preguntó una voz, y la cabeza del camarero asomó por la puerta—. ¿Es que está tocando alguna banda?

Cazorro huyó en seguida al patio de atrás donde se sentó parpadeando confundido. Años atrás había tenido un banjo de verdad y solía tocarlo, pero cuando se cayó de la cuerda floja, durante una representación, se hirió en la cabeza... y después cambió mucho. ¡Pobre Cazorro!

Su mente se fue aclarando un poco, y empezó a sonreír. Sí... recordaba su viejo banjo... y las canciones que tocaba, Volvió a imitar su sonido con la lengua... tuang-tuang... tuang-tuang...

Chatín salió al patio para buscarle.

—Oh, estás ahí, Cazorro. Oye, me había olvidado de decirte para qué te buscaba. ¿Tienes algún pomo para una puerta? He tirado con demasiada fuerza del de la que oculta la escalera que va al tejado.

—Tejado —repitió Cazorro mirando fijamente a Chatín, y luego se inclinó hacia delante para susurrar en su oído—. ¡Cuidado, allí hay hombres malos! ¡Hombres malos!

Chatín se echó hacia atrás sobresaltado, y Cazorro le sonrió asintiendo con la cabeza. Luego volvió a ponerse serio.

—Malos, malos, malos —volvió a susurrar—. Cazorro ve. Cazorro observa. Cazorro les sigue. ¡Malos!

Chatín le contempló pensativo. Pobrecillo... ¿qué imaginaciones se le ocurrían ahora? ¡No podía creer que Cazorro vigilara a la gente y la siguiera! Lo tomó a risa.

—Chatín ve. Chatín observa. Chatín sigue —dijo en el mismo tono solemne—. ¡Troncho!, parecemos pieles rojas. Cazurro, ¿dónde hay un pomo para la puerta? Ve a buscarlo y entremos. No me agrada estar sentado bajo la lluvia... tuanga-tuang zizz-zizz-zizz. ¡Ker-plonk! Vaya... ya sabía yo que saltaría alguna cuerda si tocaba bajo la lluvia. ¿Lo ves?

Levantó su banjo imaginario y Cazurro rió encantado. Era la primera vez que Chatín le oía reír, y su risa era como la de un niño muy pequeño. Le dio unas palmaditas en la espalda.

—Eso está bien. ¡Ríe para olvidar tus penas! ¿Tienes algún pomo para la puerta? Te lo pregunto por tercera vez...

Sí que lo tenía, y fue a buscarlo a un cobertizo. Luego subieron arriba. Tenía unas manos muy hábiles y en poco tiempo lo tuvo colocado. Luego tiró de él.

—Cerrada —dijo Chatín—. Y la llave ha desaparecido. ¿Quién ha sido y por qué? ¡Te aseguro, Cazurro, que anoche ocurrieron cosas muy misteriosas aquí!

—¿De veras? ¿Y cuáles fueron? —preguntó una voz.

Chatín pegó un respingo y se volvió en redondo. El señor Maravillas, el quiromántico, estaba de pie ante la puerta de su habitación. Chatín pensaba a toda prisa. No... no iba a descubrirse y a meterse en líos.

—Oh, nada —dijo en tono indiferente—. Estaba asustando al pobre Cazurro. Oiga, señor... qué maravillosa representación la suya de anoche. ¿Cómo adivinó tantas cosas... incluso las iniciales de la tapa de un reloj? ¡Me dejó asombrado!

—Ése es mi secreto —replicó el señor Maravillas— ¿Oíste la explosión de anoche?

—Sí. Perfectamente —repuso Chatín—. ¿Y usted?

—No. Yo no —dijo el señor Maravillas, cosa que sorprendió a Chatín en sumo grado. ¿Acaso no había visto luz en la habitación del mago cuando bajó del tejado para volver a la cama?

—Pues me pareció ver luz en su habitación —exclamó Chatín y luego se hubiera dado de cachetes.

—¿De veras? ¿Y qué hacías tú en el descansillo a esas horas de la noche? —preguntó el señor Maravillas al punto.

—Sólo ver si alguien más se había despertado al oír la explosión —dijo Chatín—. Oiga, señor... ¿cómo pudo adivinar los números de anoche?

Pero el señor Maravillas había vuelto a entrar en su habitación, y Chatín se quedó mirando la puerta cerrada. Hizo una mueca. ¡Está bien... sea todo lo brusco que quiera, señor Maravillas, pero anoche estaba usted despierto! Y Chatín, levantando el puño cerrado con aire amenazador, se dirigió a su propia habitación y cerró la puerta de golpe.



Capítulo 18- El tiempo corre

Después de los primeros días, el tiempo empezó a transcurrir muy de prisa, como suele ocurrir siempre durante las vacaciones.

Antes de que los niños se dieran cuenta había pasado ya una semana. Había sido una semana espléndida... de baños, paseos en barca, juegos en la arena, excursiones... y siempre con Nabé y «Miranda». «Ciclón» también se había divertido mucho.

Escarbaba violentamente todas las mañanas cubriendo a todos de arena. Luego corría a meterse en el mar para mojarse por completo, y al salir se sacudía con tal ímpetu que les salpicaba a todos.

Además había adquirido una costumbre nueva muy molesta. Ya que le habían pegado por apoderarse de los cepillos, toallas y alfombras que llevaba a la playa, buscó algo por lo que no pudieran castigarle.

Y cada día iba a la playa con un perro distinto para jugar con él. La primera vez llevó a un chucho de mil razas distintas, de patas muy cortas y cabeza muy grande.

—Miradle —dijo Chatín—. Pobrecillo. ¡Si tuviera las patas más cortas no le llegarían al suelo!

—Ja... ja... que chiste más viejo —rió Diana—. De todas formas, es un perro muy singular.

—Y bastante apestoso —replicó su hermano mientras el perro sentabase pesadamente—. ¡Largo de aquí, apestoso! ¡Márchate!

Pero el chucho no tenía intención de abandonar a su buen amigo «Ciclón», y estuvieron haciendo mil travesuras, juntos. Casi vuelven loca a la señorita Pimienta dando vueltas alrededor de su tumbona. Tuvieron que soportar al apestoso todo el día, viendo con asombro cómo «Ciclón» compartía con él todos los bocados que le echaban.

Al día siguiente «Ciclón» se fue a la playa regresando con otro amigo... un bulldog con una cara como la del señor «Cubita». No era tan malo como el apestoso, pero le gustaba sentarse lo más cerca posible de todo el mundo. Por lo visto era un perro muy sociable.

—Me gustaría que no me babearas —le dijo Chatín al bulldog—. Necesitas llevar babero. Señorita Pimienta, ¿es que todos los bulldog babean de esta manera, o sólo lo hace por fastidiarme?

—También me ha mojado a mí —dijo Diana—. Y recuerdo que un profesor del colegio tenía un bulldog y también babeaba. ¡«Ciclón», la próxima vez que traigas a un amigo, procura que no huela mal ni babee!

El bulldog parecía tener muy buen carácter hasta que se encaprichó de un hueso que «Ciclón» estaba royendo, y entonces lanzó unos gruñidos tan amenazadores que incluso Chatín se asustó. «Miranda», que estaba con ellos, se subió encima de la cabeza de Nabé presa de terror.

—Márchate —dijo la señorita Pimienta al bulldog en tono firme—. Ese hueso es de «Ciclón». ¡Márchate!

El bulldog cogió el hueso con toda tranquilidad y se marchó. Chatín golpeó a «Ciclón» con el pie.

—¡Eres un cobarde! ¡Has dejado que te quitara el hueso! ¡Cobarde!

«Ciclón» agachó la cabeza, y cuando nadie le miraba se fue de la playa para regresar con un perro completamente distinto, alegre y vivaracho, al que seguían otros tres más pequeños del tipo «terrier», todos espabilados y curiosos.

—¡Oh, basta ya, «Ciclón»! ¿Es que te has vuelto loco? —dijo Chatín contemplando a los cuatro perros con disgusto—. ¿Es que vas a traer a toda la población canina? ¡Fuera! ¡Largo! ¡Marchaos todos! No, tú no, «Ciclón». Te voy a atar a la pata de la tumbona de la señorita Pimienta para el resto del día.

—Oh, no, eso sí que no —replicó el aya al punto—. Le ataste hace un par de días y me tiró al suelo. ¡Átale a una de tus piernas!

Durante tres o cuatro días apenas vieron a Nabé, que no les animaba a que fueran a la feria.

—Es un lugar muy ordinario —les dijo—. No vengáis. Tampoco me agradan los hombres que la dirigen. Son unos pintas. Deben formar parte de alguna banda, aunque no sé de qué se trata.

—¿Por qué no les dejas, Nabé? —preguntó Diana preocupada—. Sé que no te gusta ese empleo. No sigas con gente que no es honrada.

—Oh, estoy acostumbrado a eso —repuso Nabé. No es posible ir de un lado a otro como yo hago, sin tropezar continuamente con tipos así. Y de todas formas... ¿dónde iba a encontrar otro empleo?

—¿No te acuerdas?... El mago que actúa en el muelle dijo que si querías ser su ayudante —exclamó Diana acordándose de pronto.

—Pero ya tiene a Iris —intervino Chatín—. ¡No sé por qué dijo que necesitaba otro ayudante!

—No. Tal vez no necesite a nadie —repuso Diana—. ¿Cuándo termina la semana a que te comprometiste? Mañana, ¿verdad?

—Sí. Entonces me pagarán —dijo Nabé—. ¡Doscientas pesetas! Podré comprarme unas sandalias y una camisa.

—Pues, entonces déjales —insistió Diana—. A mí tampoco me gusta este sitio. ¡Estoy segura de que encontrarás otro trabajo!

Pero Nabé no quiso asegurárselo. No sería fácil encontrar otro empleo en Tantán, y quería estar cerca de sus amigos.

Aquella noche Iris no trabajó. Tenía la noche libre y permaneció en el hotel jugando a cartas con los niños. Parecía casi tan joven como Diana. Chatín, sentado a su lado, deseaba poder entregarle las mejores cartas. «Ciclón» echado a sus pies, estaba de acuerdo con su amo en que Iris era una jovencita encantadora.

—¿Qué hará el señor Maravillas esta noche sin usted? —le preguntó Diana, observando cómo Roger repartía las cartas—. ¿También adivina las cosas cuando no le ayuda?

—No lo sé —dijo Iris—. ¡Ni me importa! Es muy antipático. No me gusta.

—¿Por qué? —preguntó Chatín.

Pero Iris no quiso decírselo.

—Solía tener un ayudante —explicó—. Un jovencito. Y de repente se marchó, nunca supe el porqué, y el señor Maravillas me pidió que buscara a otro. Yo le dije que lo probaría por espacio de dos semanas, pero no me gusta, y no pienso seguir haciéndolo. Ahora han terminado las dos semanas.

Ahora Diana comprendía por qué el señor Maravillas había pedido a Nabé que

fuera su ayudante. Había temido que Iris le dejara una vez transcurridos las dos semanas.

—¿Sabe si ha encontrado ya quien la sustituya? —le preguntó de improviso.

—Hoy vino a verle alguien. Supongo que sería por el empleo —repuso Iris—. Y es probable que lo haya conseguido, porque el señor Maravillas necesita quien le ayude. No podría hacer la prueba de la transmisión del pensamiento solo.

—¿Por qué no? —quiso saber Chatín—. Podría solicitar la cooperación de algún espectador... o de uno de los payasos.

—No. Quiere tener un ayudante propio —repuso Iris—. Bueno, ¿jugamos a las cartas o sólo nos hemos reunido para charlar? ¡Tengo tan buenas cartas que estoy deseando jugarlas!

Diana no jugó muy bien aquella noche, pues estaba pensando intensamente. ¿Y si acudieran al señor Maravillas para suplicarle que tomase a Nabé en vez de otro ayudante? Y si avisaran a Nabé de que le habían conseguido aquel empleo, él podría avisar a los de la feria, y empezar a trabajar en seguida con la compañía de artistas... ¡Sería un ayudante maravilloso!

Apenas pudo esperar hasta la noche para decírselo a los otros, que la escucharon en silencio.

—Sí —dijo Roger—. Creo que debemos decir al señor Maravillas que a Nabé no le agrada su trabajo y que le tome en vez de otro chico, sea quien sea. Será mejor que se lo digas tú, Diana. Tú sabes más de estas cosas. ¡Puedes hablarle a solas mañana por la mañana y exponerle el caso!

Así, que a la mañana siguiente, cuando terminaron de desayunar, Diana buscó al señor Maravillas. Estaba sentado en el jardín leyendo el periódico, y alzó la cabeza cuando ella se le acercó tímidamente.

—Perdone. ¿Podría hablar con usted, señor Maravillas? —le dijo—. Es respecto a nuestro amigo, Nabé. No le gusta su trabajo, y estoy segura de que aceptaría ser su ayudante, si es que aún lo necesita. Por favor, tómelo a él en vez de otro. Es muy trabajador y muy inteligente. Hará cualquier cosa que usted le pida, lo que sea.

El señor Maravillas, dejó el periódico y miró a la niña.

—En realidad estoy buscando un criado —dijo—. Alguien que me haga los recados, que cuide de mis ropas y que además me ayude durante mis actuaciones.

—Él podría hacerlo todo —replicó Diana con vehemencia—. Haga una prueba, señor Maravillas.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó el mago, sacando una libreta de notas y una pluma.

—Bernabé Hugo Lorimer —replicó Diana—. En realidad ése es el apellido de su madre. No sabe el de su padre.

—Qué raro —dijo el señor Maravillas.

Diana le contó la historia de Nabé que el quiromántico escuchó con gran interés.

—Así que ya ve —concluyó Diana—. Nabé está solo en el mundo, puede ir donde quiera y trabajar en lo que guste... pero oh, ¡cómo me gustaría que encontrara a su padre!

—¡No me cabe duda de que yo podré encontrarle! —exclamó el señor Maravillas guardando su pluma, y Diana le miró asombrada.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Qué piensa hacer? Es imposible... ni siquiera Nabé sabe nada de su padre... ¡ni siquiera su nombre!

—Mi querida jovencita, llevó más años en el mundo del teatro de los que quisiera recordar —repuso el señor Maravillas—. Sólo tengo que preguntar a algunos de mis amigos si conocen a un actor que representaba obras de Shakespeare hará unos quince años, y que probablemente se parece mucho a Nabé físicamente... ese muchacho tiene un rostro muy singular. ¡Y estoy seguro de que en poco tiempo tendré alguna noticia!

—¡Oh, señor Maravillas! —exclamó Diana con los ojos brillantes—. ¡Oh, sería maravilloso! ¿De veras lo hará?

—Sí Nabé viene a trabajar conmigo, hace lo que le mande y demuestra ser útil y de confianza, entonces haré todo lo que sea posible —replicó el señor Maravillas—. Eso depende de él mismo. Aunque no pienso tomarme ninguna molestia, si él no se porta bien conmigo.

—¡Oh, Nabé se portará bien, lo sé! —exclamó Diana muy contenta—. Déjeme ir a buscarle, señor Maravillas. Así podrá despedirse hoy mismo y empezar a trabajar con usted mañana. Oh, gracias, gracias.

Y se marchó con el corazón rebosante de alegría. ¡Oh, Nabé, Nabé, si encontraras pronto a tu padre! ¡Oh, qué amable era el señor Maravillas!... ¿Cómo era posible que le hubiera parecido antipático alguna vez?

Encontró a Nabé en la playa esperándoles y corrió a darle la noticia.

—¡Por favor, ve ahora mismo a la posada, Nabé! —le suplicó—. Te está esperando. ¡Nabé, imagínate que lograra encontrar a tu padre! ¡Parece muy seguro de poder hacerlo!

—Eres una buena amiga, Diana —le dijo Nabé con los ojos brillantes—. Vamos, «Miranda»... ¡iremos a probar suerte!



Capítulo 19- Nabé consigue el empleo

Nabé consiguió el empleo, o por lo menos el señor Maravillas se avino a tenerle a prueba. Al muchacho le pareció un trabajo maravilloso.

—Te compraré ropa nueva en vez de esos harapos —le dijo el mago—. Y te pagaré el hospedaje. Te daré trescientas pesetas semanales... para empezar. ¡Un buen ayudante vale más que eso para mí, si hace lo que se le manda!

—Sí, señor —repuso Nabé, sin atreverse a dar crédito a sus oídos.

¡Sería rico! ¡Podría ahorrar mucho dinero! ¡Y «Miranda» tendría una faldita nueva!

—Pero has de comprender naturalmente, Bernabé, que yo soy un mago, un quiromántico —le dijo el señor Maravillas—. Hazte cargo de que mis secretos son mis secretos, y que si te dejo conocer alguno no debes decir una palabra a nadie. Ni siquiera a tus amigos.

—No tiene que temer nada —le aseguró Nabé.

—Y en cuanto a tu padre —continuó el mago—, creo que podré encontrarle. En

realidad, estoy convencido de ello. Haré algunas averiguaciones inmediatamente, y te comunicaré dónde está y lo que hace. Claro que puede haber dejado el teatro, y haberse dedicado a cualquier otra cosa.

—Sí, señor. Lo supongo —repuso Nabé—. Oh, señor... haría cualquier cosa por usted si lograra encontrar a mi padre... y convencerle de que yo soy su hijo.

—Creo que eso no sería difícil —replicó el señor Maravillas—. Sé los resortes que hay que presionar. Ahora sé un buen chico en todos los sentidos... y probablemente al final de la temporada no querrás trabajar más... porque tu padre te necesitará a su lado.

Nabé regresó a la playa con paso inseguro. Apenas podía dar crédito a su buena suerte. ¡Vaya un empleo! ¡Y qué sueldo! Se sentó sobre la arena y les contó a sus amigos el resultado de la entrevista.

—Bueno, he de reconocer que el señor Maravillas va a hacer mucho por ti —dijo la señorita Pimienta—. Debe ser una persona muy caritativa a pesar de su aspecto serio y reservado. ¡Bien, ya era hora de que tuvieras un poco de suerte, Nabé!

Aquella fue una mañana feliz. Brillaba el sol, el mar estaba tranquilo y todos tenían un humor excelente. «Ciclón» desapareció, como de costumbre, y todos los niños se preguntaron qué amigo les traería esta vez.

Y ante su enorme sorpresa les trajo al señor «Cubita»..., el triste y aburrido señor «Cubita». ¿Cómo habría conseguido persuadirle para que se uniera al grupo?

Sin embargo, el señor «Cubita» aborrecía a los monos. Podía soportar a los niños, y a un perro cortés y educado como «Ciclón», que le trataba con tanta deferencia..., pero a los monos no. De ninguna manera... Y miró amenazadoramente a «Miranda» que se echó hacia atrás sorprendida al ver un perro tan grande. De pronto, cogiendo un puñado de cacahuets que Nabé había comprado para ella, los arrojó al rostro del asombrado señor «Cubita», que lanzando un terrible «guau», que sobresaltó a todos los que estaban por allí cerca, y tras dirigir una mirada de disgusto a «Ciclón», les dio la espalda y regresó a la posada.

—¡Vaya! Ahora que sabe las amistades que tienes no volverá a dirigirte la palabra «Ciclón» —dijo Diana riendo—. Oh... ¡qué bien ha estado «Miranda» al tirarle los cacahuets a la cara! ¡«Miranda», te admiro!

¡Y Diana también recibió una rociada de cacahuets! Nabé hizo que «Miranda» los recogiera uno por uno mientras la reprendía severamente.

—¡Vaya un derroche de cacahuets! ¿No te da vergüenza! ¡Date prisa o «Ciclón» se los comerá todos!

Nabé se despidió de su trabajo, recibiendo la paga semanal, pero no se compró ropa como había planeado: ya que el señor Maravillas cuidaría de eso, compraría otras cosas. Así que compró un fino pañuelo rematado por una orla de encaje para la señorita Pimienta, un libro para Diana, un bolígrafo para cada uno de los niños, y una

pelota para «Ciclón». ¡Así era Nabé!

Se dedicó a su nuevo empleo con toda fruición. Iba a resultarle muy sencillo después del que acababa de dejar, que era sucio y pesado. ¡Y además tendría la emoción de ver cómo el señor Maravillas buscaba a su padre!

El señor Maravillas le compró muy buena ropa, y Nabé apareció en la posada bien vestido por primera vez en su vida. Diana y los niños apenas pudieron reconocerle, y él les sonrió tímidamente.

—¿No tengo un aspecto extraño? ¡Yo me siento muy raro! ¡Fijaos en mi corbata! ¡Es la primera vez que llevo!

Estaba contentísimo con el señor Maravillas.

—Es un sujeto curioso..., pero reconozco que sus ladridos son peores que su mordedura. ¡Y palabra que es generoso! Y ya ha escrito a alguien que pudiera conocer a mi padre.

El mago había mejorado mucho en la opinión de todos. Los niños contaron al profesor y a la señorita Pío cómo Nabé había obtenido su empleo, y esta última quedó tan complacida como ellos, pero en cambio el profesor apenas lanzó un gruñido.

—Bueno, a quien le guste trabajar con un quiromántico, que lo haga. Es un trabajo peligroso. No olvides mi palabra, jovencito, ¡es un trabajo peligroso!

Y al hablar miró fijamente a Nabé que le sonrió amablemente.

—Oh, los magos no tienen nada de particular, señor. He trabajado en los circos con los tragasables, tragafuegos, y demás... y en realidad eran todos personas muy agradables.

El profesor lanzó uno de sus mejores ronquidos. Lo hacía muy bien, y reclinándose en su silla cerró los ojos. ¡Daba por terminada aquella conversación!

Nabé empezó a trabajar con el mago, y la tarea le resultó muy agradable. Tenía que cepillar el considerable guardarropa del señor Maravillas, y para ello iba a su habitación de la posada. Realizaba sus compras y limpiaba sus numerosos pares de zapatos. El señor Maravillas siempre se quejaba de que Cazorro no se lo hacía bien.

El mago asustaba al pobre Cazorro gritándole, y llamándole nombres que el pobrecillo no entendía.

—¡Zamacuco! ¡Piojoso! ¡Chapucero!

¡No era de extrañar que Cazorro no le limpiara bien los zapatos!

El señor Maravillas inició a Nabé en los misterios de su arte. Le enseñó lo que debía hacer en el escenario, las pistas que debía darle, etc. Nabé era muy listo y lo entendía todo fácilmente. Además, tenía las manos ágiles y pronto pudo hacer también algunos de los trucos del mago.

—Es un prestidigitador de mejor clase de los que suelen verse en pequeños espectáculos como los nuestros —le dijo Nabé a los niños—. Podría trabajar en Londres con toda facilidad, pero en verano prefiere la playa.

—¿Ha sabido algo de tu padre? —preguntó Diana.

—No ha habido tiempo —replicó Nabé—. Pero ayer escribí otras dos cartas a dos viejos amigos suyos que pudieran recordarle. ¡Claro que sería mucho más fácil si yo supiera el nombre de mi padre!

Los días iban transcurriendo felices y tranquilos... hasta que un rumor invadió la playa.

—¡La policía está aquí! Dicen que han venido de Scotland Yard. Es por lo explosión del submarino. Es sabotaje... alguien que sabía demasiado, consiguió pasar... ¡y el resultado fue la voladura del submarino!

Los tres policías, todos vestidos de paisano, fueron a hospedarse a la posada. Y se armó un gran revuelo. Todos sabían que eran policías, y Chatín se pasaba las horas mirándoles. ¿Habían descubierto algo? ¿Sospechaban de algún habitante de Tantán? Se decía que habían visitado la feria. ¿Alguno de aquellos hombres tendría que ver con el sabotaje?

—Nabé siempre dijo que no eran gente honrada —exclamó Roger—. Puede que alguno de ellos sea el que busca la policía.

La señora Gordi puso una habitación especial a la disposición de los detectives. Y Chatín, al pasar por delante de la puerta, en cierta ocasión, vio salir de ella al profesor, que sin ver al niño fue subiendo lentamente la escalera con la cabeza gacha. Chatín le observó.

—¡Apuesto a que le han estado interrogando! ¡Apuesto a que sospechan de él! ¡Y además, apuesto a que tienen razón! ¿Acaso no estaba aquella noche en el tejado observando el incendio? ¿No debiera yo decirlo?

Pensándolo mejor decidió no hacerlo. Al fin y al cabo, en realidad no había visto al profesor... sino únicamente el resplandor de un cigarrillo, y luego luz en la habitación del anciano. Muy a pesar suyo, Chatín tuvo que resignarse a no decir nada. ¡Pero conservaría los ojos bien abiertos!

Cazurro desapareció como por encanto desde la llegada de la policía. Estaba asustadísimo, y en cuanto supo que los tres hombres eran detectives se refugió bajo tierra como un conejo.

Nadie pudo encontrarle, y la señora Gordi estaba furiosa y preocupada.

—Hizo lo mismo una vez que vino un policía de uniforme para preguntar por un perro perdido —dijo—. No sé por qué razón le darán tanto miedo. Oh, Dios mío... y precisamente ahora que tenemos tres huéspedes más.

Nabé se ofreció a ayudar, si el señor Maravillas se lo permitía, a lo cual se avino en seguida, y fue a la policía para ofrecerles los servicios de Nabé si deseaban que un muchacho honrado les limpiara los zapatos y les hiciera algún otro trabajo. La señora Gordi también aceptó su oferta encantada.

—Gracias —dijo uno de los detectives—. Bien. Si usted puede pasarse sin él, nos

será muy útil. Hemos oído decir que estuvo en la feria, y nos gustaría hacerle algunas preguntas acerca de los hombres que le emplearon.

Pero, aparte de suponer que no eran gente honrada, Nabé pudo darles poca información sobre aquellos hombres.

—¿Y qué nos dices de los que iban por allí? —preguntó uno de los detectives—. ¿Viste a alguien que estuviera en contacto con tus jefes?

—Sí, señor, pero nunca oí lo que decían —repuso Nabé, dándoles una buena descripción de un par de marinos que habían visitado dos o tres veces la feria y hablaban con sus dueños.

—Creo que ahora trabajas con un tal señor Maravillas —le dijo el detective—. ¿Qué tal te va con él?

—Sí, señor. Es muy bueno conmigo —dijo Nabé—. Es un trabajo muy agradable.

—Bien, puedes marcharte —le dijo un detective, y Nabé les dejó. Ahora, teniendo una habitación en el ático... y viviendo en la posada con los niños, aunque comía con el servicio, naturalmente, todo le parecía magnífico. Las cosas iban bien. Y pronto el señor Maravillas tendría noticias de su padre. ¡Aquello iba a ser lo mejor de todo!



Capítulo 20- A la mañana siguiente

—La señorita Pío ha estado piando toda la mañana —anunció Chatín al día siguiente—. La policía la ha estado interrogando, y está terriblemente excitada. Dice que le han hecho toda clase de preguntas.

—Entonces, apuesto a que no le habrán sacado ni una palabra sensata —exclamó Roger—. Ojalá nos interrogaran a nosotros. No es que tengamos gran cosa que contarles, pero han hablado con Nabé, y no veo por qué han de excluirnos.

—Fue porque Nabé ha trabajado en la feria —replicó Chatín—. Y la policía supuso que habría oído alguna conversación sospechosa. Escuchad... quisiera saber a dónde habrá ido Cazurro. Lo echo de menos.

—¡Supongo que habrá salido a todo correr, y ahora está ya al otro extremo del

país! —dijo Roger—. Nabé dice que la gente de circo siempre procura apartarse de la policía. Tal vez Cazurro haya pensado que van tras él por alguna cosa.

—El camarero me ha dicho que ha dejado aquí todas sus cosas —replicó Chatín—. Pobre Cazurro. Me es muy simpático.

Llegó la señorita Pío acompañada de los tintineos de costumbre y el fuerte rastro de perfume... esta vez con olor a gardenia.

—¡Puaf...! —exclamó Chatín al aspirar el aroma en toda su potencia, y marchándose en el acto de la habitación seguido del perro. Contuvo el aliento hasta hallarse en el exterior donde respiró a sus anchas. La señorita Pimienta, que se disponía a entrar en aquel momento, le contempló sorprendida.

—¿Qué te ocurre, Chatín? ¿No te encuentras bien?

—Un poco mareado... nada más —contestó Chatín apoyándose contra la pared mientras se daba aire con las manos—. ¡La señorita Pío está ahí... con un nuevo perfume! Apesta de mala manera.

—Oh, no seas tan exagerado, Chatín —replicó el aya—. A mí también me gustaría que no usara esos perfumes... ¡pero no es necesario hacer tantos aspavientos, ni tantas cantinelas!

—¡Buena idea! —replicó Chatín sacando su banjo imaginario que empezó a tocar produciendo su tuang-tuang característico, y bailando un zapateado ridículo por todo el vestíbulo. La señorita Pimienta no pudo por menos que echarse a reír.

—Eres un payaso innato —le dijo—. Oh, Dios mío, no me siento con ánimos de volver a escuchar a la señorita Pío contando su entrevista con la policía. Yo también acabo de hablar con ellos.

—¡Troncho! ¿De veras? —exclamó Chatín olvidando su banjo—. Vaya... ¿por qué interrogan a todo el mundo en la posada? ¿Es que creen que alguno ha tenido que ver con ese sabotaje?

—No lo sé —repuso la señorita Pimienta—. Al parecer tienen alguna pista y la van siguiendo. Creo que tratan de averiguar cómo se transmiten las informaciones y las órdenes en la base submarina. Ya sabes que prácticamente está separada del mundo exterior, y registran a todos antes de salir de ella. Pero no puede ser nadie de los de aquí... ninguno tiene que ver con la base submarina.

—Apuesto a que sé quién es —dijo Chatín con aire misterioso y recordando la noche de la explosión—. ¡Apuesto a que lo sé!

—No, tú no lo sabes —dijo el aya—. Sólo dices tonterías. Oh... buenos días, señor Maravillas. ¿También le han interrogado? ¡Chatín cree saber más que la policía!

—¿Y qué es lo que sabes tú, jovencito? —preguntó el mago sonriendo sólo con los labios—. ¿Quién de nosotros es el saboteador?

—¿Qué es eso? —preguntó Chatín—. ¡Oh... el individuo que provocó el

accidente! ¡Ajá! ¡Ése es mi secreto!

Y se alejó tocando de nuevo el banjo. No pensaba comunicar a la señorita Pimienta ni al señor Maravillas que sospechaba del profesor James. Se reirían de él. ¿Pero acaso no era el profesor la persona indicada para intervenir en grandes secretos? Debía saber muchas cosas científicas... y tendría cualquier información que le transmitieran... luego sé la aprendería de memoria y remitiría el mensaje.

¿Pero cómo llegaban hasta él las noticias? Tal vez él, Chatín, pudiera espiar un poquito, y remitiría el mensaje.

«¿Y si me subiera al tejado y atisbara por su ventana para ver si hace alguna cosa sospechosa? —pensó el niño sintiéndose invadir por la excitación—. ¡Vaya... sería estupendo! Se lo diré a Roger para que venga conmigo.»

Roger no quedó muy convencido. Estaba de acuerdo en que la persona más sospechosa de toda la posada era el profesor. Ya le había contado a Chatín cómo un par de noches antes le vio completamente despierto a través del espejo y escuchando su conversación, aunque luego se hizo el dormido.

Pero de todas formas subir al tejado de noche, para espiar por la ventana, no le parecía una idea muy aceptable ni correcta.

—Eso no está bien —le dijo Roger.

—Caramba —exclamó Chatín—. Si es un traidor merece que le espíen. Y si no estás dispuesto a hacerlo, iré con Nabé. Él duerme en el ático y le será fácil vigilar por la noche.

—No te creas que Nabé y tú vais a ser los únicos en divertirlos —replicó Roger celoso—. Yo también iré con vosotros.

Se lo dijeron a Nabé, a quien le pareció muy emocionante realizar un poco de espionaje por su cuenta. También él pensaba que el profesor tramaba algo.

—No es tan viejo como quiere aparentar —dijo Nabé—. ¡Ni tan sordo como todos se imaginan!

—Lo sabemos —exclamó Roger—. Bien... le vigilaremos... ¿Y cuándo escaltaremos el tejado?

—Aguarda a que se marchen los policías —repuso Nabé—. No me cabe duda de que también ellos vigilan. Ayer vi salir a uno de la habitación del profesor... apuesto a que la estuvo registrando.

—De acuerdo. Esperaremos un par de días —dijo Chatín—. No estarán aquí mucho tiempo. Oye, ¿qué tal le va a «Miranda» solita en tu habitación?

—Es más buena que el pan —replicó Nabé—. Sabe que tengo trabajo, y se tumba sobre un almohadón que le he puesto junto a la ventana y espera a que termine y vaya a buscarla.

—Ya sabes que podemos tenerla nosotros mientras tú estás ocupado —contestó Roger—. ¿Podemos llevarla ahora a la playa?

—Bueno. Llevároslo —replicó Nabé agradecido—. Tengo muchísimo que hacer. ¡Cazurro tal vez estuviera un poco mal de la cabeza, pero desde luego trabajaba de lo lindo! ¡He de apresurarme o nunca terminaré!

«Miranda» estuvo muy contenta de ir con Roger y los otros. Sabía que Nabé estaba ocupado y no podía llevarla todo el tiempo sobre su hombro, de manera que jugó feliz en la playa. Diana le llevó una palita pequeña y «Miranda» estuvo haciendo hoyos en la arena y tirándola encima de «Ciclón» siempre que se le acercaba.

«Ciclón» continuaba presentándoles nuevos amigos, y aquel día les llevó un pequinés diminuto, con un gracioso hocico respingon.

—¿Verdad que se parece a Chatín? —exclamó la niña—. Señorita Pimienta, mírele... es igual que Chatín, el mismo cabello desaliñado, la misma nariz respingona, el mismo...

Chatín, hecho una furia, le echó un cubo de agua por encima mientras ella gritaba:

—¡No, bruto! ¡Estoy caliente del sol y el agua está muy helada!

—Te está bien empleado —replicó su primo apartando al chato pequinés—. Lárgate. No eres mi hermanito pequeño, aunque te lo figures después de las tonterías que ha dicho Diana.

«Ciclón» desenterró un hueso que había guardado el día anterior y se dispuso a roerlo. El pequinés se le acercó en seguida, y «Ciclón» le gruñó.

—Ándate con cuidado, peque —le dijo Roger—. ¡Las únicas veces que «Ciclón» se siente bravo es cuando tiene un hueso que defender!

Pero el pequinés, agarrando de repente el hueso, ante el mismo hocico de «Ciclón» echó a correr con él. «Ciclón» ladró furioso saliendo en su persecución, mas el pequinés, dando media vuelta y dejando el hueso, hizo cara a «Ciclón» gruñendo fieramente.

—¡Miradle —exclamó la niña asombrada—; tan pequeño y tiene el corazón de león!

«Ciclón» quiso volver a perseguirle, pero le hizo cara y se abalanzó sobre él mordiéndole y gruñendo.

¡Y «Ciclón», escondiendo el rabo entre las piernas, huyó despavorido, mientras el pequinés cogía el hueso y se alejaba triunfante para no volver a aparecer!

—¡Vaya! ¡«Ciclón» debiera avergonzarse! —exclamó Roger con disgusto.

—Oh, más de un perro mayor que «Ciclón» ha sido ahuyentado por un pequinés —dijo la señorita Pimienta divertida—. No tienen miedo de nada ni a nadie. ¡Pobre «Ciclón»!

«Ciclón» regresó al cabo de unos veinte minutos muy avergonzado, y sentándose junto a su amo le miró tristemente. Chatín le rodeó con su brazo.

—Está bien, «Ciclón». Aún te quiero a pesar de que eres un tonto —le dijo el

niño tirándole cariñosamente de las orejas—. ¡Pero no traigas más extraños... con un perro tenemos suficiente!

Nabé pasó por delante de ellos, pues iba a hacer algunos recados para el señor Maravillas. Tenía que ir al camerino de la sala de espectáculos para preparar lo necesario para la próxima representación, y silbaba alegremente.

«Miranda» salió a su encuentro saltando al punto sobre su hombro.

—Me voy al muelle —le gritó Nabé desde el paseo—. Cuando regrese podré quedarme unos minutos con vosotros.

—Iremos contigo —replicó Roger.

—No. Yo puedo pasar sin pagar, pero vosotros no —le volvió a gritar Nabé—. ¡Sería tirar el dinero! Os veré luego.

Nabé parecía atareado y feliz. Había tenido un gran éxito al presentarse con el señor Maravillas en el espectáculo. Le proporcionaron una capa de seda con estrellas y lunas incrustadas, y un gorro también de seda, bastante parecido al que llevaban los payasos, pero con una estrella brillante en la parte delantera. Estaba muy guapo con su capa y su gorro, una sencilla casaca negra y calzones largos.

—Es un ayudante mejor que yo —les dijo Iris a los niños—. Además se lleva muy bien con el señor Maravillas.

Y debo confesar que éste se porta muy bien con él... mucho más de lo que se portaba conmigo. Tal vez Nabé sea más listo que yo para ayudarle en sus trucos. Ahora tiene algunos nuevos.

¡Nabé, por primera vez, había ascendido de categoría! Tenía un empleo en la posada cerca de sus amigos... un trabajo en la escena que le proporcionaba buena ropa... y además trajes nuevos para él... ¡y un sueldo espléndido! La verdad es que estaba muy satisfecho de la vida.



Capítulo 21- Un truco... y un plan

Transcurrieron dos o tres días más del brillante mes de agosto, en las que el mar y el cielo ostentaban un intenso color azul, y sólo algunas nubecillas de algodón recorrían el espacio como ovejas perdidas.

Los niños estaban muy bronceados por el sol, e incluso la señorita Pimienta se había tostado un poco. Todos tenían un apetito excelente, y la señora Gordi empezó a preguntarse si ganaba algún dinero teniéndolos en su posada. El pobre Chatín era insaciable.

—Te pasas en día comiendo —le dijo Diana—. La verdad es que no sé cuando paras. Y cuando no encuentras nada que tragar, sacas ese horrible pedazo de goma y empiezas a masticar.

—Bueno, siempre es un consuelo —replicó Chatín masticando muy de prisa—. Aunque ya no le queda el menor gusto a nada, por desgracia.

—Eres terrible —contestó Diana pensando que Chatín resultaba a veces un poco

pesado con tanto mascar chicle, y le habló de ello a su hermano.

—¿No podrías quitárselo del bolsillo y tirarlo? —le preguntó—. Puedes esperar a que se esté bañando y entonces vas y se lo quitas.

—No, ¡se baña con él en la boca! —replicó Roger—. Pero, Diana. ¡Ya sé lo que haremos! ¡Escucha!

Y le habló al oído mientras la niña reía por lo bajo.

—¡Oh, sí... eso le curará para siempre. Ve a comprar un poco ahora mismo.

De manera que Roger se marchó corriendo de la playa mientras Chatín se bañaba, y compró un paquetito de arcilla para modelar y abriéndolo, cortó un pedazo pequeño. Luego lo estuvo amasando entre los dedos para ablandarlo, y una vez alisado se parecía muchísimo a la goma de mascar de Chatín.

Roger y Diana aguardaron una oportunidad, y entonces sustituyeron el pedacito de arcilla para modelar por el chicle, envolviéndolo cuidadosamente en el papel en que Chatín lo conservaba.

—Ahora veremos lo que ocurre —dijo riéndose a su hermana.

Pero por desgracia, Chatín comió tan bien aquel día, finalizando la comida con dos helados y varios dulces, que no se acordó de su preciosa goma de mascar, así que el pedazo de arcilla continuó esperando en su bolsillo.

Aquel día, después de merendar Nabé fue a reunirse con ellos muy contento.

—¡Escuchad! —les dijo—. ¡El señor Maravillas ha recibido contestación de uno de sus amigos que dice que conoce a mi padre!

—¡Nabé! ¡No es posible!

—Oh, Nabé... ¡qué estupendo!

—¡Troncho... bien por el señor Maravillas!

La señorita Pimienta contempló al excitado muchacho.

—¿Y cómo sabe ese amigo que ha escrito al señor Maravillas que se trata de tu padre? —quiso saber.

—Pues —replicó Nabé—, en primer lugar, dice que ese hombre a quien cree mi padre, solía trabajar en el teatro y era muy aficionado a representar obras de Shakespeare... y en segundo lugar su nombre de pila es Hugo. ¡Mi madre debió ponerme el nombre de mi padre!

—Es muy probable —repuso el aya—. ¿Y cómo dice que se apellida tu padre?

—Dice que Johnson, pero ignora si es el nombre que usa para actuar, o su verdadero apellido —repuso Nabé—. ¿verdad que es maravilloso, señorita Pimienta?

—¿Y se parece a ti? —preguntó Roger.

—No lo dice —contestó Nabé—. Está tratando de averiguar más cosas. Cree que mi padre fue llamado durante la última guerra, y está preguntando a sus amigos actores que también fueron movilizados por si saben algo de él.

—Eso es emocionante —intervino Chatín—. Quisiera saber cómo es tu padre.

Puede que ahora ya no sea actor. Tal vez se haya quedado en la Marina o en las Fuerzas Aéreas. ¡Puede que sea almirante o general!

—O tal vez haya tenido mala suerte y ahora se gane la vida tocando un organillo por las calles —replicó Nabé—. Pero no me importaría... con tal de saber que era mi padre. Sería maravilloso tener a alguien que me perteneciera. Por parte de mi madre no tuve ninguna tía ni tíos que yo recuerde, ni tampoco abuelitos. Así que imaginaros lo que sería para mí encontrar a alguien verdaderamente mío.

Nabé estaba agradecidísimo al señor Maravillas. ¡Pensar que se tomaba tantas molestias! No lo olvidaría mientras viviera. Nabé le limpiaba los zapatos hasta que parecían espejos, y cepillaba sus ropas hasta dejarlas impecables. Cuidaba de todos los utensilios que empleaba para actuar con todo esmero, sin olvidarse nunca de ninguno. ¡El señor Maravillas no tuvo nunca un ayudante más fiel y servicial! Los policías se marcharon al fin una mañana después del desayuno. La señora Gordi lanzó un suspiro de alivio.

—Aquí no tienen nada que descubrir —le dijo a la señorita Pimienta en tono confidencial—. En el pueblo... tal vez sí... especialmente en esa feria. Qué gentuza va por allí... sobre todos marineros, y allí es donde deben planearse esas trapisondas, no me cabe duda.

Roger, Chatín, Diana y Nabé se reunieron aquella mañana en el paseo para discutir la marcha de los detectives, decidiendo que había llegado el momento de comenzar su espionaje. Chatín no cesó de soñar con su ascensión al tejado y estaba deseando realizarla.

—Vamos a tomar un helado mientras esperamos —dijo. Pero no vieron a ningún vendedor de esos refrescos.

—Oh, bueno... me consolaré mascando chicle —dijo Chatín introduciendo la mano en su bolsillo mientras Roger y Diana intercambiaban una seña. Era la primera vez que su primo se acordaba de su goma de mascar después de que ellos la sustituyeron por la arcilla de modelar, y les desesperó que Chatín no demostrara interés por el chicle durante aquellos dos últimos días. ¡Pero ahora había llegado la ocasión!

Al fin sacó el pedazo de papel y empezó a desenvolverlo. Luego introdujo el pedazo de arcilla en su boca sin ni siquiera mirarla, y acto seguido empezó a masticar.

Diana tuvo que ponerse a hablar o hubiera estallado en carcajadas.

—¿Verdad que hoy el mar está magnífico? —empezó—. Y mirad las olitas de la orilla... parecen de encaje.

Y... Chatín la contempló sorprendido.

—Qué manera de hablar —le dijo—. Pareces la señorita Pío. ¡Ella habla así!

Masticaba con energía y poco a poco su rostro fue adquiriendo una expresión especial hasta que paulatinamente se puso a masticar más despacio. Diana sintió que

la risa le subía a la garganta y ahora fue Roger quien empezó a hablar a toda prisa ante el asombro de Nabé.

—Tendremos que hacer algunos planes. Tal vez podamos empezar esta misma noche. Me ha parecido que el profesor estaba hoy muy preocupado. Puede que la policía...

Chatín no le escuchaba. Su rostro había adquirido una expresión de disgusto y con la boca entreabierta parecía desesperado.

—¡Ug! —dijo y de pronto escupió la arcilla sobre la arena de la playa.

—¡Chatín! —exclamó Nabé sorprendido—. Casi le das en la cabeza a esa señora que está en la playa. ¿En qué estás pensando?

—Tengo que ir a beber agua —dijo Chatín con el rostro lívido—. Vuelvo en seguida.

Diana ya no pudo contenerse por más tiempo y echó la cabeza hacia atrás riendo a carcajadas, y Roger la imitó. Nabé, que no sabía nada de la broma, les miraba sorprendido.

Ni Roger ni Diana pudieron explicarle lo que ocurría.

—¡Qué cara ha puesto! —exclamó Diana—. ¡Dios mío!

—Vamos... decidme de qué se trata —insistió Nabé, que ya empezaba a contagiarse de la risa de sus amigos. Al fin lograron contárselo.

—Pero no digas ni una palabra —suplicó Diana—. Si así se cura de esa manía de masticar chicle continuamente, será maravilloso. No se lo digas.

Chatín regresó con mejor aspecto y volvió a sentarse en el banco.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Nabé tratando de mostrarse indiferente.

—Ha sido el chicle —explicó el pobre Chatín acariciando la barbilla de «Miranda»—. Creo que de repente lo he aborrecido. En vez de saber bien era horrible. Tuve que escupirlo, no he podido evitarlo. Nunca más volveré a masticar goma. ¡Troncho, me ha dejado mareado como una sopa!

Diana empezó a reír de nuevo, pero no quiso descubrir la broma después de que Chatín había tomado una resolución tan excelente. ¡No volver a masticar chicle! Era demasiado bueno para ser verdad.

—He bebido un poco de agua —dijo Chatín—. Bueno, en realidad me he bebido el jarro entero que había en nuestra mesa. No podía quitarme el mal gusto de la boca. ¿Por qué habré aborrecido el chicle tan de repente? Bueno, me dan náuseas sólo de pensar en él; tanto es así que decidí subir a mi habitación y tirar todas mis reservas. Así que lo hice en el acto.

—Bien pensado —repuso Roger aprobándolo de todo corazón.

—Y escuchad esto —dijo Chatín bajando la voz y mirando furtivamente a todos lados como si temiera que el paseo estuviera lleno de espías—. Escuchad lo que voy a deciros. Cuando subía a mi cuarto encontré al profesor James en nuestro rellano.

Debía salir de alguna de las habitaciones, ya que él no duerme en ese piso, ni tenía por qué estar allí.

Los otros tres quedaron muy interesados. ¡Otra sospecha más contra el profesor!

—¿Te dijo algo? —quiso saber Roger.

—Yo le dije: «Hola, profesor, ¿se ha extraviado?» —explicó Chatín—. Pero él frunció el entrecejo sin contestar, y luego empezó a bajar la escalera.

—Tal vez intentase subir por la escalera que va al tejado —exclamó Roger.

—No podría. La puerta está cerrada y la llave se ha perdido... o la han robado. ¿Qué os parece si espiáramos esta noche? Tal vez veremos algo interesante si nos subimos al tejado y vigilamos su ventana... siempre que no tenga las cortinas echadas.

—Sí, iremos —dijo Roger—, pero tú no, Diana. ¡No quiero que ruedes por el tejado!

—¡No tengo ningún interés en ir! —replicó Diana—. Yo vigilaré si queréis. ¿Pero cómo vais a subir al tejado si no podéis utilizar la escalerita?

—Muy sencillo —explicó Roger—. Nuestra ventana da a esa parte del tejado. Podemos salir por ella y trepar hasta un lugar desde donde veamos la ventana del profesor.

Todos estaban muy excitados y Chatín abrazó al sorprendido «Ciclón» con gran entusiasmo.

—¡Escalaremos el tejado! ¡Es una vergüenza... pero esta noche tendrás que quedarte!



Capítulo 22- ¡Se aproxima una aventura!

La señorita Pimienta no pudo imaginar siquiera por qué estaban tan misteriosos los niños aquella noche. Se hacían señas continuamente, y Chatín no cesaba de hablar de los gatos que pululan por el tejado.

—¿Por qué les gusta tanto a los gatos andar por los tejados; señorita Pimienta —le dijo— ¿Es que se calientan junto a las chimeneas?

—¿Por qué habrían de hacerlo? —replicó el aya—. Pocas chimeneas están calientes... sólo las que tienen un gran fuego debajo. No seas tonto, Chatín.

Roger dio un puntapié a su primo para evitar que siguieran hablando, pero él continuó:

—Una vez encontré una chimenea calentita —dijo—. Y se estaba divinamente sentado junto a ella.

—Basta, Chatín —dijo la señorita Pimienta—. Si es que sufres uno de tus ataques de tontería, será mejor que te marches de la mesa.

—¡Pero si todavía no he tomado postre! —le replicó el niño—. Está bien, dejaré de piar.

El aya hizo un gesto de contrariedad, pero la señorita Pío estaba dedicada de lleno a la carne fría y a su ensalada y no oyó su estúpido comentario.

Aquella noche después de cenar Nabé fue a comunicarles una mala noticia.

—Ahora tengo que irme al teatro —les dijo—, pero he venido a deciros que esta noche no puedo ir con vosotros. Después de la representación he de llevar una bolsa con algo urgente al pueblo próximo.

—¡Bueno, espero que regreses antes de medianoche! —replicó Roger sorprendido.

—No, no podré estar aquí para entonces —fue la contestación de Nabé—. Tengo que quedarme a pasar la noche en Pearley; que es el pueblo a donde llevaré la bolsa. Son algunos trajes que el señor Maravillas quiere que le arreglen con toda urgencia... para la escena. Dice que la mujer a quien se los entregue los arreglará esta misma noche y me los dará para que los traiga por la mañana. Al parecer siempre está dispuesta a hacerlo así. Así pues, desgraciadamente no podré reunirme con vosotros. Tengo que coger el último tren para Pearley; me llevaré a «Miranda».

—¡Qué contrariedad! —exclamó Roger—. Bueno, subiremos al tejado sin ti. Puedes venir otra noche. No me siento con ánimos de dejarlo después de estarlo preparando tanto tiempo.

—Claro que no —dijo Nabé—. Tengo que irme pitando. ¡Hasta la vista!

El reloj del pie del comedor dio las ocho menos cuarto.

—¿Qué haremos esta noche? —dijo la niña—. Hace muy buen tiempo. ¿Y si fuéramos a dar un paseo?

—No. Estoy cansado —replicó Chatín—. Supongo que de tanto nadar. Y no quiero cansarme más, porque además quiero estar bien despierto.

—Bueno, entonces podemos leer —dijo su prima—. He empezado un cuento sobre el circo y quiero terminarlo. Sale un monito como «Miranda».

Decidieron que Diana no tenía necesidad de pasarse la noche despierta, ni vigilar mientras los niños espiaban. No era probable que nadie llegara a enterarse de que habían salido de su dormitorio por la ventana, ni de que nadie tratase de detenerles.

—Diana, tráenos el despertador de la señorita Pimienta —le dijo Roger—. Pensamos salir al tejado después de las doce, y estoy seguro de quedarnos dormidos antes de esa hora; así pues, pondremos el reloj para que nos despierte a todos.

—Bien, entonces ponlo debajo de la almohada o despertará a todos los de nuestro piso —dijo la niña—. Espero que la señorita Pimienta se acueste poco después que nosotros... se levanta tan temprano... y cuando comprenda que está dormida entrará a cogerle el despertador.

Todo salió como habían planeado. Subieron a acostarse a las nueve menos cuarto,

y la señorita Pimienta dijo bostezando que ella también se iba a la cama. Diana le guiñó un ojo a su hermano. ¡Qué bien!

Poco después de las nueve y media entró de puntillas en su habitación con el reloj despertador.

—¿Querréis creerlo? La señorita Pimienta ya está dormida —susurró—. Aquí tenéis. Ahora casi me dan ganas de acompañaros.

—¡Pues no vendrás! —dijo su hermano—. Si descubrimos algo interesante ya te lo contaremos por la mañana.

Roger puso el reloj debajo de su almohada, pues de esta manera no despertaría a nadie. Cuando sonó el timbre se sentó en la cama sobresaltado. ¡Claro... era el timbre del despertador que sonaba debajo de la almohada! Y parándolo se dispuso a despertar a Chatín que roncaba apaciblemente.

Le costó bastante trabajo, hasta que decidió que fuera «Ciclón» quien lo hiciera, lamiéndole la cara hasta que el niño se sentó en la cama para apartarle.

—Qué diantre... —empezó a decir y de pronto se acordó de sus proyectos y saltó de la cama.

—Ahora no hagas ruido, Chatín —le advirtió Roger—. Ata a «Ciclón» a la pata de la cama o tratará de salir por la ventana tras de nosotros. ¿No ladrará, verdad?

—Si se lo digo, no —repuso Chatín atando fuertemente a «Ciclón», que gruñó un poco, pero al fin se tumbó obediente bajo la cama.

Los dos niños salieron por la ventana. Había luna, pero el cielo estaba poblado de nubes, así que la luz era incierta. Sentáronse en el tejado junto a su ventana mirando a su alrededor.

La ventana del profesor no estaba lejos, pero aunque tenía la luz encendida, aquella noche las cortinas estaban mejor echadas y sólo quedaban ligeramente entreabiertas.

—Sin embargo... es lo suficiente para que podamos espiar —susurró Roger—. Vamos. Procura ir por las partes más planas o rodarás por el tejado. No nos será difícil llegar hasta allí.

Y avanzaron a gatas con sumas precauciones. No había peligro por donde iban, pero resultaba emocionante. A Chatín comenzó a latirle el corazón muy de prisa.

Precisamente cuando llegaban ya junto a la ventana del profesor, la luz se apagó y la habitación quedó a oscuras, ¡qué rabia!

—¿Qué haremos? —susurró Roger—. ¿Tú crees que debemos esperar un rato?

—Sí. Vamos junto a esa chimenea tan alta que hay ahí. Así no nos verá si se le ocurre asomarse a la ventana —replicó Chatín.

Así, despacito, se fueron acercando a la gran chimenea, que por desgracia no estaba caliente. ¡Pero como la noche era cálida, no importaba!

Permanecieron de pie junto a ella con la esperanza de que volviera a encenderse

la luz, y de pronto Chatín se agarró a su primo de manera que le dio un susto de muerte.

Roger miró en la dirección que le señalaba su primo quedando inmovilizado por la sorpresa. A cierta distancia, hacia la derecha y por encima de donde ellos estaban, brillaba una luz a intervalos. Flash, flash, flash. Flash, flash.

—Son señales —susurró Chatín—. ¿Qué ventana es ésta? Oye, Roger... ¡esto es muy extraño!

—Acerquémonos a esa ventana —musitó Roger—. Esto es muy importante, Chatín. Por el amor de Dios no hagas el menor ruido. Déjame ir delante.

—¡Roger! ¡Mira! ¿Qué es eso?

Avanzando amparados por las sombras de las chimeneas, siempre que les era posible, se dirigieron hacia la ventana de donde partían las señales y que les pareció muy alta. ¿Qué ventana era aquélla? ¡Debía ser la más alta de la posada!

Roger cogió por un brazo a su primo para susurrarle al oído:

—¡Chatín! ¡Eso no es una ventana! ¡Es el tragaluz de la trampa que da al tejado! ¿Cómo no nos habremos dado cuenta antes?

Así era. Ahora los niños pudieron ver perfectamente la trampa alzada, ya que la luna acababa de salir de detrás de una nube.

—¿Quién hará señales? —preguntó Chatín—. Tenemos que averiguarlo. Troncho la policía tenía razón. Aquí hay alguien que se comporta de un modo sospechoso. ¿Será el profesor James? Es curioso que se apagara la luz de su habitación poco antes de que empezaran las señales. Porque supongo que eso son señales.

—Pues claro —replicó su primo contemplando la nueva serie de destellos—. Esas luces pueden ser vistas perfectamente por cualquier observador desde la bahía de los submarinos, si se coloca exactamente en el lugar en que debe recibirlas. ¡Esa grieta del acantilado deben haberla hecho para transmitir señales de un lado a otro! Puede que en principio fuese el motivo para que la hicieran... para que los contrabandistas se transmitieran las noticias y avisos. Quiquiera que se encuentre en una barca en el punto preciso que puede verse desde la trampa del tejado, no cabe duda de que recibe mensajes importantes.

—Debe ser el profesor —dijo Chatín—. ¿Cómo podríamos saberlo con seguridad, Roger? ¡Hay que descubrirle a toda costa!

—Bueno, no podemos acercarnos más —le advirtió su primo—. Podrían vernos, y es importante que ese hombre no sepa que le hemos estado observando. Ya sé... tú vuelve a nuestra habitación y luego ve a esconderte en el descansillo. ¡Así le verás cuando baje y sabrás quién es!

—¡Buena idea! —replicó Chatín—. Eso haré. Tú quédate aquí vigilando.

Y con sumas precauciones y sin hacer el menor ruido se fue alejando del lado de Roger muy excitado. ¡Vaya, otra aventura! ¡De repente, en plena noche surgía una

espléndida aventura! Nunca se sabe lo que puede ocurrir de un momento a otro.

Al llegar a la ventana entró por ella y se dispuso a dirigirse a la puerta, pero tropezó con «Ciclón» que estaba contentísimo de volver a verle e hizo más ruido del que Chatín hubiera deseado.

—¡Cállate, «Ciclón»! —susurró tratando de apartar al perro—. Que me estás dando en la cara con tus patas. Estate quieto. ¡Chissss!

Al fin «Ciclón» se tranquilizó y Chatín pudo salir al descansillo, que estaba sumido en la más completa oscuridad y en el mayor silencio. El niño no sabía dónde esconderse. No tenía miedo de que le vieran, ya que el descansillo estaba muy oscuro pero si aquel hombre llevaba una linterna le descubriría de no ocultarse bien.

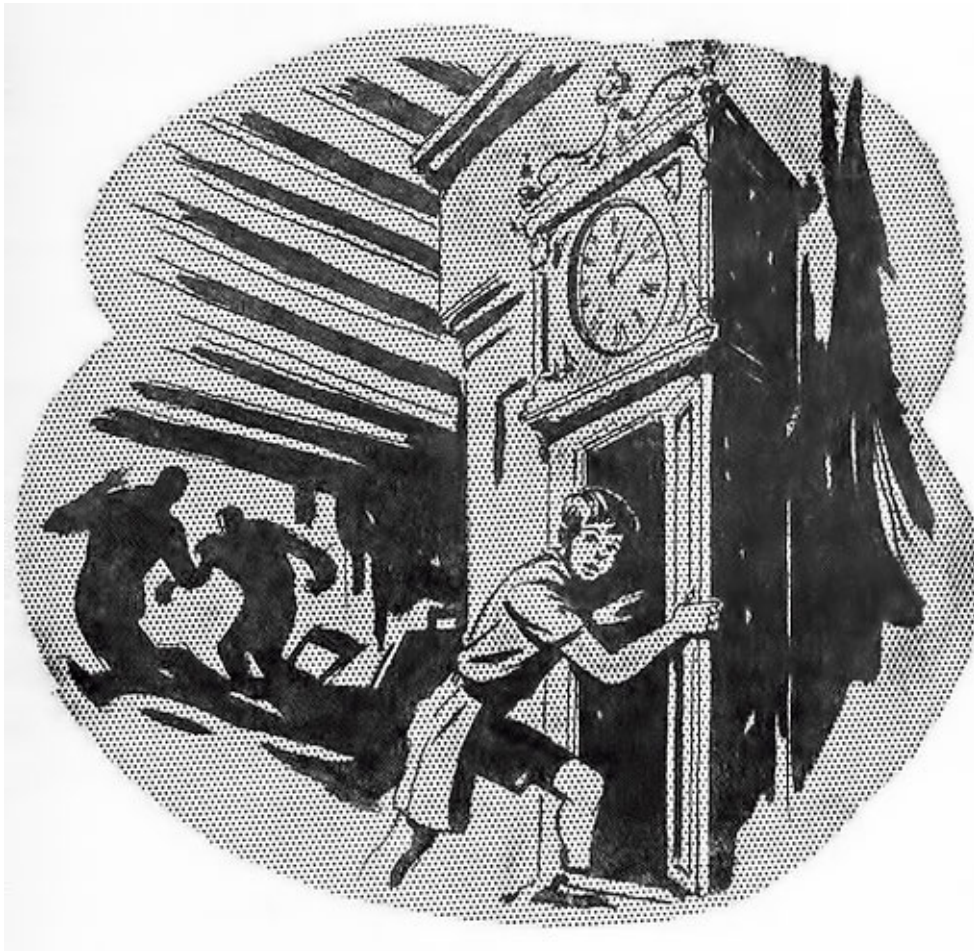
Cerró la puerta de su cuarto y atravesando el rellano de puntillas, fue a esconderse detrás de las cortinas de una ventana mientras el corazón le latía como una locomotora.

Estuvo aguardando unos minutos con el oído atento, pero nada ocurrió. No se oía el menor ruido, ni siquiera el crujir de la madera de los muebles.

Luego le pareció oír un rumor. ¿Qué era aquello? Era como si alguien hubiera carraspeado para aclarar su garganta. ¡Seguramente aquel individuo había bajado con tal silencio que Chatín ni le había oído! Volvió a escuchar.

¡Sí! Volvió a oír algo... esta vez como si hubiesen aspirado el aire con fuerza. Chatín quedó casi paralizado por el miedo. ¡Dios santo! Había alguien en el descansillo... estaba seguro. ¿Pero dónde... y quién podría ser?

Y en aquel momento la puerta que ocultaba la escalerita se abrió lentamente, y la escasa luz de la luna que penetraba por el tragaluz le permitió ver que alguien salía por ella y luego la cerraba con la misma suavidad. ¿Quién era? ¡Chatín no pudo distinguirlo..., pero estaba plenamente convencido de que se trataba del viejo profesor James!



Capítulo 23- Chatín no tiene corazón de león

Chatín, escondido detrás de las cortinas, oía el crujir de las maderas debajo de la alfombra mientras alguien caminaba cautelosamente sobre ellas, deseando poder asegurarse de que efectivamente se trataba del profesor.

¿Por qué no seguirle para ver si bajaba al piso de abajo donde tenía su dormitorio? Así pues, salió de detrás de las cortinas y dio un par de pasos en dirección a la escalera, olvidándose por completo de que podía haber alguien más escondido en el rellano.

Oyó crujir la escalera algo más abajo, y apoyándose en la barandilla empezó también a bajarla en silencio.

Pero uno de los escalones crujió con tal fuerza que el hombre al que estaba siguiendo lo oyó y tuvo miedo.

Estaba ya en el rellano inferior y bajó a toda velocidad el último tramo de

escalones hasta el vestíbulo, pero Chatín echó a correr tras él.

¡Y alguien echó a correr en pos de Chatín! El que estaba escondido en el rellano de arriba, al mismo tiempo que él, bajaba la escalera pisándole los talones.

Sintió que alargaba una mano para cogerle, y presa de terror corrió a refugiarse al gran comedor ahora iluminado apenas por la luz de la luna. ¡Tenía que esconderse!

Oyó un ruido procedente del vestíbulo... como de lucha... respiraciones jadeantes de dos personas que luchaban procurando hacer el menor ruido posible.

Chatín oyó un gemido ahogado cuando uno de los luchadores propinó un golpe a su contrincante y miró con desesperación el amplio comedor. ¿Dónde... dónde podía esconderse? Lo que estaba ocurriendo era algo grave y no quería verse mezclado en ello. ¿Con quién luchaba el profesor?

Chatín estaba de pie ante el reloj del comedor, que de pronto lanzó ese ruido vibrante que anuncia la proximidad de las campanadas.

Chatín casi se muere de susto... y se le pusieron todos los cabellos de punta hasta que, con un suspiro de alivio cayó en la cuenta de que se trataba únicamente del viejo reloj. ¡El viejo reloj... vaya... el viejo reloj sería su escondite!

Chatín buscó el gancho que cerraba la caja en cuyo interior oscilaba el péndulo, y al querer entrar en ella, casi se cae, tal era su ansiedad por esconderse. Los luchadores estaban ahora en el comedor tropezando con todas las mesas y sillas. Chatín cerró la puerta de la caja del reloj y permaneció temblando en su interior. El péndulo trataba de funcionar a pesar de tener a Chatín apoyado contra él, pero sin conseguirlo, hasta que al fin el reloj quedó parado.

Pero nadie se dio cuenta, ni siquiera el pobre Chatín, que sólo oía los latidos de su corazón mucho más fuertes que el potente tic-tac del viejo reloj.

Se oyó un chasquido y una silla cayó al suelo, así como los dos luchadores, a juzgar por los golpes sordos que se oían. Chatín hubiera deseado asomarse para ver quiénes eran pero no se atrevía a abrir la caja del reloj, por temor a que crujiera. ¡Aquella noche no tenía corazón de león!

Un perro empezó a ladrar, pero no era «Ciclón», que estaba demasiado lejos para oír el ruido, sino el señor «Cubita», encerrado en el despacho de la señora Gordi donde tenía su enorme cesta.

Los luchadores se detuvieron un momento, y luego se oyeron pasos acelerados, y luego silencio. Uno de los luchadores se había marchado, pero ¿cuál?

Chatín escuchó con suma atención. El que quedaba iba de puntillas hacia el vestíbulo, y luego empezó a subir la escalera... cree... crec-crec.

Se había ido también, y Chatín se preguntó si debía ir en busca de su primo. ¡Cuánto hubiera deseado tenerle a su lado! Chatín era muy valiente durante el día, pero por las noches las cosas son muy distintas.

Abrió la puerta de la caja del reloj, y en cuanto hubo salido de ella, el péndulo

comenzó a oscilar de nuevo con su potente tic-tac, lento y majestuoso.

Chatín fue de puntillas hasta la puerta muy a pesar suyo. ¡Ojalá hubiera podido continuar en el interior del viejo reloj! Se detuvo creyendo oír un ruido. ¡Oh, sí! ¡Cielo santo!, ¿qué sería ahora? ¿Cuánta gente pululaba por allí aquella noche?

Era alguien que estaba en el recibidor. La luna volvió a salir en aquel momento, y Chatín se echó hacia atrás para refugiarse al amparo de una sombra oscura temblando como un azogado. ¡Si había otra persona en el vestíbulo que se descubriera primero!

Las cortinas que ocultaban el gran ventanal se movieron repentinamente, y Chatín casi pega un grito, pero continuó en su rincón sin atreverse siquiera a respirar. ¿Quién saldría de detrás de las cortinas?

Pero nadie salió de allí, y en cambio un repentino haz de luz cayó de pleno sobre el pobre Chatín, haciéndole pegar un respingo. ¡Estaba bajo el foco de una potente linterna!

¡Aquello era demasiado! Y echó a correr escalera arriba subiendo los escalones de dos en dos, jadeante y sin aliento, temiendo que el individuo que se ocultaba tras las cortinas pudiera darle alcance. Pero nadie le persiguió, y cuando llegó a su habitación se acurrucó junto a «Ciclón» temblando de terror. ¡Qué noche más espantosa! ¿Cuánta gente maleante había en la posada? De repente parecía haberse convertido en el escenario perfecto para toda clase de acontecimientos extraordinarios.

«Ciclón» se lamía y relamía, sin comprender por qué estaba tan asustado. Chatín se acordó de pronto que su primo Roger, que debía seguir en el tejado extrañado por su tardanza, y como ya se sentía muchísimo mejor decidió acudir a su lado para contarle los asombrosos acontecimientos que ocurrían en la posada.

Salió otra vez por la ventana. La luna se asomaba en aquel momento y pudo ver a Roger de pie junto a una chimenea. ¿Acaso continuaba observando las señales luminosas? ¿O vigilaba la ventana del profesor que sin duda alguna ahora ya debía haber regresado a su habitación?

Gateando fue hasta donde él estaba.

—¡Cuánto has tardado! —le dijo su primo enfadado—. Las señales han cesado hace mucho rato y no ha vuelto a encenderse la luz de la ventana del profesor, así es que no hay nada que ver. ¿Qué has estado haciendo? ¿Viste quién bajaba la escalera?

—Tengo demasiadas cosas que contarte para hablar aquí —susurró Chatín—. Volvamos a nuestra habitación. Pero, oye... primero echemos un vistazo a la del profesor. Tengo mis razones.

—¿También has traído linterna? —preguntó Roger.

Sí, Chatín la había llevado y con ella podrían iluminar el interior del dormitorio del profesor.

—Pero supongamos que esté dentro... —le dijo su primo—. Se pondrá furioso.

—No hará nada de eso —replicó Chatín—. ¡Estará demasiado asustado! Vamos...

es importante.

Fueron gateando hasta la ventana del profesor y encendiendo la linterna la introdujeron por entre las cortinas. La luz dio de lleno sobre la cama en la que nadie dormía. Chatín fue iluminando rápidamente toda la habitación, que estaba vacía, y la puerta cerrada.

—¡Diantre! ¡Todavía no ha vuelto! ¿Adónde habrá ido entonces? —se preguntó Chatín—. Yo estaba seguro de haberle oído subir la escalera después de la pelea.

—¿Qué pelea? —exclamó Roger asombrado.

—Volvamos a nuestra habitación y te lo contaré todo —dijo Chatín—. Vamos.

Pronto estuvieron en el dormitorio y otra vez «Ciclón» les dedicó una exagerada bienvenida.

—Antes de contarte nada he de ir a ver si la puerta del descansillo que oculta la escalera del tejado continúa abierta —susurró Chatín.

Y acompañado de Roger salió al rellano e iluminó la puerta con su linterna. Estaba cerrada... y además con llave. ¡Y la llave había desaparecido!

—¡El que tiene la llave es el hombre que buscamos! —dijo Chatín—. Es el de la linterna... tiene que serlo... Y la cerradura debe estar muy bien engrasada, porque no le oí cerrar.

Volvieron al dormitorio..., pero Chatín se detuvo por el camino.

—¿Qué es eso? —preguntó a su manera en un susurro y ambos escucharon. Roger rió por lo bajo.

—¡Sólo un ronquido del mago! —dijo—. Le oigo muy a menudo por la noche... ¿tú no?

—Qué poco se imagina lo que ha estado ocurriendo aquí esta noche —replicó Chatín—. Ojalá estuviera aquí el bueno de Nabé.

Una vez más entraron en el dormitorio, siendo recibidos efusivamente por «Ciclón», que no entendía ni una palabra del juego que se traían los niños, pero mientras terminaran por volver a su lado, poco le importaba.

Sentáronse sobre la cama con «Ciclón» en el medio, y Chatín comenzó su historia... cómo se había escondido en el descansillo... y había oído carraspear a otra persona comprendiendo que alguien más estaba escondido allí; cómo vio abrirse la puerta de la escalera, pero sin poder distinguir quién salía por ella; y cómo le había seguido sin conseguir otra cosa que le siguieran a él.

—Y cuando alargó una mano para cogerme huí raudo como una centella —concluyó—. Corrí a esconderme dentro del reloj del comedor.

—¿Qué? —exclamó Roger, que no se atrevía a dar crédito a sus oídos—. ¿Te metiste dentro del reloj? ¡No lo creo, Chatín!

—Pues es verdad. Y se paró el péndulo y el reloj dejó de funcionar —repuso Chatín—. Y entonces los dos individuos, sean quienes fuesen, empezaron a pelear.

Rodaron por el suelo del comedor, tropezando con las sillas y mesas, contra el reloj, contra...

La imaginación de Chatín empezaba a desbocarse, y continuó su relato adornándolo con toda suerte de detalles.

—Empezaban a desesperarse, y gemían y gruñían hasta que el señor «Cubita» empezó a ladrar como un loco. No comprendo cómo no le oíste.

—No seas tonto. Ya sabes que estaba en el tejado. Continúa —le apremió Roger—. Apenas puedo creer todo lo que me cuentas. ¡Pensar que me he quedado sin todas esas emociones! ¿No tuviste miedo, Chatín?

—¡Miedo, bah! ¿Por quién me has tomado? —exclamó Chatín dándose tono—. Se necesita bastante más para asustarme a mí. Pero no es eso todo, Roger. Cuando «Cubita» empezó a ladrar, uno de los hombres huyó... creo que hacia la cocina, porque oí cerrar una puerta, y el otro escaleras arriba. Le oí perfectamente. Estoy seguro de que era el profesor James, aunque me intriga dónde estará ahora. ¡Tal vez haya ido a hacer más señales!

—¿Eso es todo? —quiso saber Roger.

—Todo no. Cuando yo fui al vestíbulo con la intención de seguir al profesor escaleras arriba, oí un ruido —explicó Chatín, disfrutando enormemente—. ¡Y figúrate había un tercer individuo escondido allí! De pronto me iluminó con su linterna desde detrás de esas grandes cortinas que hay ante el ventanal del vestíbulo, y yo no hice más que dar media vuelta y subir la escalera a todo correr. Ya tenía bastante.

—Lo imagino —replicó su primo—. ¡Qué fantástico! ¿Qué podemos hacer ahora? Habrá que hacer algo, Chatín. ¡Palabra... vaya acontecimientos!



Capítulo 24- Grandes noticias

Los dos niños estaban tan cansados después de su expedición nocturna, que durmieron más de lo previsto, y la señorita Pimienta tuvo que ir a despertarles cuando sonó el gong anunciando el desayuno.

—¡Vaya! —exclamó—. Tendréis que acostaros más temprano si tenéis tanto sueño por las mañanas. ¡Escuchad, ése es el gong del desayuno!

Mientras contemplaban a la aya con aire somnoliento, no recordaron los acontecimientos de la noche anterior, pero cuando se hubo marchado, Chatín se sentó en la cama al acordarse de lo ocurrido.

—¡Troncho! ¿Te acuerdas de anoche? ¿Qué vamos a hacer?

—Primero decírselo a Nabé, cuando regrese de Pearley —dijo su primo, pero no le vieron hasta después de comer. Estuvieron dudando si comunicarlo a la policía, puesto que la mañana iba transcurriendo y no había el menor rastro de Nabé y «Miranda».

Al fin le vieron corriendo por el paseo con «Miranda» en el hombro. Les saludó

agitando el brazo y luego bajó a la playa. La señorita Pimienta había ido a dar un paseo, de modo que los niños estaban solos.

—¡Escuchad! —les dijo Nabé con ojos brillantes—. ¡Tengo grandes noticias!

—¿Qué? —exclamaron los tres a una.

—¡Han encontrado a mi padre! —gritó Nabé—. ¡Ya le han encontrado! ¿No es maravilloso? ¡Mirad!

Y les mostraba una carta en la que iba adherido un documento de aspecto oficial y que Nabé señaló.

—Leedlo —les dijo.

—Hugo Paul Johnson —leyó Roger—. De cuarenta años de edad. Nacido en Westminster, Londres. Casado con Teresa Lorimer. De profesión actor y productor, especialmente de obras de Shakespeare. Sirvió en la Marina durante la guerra mundial. Ha permanecido en la Marina en la sección de Servicio Secreto. En la actualidad su paradero es secreto.

El documento escrito a máquina, estaba firmado por alguien que ostentaba un cargo oficial. Los tres niños volvieron a leerlo una y otra vez. ¡Qué estupendo! Al fin habían encontrado al padre de Nabé. Claro que era una lástima que su paradero fuese secreto.

—¡Oh, Nabé... cuánto me alegro por ti! —exclamó Diana impulsivamente.

Roger y Chatín también estaban muy conmovidos, y estrecharon la mano del muchacho considerando que aquella ocasión requería alguna ceremonia que la celebrara.

—¿Qué dice esa carta? —preguntó Diana—. La que va unida al documento.

—Poca cosa. Es de un amigo del señor Maravillas y dice que ha conseguido la información que le pedía y la cual le remite —explicó.

—¡Si pudiéramos saber dónde estuvo tu padre! —exclamó Diana—. Es lo único que falta. ¿Lo podría averiguar también el señor Maravillas?

—¡Ya lo ha averiguado! —replicó Nabé con orgullo—. Y todo a causa de algo realmente extraordinario... a él no le importa que os lo diga, pero debéis jurarme no repetirlo a nadie más.

—Lo juramos —exclamaron los tres al punto.

—Bien —dijo Nabé bajando la voz—. El señor Maravillas es algo más de lo que parece. Él también está en el Servicio Secreto.

Hubo un silencio mientras los tres digerían sus palabras, y Nabé rió al ver sus caras de asombro.

—Pensé que os sorprendería —les dijo—. Es un mago de primera categoría, y hace uso de su habilidad para disimular sus actividades secretas. Ha estado espiando los sabotajes ocurridos por aquí... puesto que le enviaron para ver si lograba descubrir algo. Es extraordinario, ¿verdad?

—¡Sí, troncho! —exclamaron todos.

—Y —agregó Nabé con el rostro más resplandeciente que nunca—, uno de los hombres con quien está en contacto constantemente es casualmente el propio Hugo Paul Johnson... ¡mi padre! ¡Aunque él lo ignora! Dice que nunca le ha visto, sólo ha tenido contacto con él... y ¿dónde diríais que está ahora mi padre?

—¿Dónde? —preguntaron todos a una y sin atreverse a dar crédito a aquellas sorprendentes noticias.

—¡En la base submarina! —exclamó Nabé—. ¿Verdad que parece increíble? ¡Pensar que estaba tan cerca de aquí, y yo sin saberlo!

—Parece una novela —exclamó Diana—. ¡Oh, me gustaría volver a oírlo todo de nuevo!

Y lo oyó, puesto que Nabé se lo repitió desde el principio al fin... ya que no sabía hablar de otra cosa. ¡Estaba tan contento de que su padre viviera y estuviese tan cerca!

—¿Vas a ir a verle? —le preguntó Diana.

—Sí —repuso Nabé—. Pero todavía no sé cómo ni cuándo. Al parecer se están realizando algunas investigaciones secretas debido a la explosión del submarino. Entre los hombres que se encuentran en la base hay traidores, y no obstante han sido todos interrogados y examinados de nuevo. Mi padre está ayudando a descubrirles, y pasa las informaciones al señor Maravillas, quien las envía a los departamentos correspondientes.

—¡Es tan emocionante que no sé cómo expresarlo en palabras! —dijo Chatín—. Espero que veas pronto a tu padre. ¡Apuesto a que es exactamente igual a ti! ¡Le reconocerás en el acto!

—Eso espero —replicó Nabé—. Hasta dentro de un par de días no sabré si será posible preparar una entrevista con mi padre... todos los hombres de la bahía están bajo estrecha vigilancia desde la explosión, y ninguno puede salir de la base bajo ningún concepto. Pero el señor Maravillas dice que si es posible preparará una entrevista secreta en algún sitio... y que si puede, él lo arreglará. Y lo hará. Ese hombre es una maravilla... y no es un chiste, sino la verdad.

—Nabé, nosotros también tenemos algunas noticias... y apuesto a que interesarán al señor Maravillas —exclamó Roger, recordando lo ocurrido la noche anterior, y se dispuso a contárselo todo, ayudado por Chatín, que no cesaba de interrumpirle agregando múltiples detalles.

Nabé les escuchaba asombrado. Diana ya lo sabía todo, por supuesto.

—¡Vaya! —dijo Nabé—. ¡Eso sí que son novedades! ¡Qué lástima que yo no estuviera! Podía haber ido con vosotros, pero tuve que llevar esas ropas a aquella anciana para que las arreglara y no volví hasta después de desayunar, y entonces tuve mucho que hacer. Diantre... cuánto tendréis que contar.

—Pensábamos avisar a la policía —continuó Roger—. ¿Qué te parece, Nabé?

—Os diré lo que opino —replicó el muchacho—. Dejad que se lo cuente todo al señor Maravillas y a ver qué sugiere. Entonces, si él cree que debemos acudir a la policía podrá acompañarnos, y es seguro que creerán todo lo que les digáis yendo con él.

—Oh, sí... es una gran idea —replicó Roger complacido—. ¿Entonces, se lo dirás? No te olvides de nada. Incluso el detalle más pequeño puede ser importante. Es una lástima que él estuviera durmiendo durante toda la noche... le oímos roncar en su habitación cuando volvimos a acostarnos después.

—¿Sabéis que son la una y cuarto? —exclamó de pronto la niña—. No es de extrañar que la playa esté desierta. Oh, Dios mío, la señora Gordi va a enfadarse con nosotros... llegamos tarde al desayuno y ahora a la comida.

—Nos dedicará una de sus miradas más despectivas —dijo Chatín—. ¡Vamos, «Ciclón»... a comer, a comer! ¡Comida, hueso, galleta!

—¡Guau! —ladró «Ciclón» feliz, corriendo con su amo hasta la posada a toda velocidad.

—Nabé, ven a decirnos lo que aconseje el señor Maravillas en cuanto lo sepas —le dijo la niña cuando se separaron—. No diremos una palabra a nadie hasta que tú hayas hablado con el señor Maravillas.

La señorita Pimienta se emocionó mucho al saber lo del pobre de Nabé, y estuvo hablando de ello con el señor Maravillas. Los niños no le habían dicho más que el mago había encontrado al padre de Nabé y esperaba poder concertar una entrevista. Claro que no le dijeron nada del trabajo secreto del señor Maravillas.

—Qué buena noticia para Nabé, señor Maravillas —le dijo el aya después de comer—. Es usted muy bueno al interesarse tanto por él.

—Se lo merece —explicó el mago—. Es un muchacho muy bueno y de confianza. Existen algunas dificultades para organizar una entrevista, pero puede arreglarse... puede arreglarse. ¡Puede tener la seguridad de que haré cuanto pueda por Nabé!

En aquel momento apareció el propio Nabé, deseoso de hablar con el mago para contarle lo que acababan de explicarle los niños.

—¿Podría hablar un momento con usted, por favor? —le rogó—. Es muy importante.

El señor Maravillas se puso en pie al punto.

—Perdóneme —dijo a la señorita Pimienta y desapareció en el jardín con Nabé y allí permanecieron un buen rato. El aya se preguntaba por qué los niños correteaban por la posada en vez de ir a la playa. Al fin se enfadó y les hizo salir.

—No tendréis tiempo de bañaros antes de merendar si estáis más tiempo aquí —les reprendió—. ¿Qué os pasa? ¡Estáis hechos un atajo de holgazanes!

Nabé se reunió con los niños al cabo de una hora, muy excitado.

—Siento no haber podido venir antes —les dijo mirando de soslayo a la señorita Pimienta, semidormida en su butaca—. ¿Y si fuéramos a dar un paseo? ¡Me apetece andar un buen rato!

—Sí, podéis ir —respondió el aya—. Estoy cansada de que «Ciclón» haga hoyos a mi alrededor, y quedaros a merendar por ahí si queréis. No he traído merienda esta tarde, ya que la señora Gordi no parecía muy contenta con vosotros por haber llegado tan tarde a las comidas.

—Podemos merendar en la tienda de los mariscos —le dijo Chatín—. ¡Langosta para merendar! Y yo me comeré una entera —agregó en cuanto la señorita Pimienta ya no podía oírle.

Fueron más allá del muelle hasta encontrar un lugar desierto.

—Ahora cuenta —dijo Roger sentándose cómodamente—. ¿Qué ha dicho el señor Maravillas? ¡Repítelo palabra por palabra!

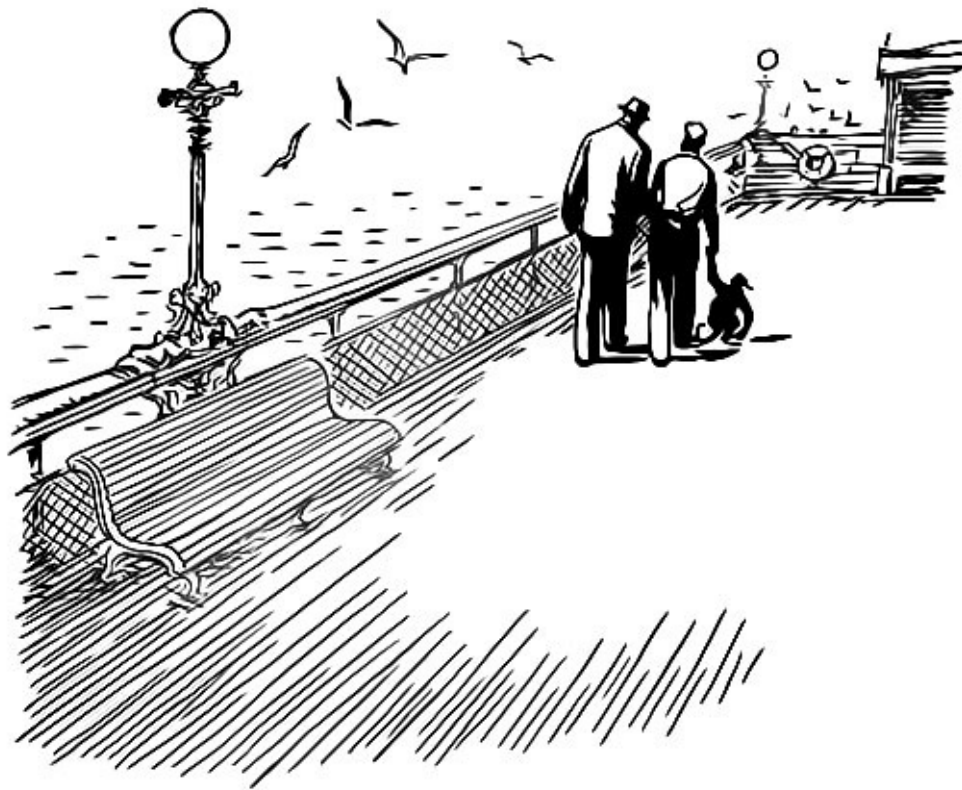
—Bien, ante todo, debo advertiros que no me es posible contaros todos los planes del señor Maravillas —comenzó Nabé—. Es tan secreto... pero os diré todo lo que pueda... y vosotros debéis prometerme que no diréis ni una palabra a nadie hasta que el señor Maravillas os autorice.

—Lo prometemos solemnemente —dijeron todos a una y con tal seriedad que «Ciclón» agregó también un ladrido en tono grave.

—Bueno —continuó Nabé— se mostró muy interesado, naturalmente, por lo que me contasteis de la noche pasada. ¡Y hubiera querido darse de cachetes por no haberse despertado! ¡Se quedó horrorizado al oír lo de las señales luminosas! Dice que deben estar planeando otra cosa... otra explosión o el robo de planos valiosos...

—¿Le dijiste que sospechábamos del profesor James? —le preguntó Diana.

—Sí. Y dice que también estamos en lo cierto. Los detectives que vinieron también sospechaban de él, pero no pudieron probar nada. Se lo dijeron al señor Maravillas... le conocen muy bien, claro. Lo que no comprende es lo de la pelea. Dice que uno debía ser el profesor, claro. No sabe quién pudo ser la tercera persona, pero cree que alguien pagado por el profesor. Pero ¿sabéis de quién sospecha? ¡Nunca, nunca lo adivinaríais! Intentadlo.



Capítulo 25- ¡Más emociones todavía!

—¿Sospecha de la señora Gordi? —preguntó Diana después de una pausa.

—No. Inténtalo otra vez. Es alguien a quien conocemos muy bien.

—¿El payaso?

—¡Oh, no! Prueba otra vez. ¡Y no digas la señorita Pío, porque tampoco es ella!

—Nos damos por vencidos —le dijo Roger—. Dinos quién es.

—¡Cazurro! —replicó Nabé—. Dice que Cazurro no es la mitad de todo de lo que parece, que es un enlace muy útil, y además muy amigo del profesor.

—No lo creo —exclamó Chatín desde el fondo de su corazón—. A mí me gusta Cazurro.

—Bueno, ¿no recuerdas cómo desapareció en cuanto vino la policía? El señor Maravillas dice que eso refleja una conciencia culpable —continuó Nabé—. Tuvo miedo de que le cogieran.

—No lo creo —insistió Chatín—. Ni nunca lo creeré. Cazurro no es así.

—Eso demuestra que es mucho más listo de lo que pensábamos —replicó Roger—. Sí... Yo lo creo. Siempre me pareció extraño que huyera en cuanto llegó la

policía.

—¡Pues yo no lo creo! —dijo Chatín tomandoselo muy a pecho.

—No te enfades, Chatín —le dijo Nabé—. Tú no sabes lo falsa y engañosa que puede ser la gente, incluso aunque parezca todo lo contrario. Tú no has rodado por el mundo como yo.

—Eso no importa —dijo Chatín en un raptó de obstinación—. Lo importante no es que yo no reconozca a la gente mala cuando la veo... estoy seguro de que pueden engañarme fácilmente... sino que yo sé cuándo una persona es buena en cuanto la veo. Y yo sé que Cazorro es bueno, aunque ande un poco mal de la cabeza.

—Bueno, como quieras —replicó Nabé—. Como se ha ido, es inútil discutir por él. ¡Lo cierto es que no volveremos a verle! Probablemente ahora está a miles de kilómetros de aquí. ¡A mí también me era simpático... pero ahí tienes! Estaba equivocado.

—¿Iremos a avisar a la policía? —preguntó Diana.

—Todavía no. Hasta que el señor Maravillas haya reunido las últimas pruebas que necesita —respondió Nabé—. Tengo el presentimiento de que ahora lo que está esperando son los nombres de los traidores y saboteadores. Dice que espera conseguir la última prueba muy pronto. Tal vez mañana. ¡Y yo tengo que intervenir! No puedo decirlos cómo ni por qué... es un secreto realmente terrible. Después podré contároslo todo... pero tiene relación con el primer encuentro que voy a tener con mi padre.

Nabé se quedó sin aliento después de este largo discurso, y Roger y Diana estaban demasiado emocionados para poder hablar. Chatín continuaba enfadado, pues se resistía a creer que Cazorro fuese malo.

—Vamos a merendar —dijo Diana, y en el acto Chatín se animó mientras Nabé le daba una palmada en la espalda.

—Siento lo de Cazorro —le dijo—, pero ya sabes que ocurren esas cosas.

Chatín no contestó, pero le dirigió una sonrisa. A partir de entonces volvió a ser el mismo de siempre, y cumplió su palabra comiéndose una langosta entera para merendar.

—No sé cómo puedes hacer una cosa así —le dijo su prima—. Te pasarás toda la noche soñando. ¡Ya te oiremos gritar pidiendo ayuda! Y será la langosta vengándose por tu glotonería.

Estuvieron nerviosos y excitados durante el resto del día. La señorita Pimienta les soportó hasta después de cenar y entonces les dijo que lo mejor era que volvieran a ver el espectáculo del muelle.

—La verdad es que tengo que librarme de vosotros —les dijo—. Estáis pesados y nerviosos. Idos... estoy segura de que a Nabé le gustará que le veáis ayudando al señor Maravillas ahora que ya se habrá habituado.

Así pues, fueron a ver de nuevo el espectáculo. Estaba también allí el profesor,

pero no la señorita Pío. Todos miraron ceñudos al profesor. ¡Oh! ¡Él ignoraba que conocían sus terribles hazañas! No obstante, no les hizo el menor caso, limitándose a hundirse más en su butaca mientras dormitaba, despertándose sólo cuando el señor Maravillas comenzó su actuación acompañado de Nabé, ahora convertido en un ayudante guapo y bien vestido.

Nabé desde luego era rápido, atendiendo a todo lo necesario, y un ayudante de primera en la parte de lectura del pensamiento. Una vez más el mago identificó los objetos escogidos entre el público, y también adivinó correctamente las largas series de números. Aquella noche fueron más... seis en vez de tres. El público aplaudía a más y mejor, pero el mago se negó a adivinar más de seis números.

—Es muy cansado —dijo disculpándose ante el público—... La transmisión de pensamiento y la adivinación de números son de lo más difícil.

Aquella noche los niños tenían intención de no dormir en espera de ver si ocurría algo más, pero desgraciadamente estaban tan cansados por sus andanzas de la noche anterior que no se despertaron, ni siquiera cuando «Ciclón» lanzó un ladrido en plena pesadilla.

Chatín tuvo sueños horribles. Tropezaba con un hombre escondido detrás de unas cortinas, y se veía envuelto en una vaporosa explosión; la gente se sentaba encima de su estómago, y le perseguían por una escalera de miles de escalones que sus piernas apenas lograban subir. ¡Oh... aquella langosta!

Ninguno oyó nada durante la noche, ni siquiera Nabé, quien dijo estar tan excitado que no consiguió dormir. El señor Maravillas había celebrado una larga conversación con él prometiéndole que cuando llegara el correo de la mañana podría decirle cuándo se celebraría el encuentro con su padre.

Nabé vio al señor Maravillas después del desayuno y sus ojos ansiosos formularon una pregunta. ¿Había llegado la carta? El mago asintió.

—Ven a verme a las once cuando tengas unos minutos libres —le dijo el señor Maravillas, y Nabé se alejó silbando, con «Miranda» en el hombro, y ni siquiera una reprimenda que le dedicó la señora Gordi por llevarse cosas de la despensa, fue capaz de enturbiar su buen humor.

—Yo no he cogido nada —le dijo—. Nunca lo he hecho. No soy de esa clase de personas. Lo siento, señora Gordi, pero si usted cree que soy yo quien coge los pasteles y la comida que usted me da por nada, no tiene por qué tenerme en su casa. ¡Me iré!

Pero la señora Gordi no deseaba perder tan buena ayuda. Aún no tenía noticias de Cazurro y estaba convencida de que nunca volvería. Así pues, no dijo nada más al indignado Nabé, y empezó a preguntarse si el joven camarero de ojos brillantes sería tan honrado como parecía serlo.

Nabé fue al encuentro del señor Maravillas a las once en punto, ya que disponía

de unos diez a quince minutos libres, y el mago ya le esperaba impaciente. Cogió al muchacho por el brazo llevándole a un lugar desierto del paseo donde se sentaron.

—Lo he arreglado todo, Nabé —le dijo el señor Maravillas—. Ya está planeado hasta el menor detalle. Por el correo de esta mañana he recibido la carta de uno de mis hombres con los nombres de los saboteadores; los que volaron el submarino han sido todos descubiertos, pero claro que eso es un gran secreto.

—Sí, señor —repuso Nabé.

—Y desde la base submarina van a enviarme la lista de nombres —explicó el señor Maravillas—. Esta noche... me los traerán a mano. Pero no aquí, naturalmente, donde hay tantas personas como el profesor James. ¡Demasiado peligroso! Tengo que encontrarme en el mar con el hombre que trae esos nombres.

—Ya comprendo, señor —replicó Nabé excitado.

—Yo no sé remar —continuó el señor Maravillas—. Así que quiero que tú me acompañes, Nabé, para que me lleves y me traigas. ¿Sabrás hacerlo?

—Con toda facilidad, señor —dijo el muchacho.

—Y, como recompensa, Nabé, te diré una cosa —prosiguió el mago—. ¡El hombre que va a traerme ese documento secreto es... tu padre!

Nabé no pudo articular palabra, limitándose a mirar al señor Maravillas con gran nerviosismo. ¡De manera que había cumplido su promesa de arreglarlo todo para que él, Nabé, pudiera ver a su padre frente a frente! Su corazón rebotaba de gratitud.

—Ahora, ni una palabra de esto a nadie, muchacho —le dijo el señor Maravillas—. Comprende que ha sido muy difícil para mí conseguir que fuese tu padre quien trajera la lista... y lo he hecho por ti. De manera que no debes decir una palabra, ni siquiera a tus tres amigos, como ya te dije antes... porque yo mismo me vería en un grave apuro si mis planes fueran descubiertos.

—Puede usted confiar en mí, señor —le dijo Nabé mirando al señor Maravillas con sus extraños ojos azules, que ahora brillaban más que nunca de excitación y felicidad.

—Sí, creo que puedo confiar en ti —replicó el mago—. Nabé, ve a la playa a medianoche. Entonces será luna llena, y te diré hacia dónde has de remar. Yo te estaré esperando con un bote que iré a contratar ahora. Adiós, hijo mío... y recuerda... ¡ni una palabra a nadie!

—Señor... antes de marcharme... quisiera decirle una cosa... —dijo Nabé—. ¿Me conocerá mi padre? ¿Sabe él que va a verme esta noche?

—En cuanto te haya entregado el paquete, puedes preguntárselo —dijo el señor Maravillas—. ¡Creo que descubrirás que te conoce, Nabé! De lo contrario, vuelves a mi lado y yo aclararé las cosas. Es posible que le resulte difícil de creer. ¡Al fin y al cabo... ni siquiera sabe que tiene un hijo!

Y dejando a Nabé fue en busca de un pescador para que le alquilara un bote. El

muchacho regresó al hotel temeroso de que le hubieran echado de menos. Los niños estaban ahora en la playa y no encontró a nadie. Se puso a cantar a voz en grito mientras limpiaba la plata.

De pronto apareció la señora Gordi con su aire más «displícite», como hubiera dicho Chatín.

—¡Nabé! ¿Pero qué es lo que estás pensando para hacer un ruido semejante?

Nabé no podía decirle lo que pensaba, aunque rabiaba por contárselo a alguien. Estaba pensando en aquella noche... en el misterioso viaje en barca... y en el encuentro con aquel hombre que era su padre. ¿Qué se dirían? ¿Estaría su padre contento de verle?

Nabé se contempló en el espejo de la cocina. ¿Tendría su padre sus brillantes ojos azules y sus cabellos color de trigo? Esperaba que hubiera alguna semejanza entre ellos.

El día se le hizo interminable, y muy corto a los demás, que se bañaron y nadaron como de costumbre. Tomaron un bote en el que fueron hasta el extremo del muelle. Después de merendar fueron a buscar cangrejos y regresaron con una magnífica colección de ellos de gran tamaño y Chatín estaba dispuesto a pedir a la señora Gordi que se los guisara.

No vieron a Nabé hasta poco antes de la cena, y el muchacho les sonrió feliz.

—¿Alguna noticia? —le preguntó Roger.

—Sí, muchas. Y buenas —replicó Nabé—. Pero no puedo deciros más. Ya sé que comprenderéis el porqué. ¡Esta noche van a ocurrir muchas cosas! ¡Mañana os lo contaré todo!



Capítulo 26- El encuentro en las rocas

Aquella noche Nabé se fue a acostar a las diez y media. Por lo menos subió a su habitación..., pero ni siquiera se echó sobre su cama, ni intentó descabezar un sueñecito, tan excitado estaba. Aquella iba a ser una noche muy importante. Iba a ayudar a un miembro del Servicio Secreto... ¡y además a encontrar a su propio padre!

Paseó nervioso de un lado a otro de la reducida habitación, cosa que intrigó a «Miranda». ¿Qué le ocurría? Sentada sobre su hombro mientras paseaba, cuchicheaba junto a su oído de cuando en cuando para recordarle que estaba allí sin hacerle caso.

«¿Cómo le llamaré? —se preguntaba el muchacho—. ¿Papaíto? ¿Padre? ¿Papá? ¿Y cómo será? ¿Querrá que vaya a vivir con él? ¿Resultará que tengo tías y tíos... y tal vez primos?... No... no debo esperar demasiado. ¡Con tal que consiga encontrar a mi padre es bastante!»

Las once. Las once y media. Las doce menos veinte. ¡Hora de ponerse en marcha!

Nabé bajó la escalera con sumas precauciones llevando todavía a «Miranda» sobre el hombro. No podía dejarla porque se habría enfadado mucho con él por salir

de noche sin llevarla consigo.

Se dirigió cautelosamente a la escalera posterior y entró en la cocina, donde abriendo la puerta del jardincillo se deslizó al exterior como una sombra.

No tardó en llegar a la pequeña playa particular del hotel, donde sabía que estaba el bote aguardando. En el interior de la posada el gran reloj del comedor dio los tres cuartos para las doce. Nabé llegaba con antelación.

Esperó en la playa. La luna salió tras una nube inundándole de luz plateada. Era una noche muy hermosa, y la marea bajaba rápidamente. Sería fácil remar mar adentro.

Entonces oyó un ligero ruido a sus espaldas. Era el señor Maravillas.

—Ya estás aquí... buen chico —le dijo el mago con su voz profunda—. Vamos.

El bote era muy espacioso. El señor Maravillas ocupó uno de los asientos, y Nabé otro con un remo en cada mano. En la popa había un montón de lonas alquitranadas, y varios rollos de cuerda en la proa.

Pronto estuvieron sobre las pequeñas olas que rompían cerca de la playa, y Nabé remó vigorosamente mar adentro. Aquélla era una de las noches más importantes de su vida. ¡Qué suerte haber conocido al señor Maravillas!

La luz de la luna hacía brillar el agua que iba resbalando de los remos mientras Nabé remaba.

—Ve hacia ese gran grupo de rocas —le ordenó el mago—. Mira... ese arrecife que sale de tierra.

—Vaya, si fuimos allí el otro día —dijo Nabé—. Vimos el Remolino de Tantán. Es un espectáculo muy bonito.

—Ah, bien —exclamó el señor Maravillas—. Precisamente es cerca de ese remolino donde he de encontrar a ese hombre... ¡tu padre!

—Oh, bien... en ese caso es bien sencillo. Conozco el camino perfectamente —replicó el muchacho remando vigorosamente hasta que llegaron al extremo del arrecife de rocas altas. Allí sabía que se encontraba la entrada del canal que conducía al remolino. Se fue acercando a las rocas en busca del angosto canal rocoso.,

—¡Ahí está! —dijo el señor Maravillas—. Da un poco más la vuelta, Nabé. Eso es. Ahora estamos enfrente mismo del canal.

Pronto estuvieron en el estrecho pasadizo serpenteante que ahora parecía distinto, ya que Nabé lo había visto a la radiante luz del sol, y en la oscuridad parecía mayor, más oscuro y más misterioso. Además el nivel del agua era mucho más bajo, porque ahora la marea había bajado, aunque pronto volvería a subir de nuevo.

Nabé hizo avanzar el bote por el canal, hasta oír el ruido absorbente y gorgoteante del extraño remolino, y entonces buscó el poste donde amarrarlo.

—Ah... ahí está —dijo—. Voy a pasar la cuerda por ese poste, señor, y así no podrá arrastrarnos el remolino. ¡Una vez abajo nadie volvería o vernos!

Al fin el bote quedó inmóvil sujeto por la cuerda, y Nabé saltó sobre la roca.

—¿Qué hago ahora, señor? —le preguntó—. ¿Cómo llegará mi padre hasta aquí...? ¿También en barca y por el canal?

—No. Vendrá nadando —repuso el señor Maravillas.

Nabé quedó asombrado.

—¡Nadando! ¿Pero cómo es posible? ¿Y por qué? La bahía está completamente rodeada por un muro de piedra, ¿no? Y hay grandes verjas bajo el agua para impedir que nadie pueda entrar.

—Tu padre es un hombre muy notable —replicó el señor Maravillas—. Nadará por debajo de esas verjas y luego trepará por esas rocas. Lo ha hecho ya antes de ahora. Es de la única manera que puede proporcionarnos informaciones. Es un hombre muy valiente.

—¿Pero por qué ha de hacerlo con tanto secreto? —quiso saber Nabé—. Si le viera uno de los guardas que vigilan desde el muro dispararían contra él.

—¡Calla! —exclamó el mago—. Alguien viene. ¡Ahora, ya sabes lo que has de hacer! Sal al encuentro de ese hombre, dile el santo y seña «Noche de Luna»... y luego recoge el paquete que te entregue, y que irá envuelto en género impermeable. Me lo das y luego puedes volver a hablar con tu padre. Yo no quiero estar presente porque sin duda será un encuentro emocionante para los dos.

Nabé asintió. Sentía sus nervios tensos y estaba muy excitado. Él también oía que alguien se acercaba, trepando por las rocas, jadeando y exhausto, después de una travesía a nado tan agotadora, y aguardó mientras el corazón le latía con violencia.

Un hombre se asomó sobre el arrecife rocoso. No llevaba más que unos calzones cortos y su cuerpo desnudo chorreaba agua y parecía de plata bajo la luz de la luna. Nabé le contempló.

Era un individuo corpulento de grandes espaldas cuadradas y cabellos oscuros y ensortijados que ya comenzaban a secarse.

—El santo y seña —dijo ásperamente cuando vio a Nabé que se acercaba.

—Noche de Luna —tartamudeó el muchacho que no pudo ver el rostro de aquel hombre, ya que en aquel momento se ocultó la luna caprichosamente detrás de una gran nube.

El hombre desató un paquete que llevaba sujeto a la parte posterior de su pantalón de baño, y que estaba envuelto en tela impermeable tal como le dijera el señor Maravillas, y se lo arrojó a Nabé.

—Cógelo —le dijo. Nabé así lo hizo y luego corrió a entregárselo al señor Maravillas que lo cogió ansiosamente.

—Buen chico. ¡Ahora ve a hablar con tu padre! —le dijo, y Nabé se volvió casi temblando de emoción.

Pero el mensajero estaba ya trepando de nuevo a las rocas. Nabé le llamó:

—¡Espere! ¡Espere! ¿Sabe usted quién soy?

El hombre se volvió.

—¿Cómo voy a saberlo? —le preguntó.

—Soy su hijo —exclamó Nabé—. ¿No se lo dijo el señor Maravillas? ¡Él me ha dicho que usted es mi padre! Me lo aseguró.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír, con una risa dura y burlona.

—Habrá estado burlándose de ti —le dijo—. No creas ni una palabra de lo que te diga. Ni siquiera estoy casado.

La luna salió un momento y Nabé pudo ver el rostro de aquel hombre retrocediendo horrorizado. Era el rostro de un traidor... ¡No, no, aquél no podía ser su padre! Nabé le contempló con horror y desilusión. Y el hombre se volvió para marcharse después de lanzar otra carcajada estentórea y divertida.

—¡Apuesto a que se trata de otra de sus bromas! —le gritó al marchar y antes de desaparecer sobre la cima del acantilado sin dejar de reír.

Nabé sintió náuseas y se sentó sobre una roca. Había dejado a «Miranda» en el bote..., pero de pronto apareció a su lado parlotando, según su costumbre y subiéndose a sus brazos, le abrazó.

—Oh, «Miranda» —dijo Nabé—. No era él. No acabo de entenderlo, estoy hecho un lío. No entiendo nada en absoluto. ¡Oh, «Miranda»!

Y entonces, con un repentino ataque de furor, se puso en pie. ¿Por qué le había engañado el señor Maravillas de aquella manera? ¿Con qué objeto? Le exigiría una explicación... y si el señor Maravillas no se la daba... divulgaría sus secretos.

Regresó junto al poste tan indignado que incluso temblaba, ¡pero allí no había ningún bote!

—¿Dónde está la barca? «Miranda», ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está la barca? —exclamó Nabé, a quien le parecía estar viviendo una pesadilla.

Y corrió por el arrecife que conducía a la salida del canal entre las rocas. Si lograba dar alcance al señor Maravillas lucharía con él golpeándole hasta que le pidiera clemencia, y le arrojaría al mar si no le explicaba el significado de todo aquello.

Cuando Nabé llegó al final de las rocas el bote ya había salido del canal, y el muchacho se arrojó al agua llevando todavía a «Miranda» sobre su hombro, y empezó a nadar en dirección al bote mientras gritaba:

—¡Señor Maravillas! ¡Espere! Tengo algo que preguntarle. ¡«Le digo que espere»!

Pero el señor Maravillas continuaba remando. ¡Nabé era un buen nadador y estaba tan lleno de coraje que avanzaba más de prisa que de costumbre! Alcanzó el bote y trató de asirse a uno de sus lados.

El mago le golpeó con el remo.

—¡Lárgate! —le gritó—. Ya no te necesito, ¿no lo comprendes? ¡Has sido un tonto al creer todas mis bonitas historias! ¡Te mereces lo que recibes!

—¡Señor Maravillas! ¡Espere! ¡No comprendo nada! —le gritaba el pobre Nabé todavía confundido ante aquellos hechos inesperados.

Y entonces, repentinamente, lo comprendió. ¡Se dio cuenta de todo! El señor Maravillas le había utilizado para sus propios fines. No pertenecía al Servicio Secreto. Era un espía, un traidor, que estaba en tratos con otros traidores de la base submarina. Tuvo miedo de descubrir que Nabé y los otros sabían demasiado... y por eso había engatusado al muchacho con el estúpido cuento de su padre. Le había conseguido el paquete secreto que deseaba, y ahora huía con él y podría escapar fácilmente, ya que Nabé quedaría aislado en las rocas del remolino.

—¡Traidor! —gritaba Nabé con rabia—. ¡Espía! ¡Espere a que le coja!

—No podrás —le respondió el señor Maravillas burlándose mientras se alejaba remando—. Ya he conseguido lo que quería, gracias a tu amable ayuda... y ahora voy a entregarlo a mis jefes... pero no se trata de los nombres de quienes volaron el submarino. ¡Oh, no! Tengo en mi poder los planos del próximo submarino secreto, y no la lista de los nombres que ya sé. Y mucho antes de que alguien te vea en esas rocas y venga a rescatarte, yo ya estaré a muchos kilómetros de distancia. ¡Eres un niño muy tonto, Nabé! ¡Oh sí, «muy» tonto!

Nabé hubiera llorado de rabia al ver que ahora ya no lograría dar alcance al bote. No le quedaba más remedio que nadar de nuevo hacia el arrecife con «Miranda», y esperar rezando a que alguien fuera a rescatarle dentro de uno o dos días.

Pero ¿qué pasaba?... ¿qué estaba ocurriendo en el bote? Se oyó un grito del señor Maravillas, y la barca osciló violentamente. ¿Qué podría estar ocurriendo?



Capítulo 27- Aislado junto al remolino

Nabé trepó sobre algunas rocas para ver lo que estaba ocurriendo en el bote. La luna brillaba ahora con toda intensidad y pudo verlo claramente.

¡Había dos hombres en el bote, y no uno solo! ¿Quién era el otro? Quienquiera que fuese había atacado al señor Maravillas y luchaba desesperadamente con él. Los dos hombres se inclinaban a un lado y a otro de la barca haciéndola oscilar de tal manera que era fácil volcarla. Nabé estaba atónito.

¿De dónde habría salido aquel segundo hombre? ¿Se subiría al bote desde el mar? Nabé contuvo el aliento mientras los dos hombres luchaban estrechamente abrazados. Podía oír las respiraciones jadeantes, y «Miranda», completamente empapada se refugió dentro de su camisa que todavía chorreaba.

Se oyó un chapoteo; uno de los dos hombres había caído al agua. ¿Sería el mago? ¡Ojalá fuese él! Nabé se esforzó por ver.

Pero no, el señor Maravillas, sentado ante los remos, huía a toda velocidad,

mientras el hombre que acababa de caer al agua se debatía pidiendo socorro.

—¡No sabe nadar! —exclamó Nabé horrorizado, y en un abrir y cerrar de ojos se arrojó de nuevo al agua para acudir en su ayuda.

Deslizó sus brazos bajo la espalda de aquel hombre y empezó a arrastrarle en dirección a las rocas. Por fortuna aquel individuo estaba ya tan agotado que no luchó, ni opuso la menor resistencia. El muchacho le llevó hasta el arrecife, dejándole sobre las rocas.

Entonces al contemplarle allí echado con los ojos cerrados y jadeante por el esfuerzo de recobrar la respiración, vio de quién se trataba.

—¡Cazurro! ¡«Cazurro»! Vaya, si eres tú. Que me aspen si lo entiendo. ¡«Cazurro»! ¿De dónde vienes? Dios santo, esto parece un mal sueño.

Cazurro abrió los ojos y al ver a Nabé trató de esbozar una torpe sonrisa. Luego se sentó rápidamente y miró hacia el mar bañado por la luna. En la distancia veíase un puntito negro que indicaba la posición del bote del señor Maravillas en su huida hacia la playa.

Cazurro lanzó una gran parrafada de palabras extranjeras y alzó su puño en actitud amenazadora. Luego se volvió para dar unas palmaditas en la rodilla de Nabé que estaba sorprendido.

—Tú has salvado a Cazurro —le dijo—. Buen chico, Nabé, has salvado a Cazurro.

—Cazurro... por lo que más quieras dime por dónde viniste tan de improviso —dijo Nabé—. ¡No entiendo nada!

—Cazurro estuvo todo el tiempo en el bote —replicó el pobre hombre—. Cazurro sabe que ese hombre es malo, malo, malo. Cazurro sabe que es un espía. Hace señales luminosas y luego... bum, bum, bum. Ese hombre hace que ocurran cosas malas.

—Continúa —le dijo Nabé—. ¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

—Cazurro es tonto, no es valiente —replicó el pobrecillo—. Pero Cazurro observa y observa. Y un día que ese hombre vio a Cazurro espiándole, le dijo: «Ah... daré parte a la policía. Y te llevarán de aquí, Cazurro».

—Y cuando llegó la policía pensaste que habían venido a por ti y te escondiste. ¡Pobre Cazurro! —exclamó Nabé comprendiendo de pronto—. ¿Dónde te escondiste?

—Abajo en el sótano —susurró Cazurro, como si temiese que alguien estuviera escuchando detrás de las rocas—. Y por la noche Cazurro subía para comerse... las provisiones y pasteles de la despensa. ¡Cazurro es malo! Y Cazurro vigilaba toda la noche. ¡Cazurro luchó con ese hombre la otra noche!

—¡Troncho! ¡De manera que fuiste tú quien siguió al señor Maravillas y a Chatín la otra noche... y luchaste con el mago! —exclamó Nabé—. ¿Pero quién era el tercer individuo? Cielos, éste es un asunto muy particular... ¡todos vigilándose

mutuamente! Pero sigo sin saber cómo llegaste hasta aquí esta noche, Cazorro.

—Cazorro vio a ese hombre con una barca —dijo el hombrecillo, que tiritaba—. Cazorro le oyó decirte cosas y Cazorro temió por ti. Por eso...

—¡Por eso te escondiste debajo de las lonas y esperaste a ver qué ocurría! —dijo Nabé—. Debes haber dado un susto de muerte al señor Maravillas cuando saltaste sobre él. Es una lástima que no fuese él quien cayese al agua, y no tú. Ahora ha ganado su juego tranquilamente... se ha librado de mí y de todo lo que sé... me ha puesto en ridículo... y ahora ha escapado con esos documentos secretos y aún puede causar mucho más daño. ¡Ese individuo es demasiado listo!

Cazorro introdujo la mano en el interior de su camisa y extrajo algo con aire tímido.

—Documentos —dijo con orgullo—. ¡Cazorro los tiene!

Nabé lanzó un grito.

—¡Cazorro! ¡Ése es el paquete que me entregó el otro individuo! ¿Cómo se lo quitaste al señor Maravillas? ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Lo puso en una bolsa y luego dejó la bolsa cerca de Cazorro —explicó—. Así que Cazorro abrió la bolsa y sacó el paquete.

—Oh, Cazorro... ¡eres una maravilla! —exclamó Nabé—. ¡Al fin y al cabo no ha conseguido llevarse los documentos! ¡Y a menos que se le ocurra mirar dentro de la bolsa ni siquiera sabrá que no los tiene! ¡Cazorro, de buena gana te abrazaría!

«Miranda» asomó la cabeza por la camisa de Nabé parloteando, y Cazorro acarició su pelo suave.

—¿Estaremos aquí mucho tiempo? —preguntó Cazorro a Nabé.

—Hasta que alguien nos recoja —repuso el muchacho en tono sombrío—. Caramba, hace frío para pasar toda la noche expuestos al viento. Bajemos al canal que está más resguardado. Hay una pequeña cueva cerca del remolino donde podemos guarecernos. ¡Ojalá tuviéramos una barca! Podríamos remar hasta la playa y atrapar a ese individuo.

Echaron a andar hacia el canal, que desde luego quedaba más resguardado del viento, y fueron caminando por unas rocas casi hasta el remolino.

—Vamos a verlo a la luz de la luna —dijo Nabé—. Supongo que debe estar muy bajo, ahora que la marea ha descendido.

Fueron a ver el remolino, que ahora quedaba mucho más bajo de las rocas, el cual, iluminado por la luna y sorbiendo y rugiendo a sus pies, parecía muy distinto al de la otra tarde.

—Ahí abajo hay un agujero —dijo Cazorro señalando—. ¡Un agujero grande, grande!

Nabé miró.

—Sí... es la entrada del túnel que conduce al agujero-soplador, Cazorro.

Pero Cazorro no tenía la menor idea de lo que era un agujero-soplador y meneó la cabeza. Nabé miró debajo de la roca, que tenía como un gran mirador prominente para observar el gran agujero oscuro que debía ser la entrada del túnel, recordando de pronto la vieja leyenda que les contara el barquero.

Permaneció unos instantes contemplando fijamente la entrada. Las aguas del remolino quedaban unos dos palmos por debajo del agujero. ¿Sería cierto aquel cuento? ¿Era realmente posible deslizarse por el interior del túnel estando la marea baja?

—Cazorro, voy a bajar hasta ese agujero que conduce al interior de un túnel rocoso —dijo Nabé de pronto—. Ese túnel lleva hasta tierra... tal vez podamos escapar por ahí.

—No —repuso Cazorro retrocediendo—. No.

—Bueno, escucha... es la única oportunidad de poder llegar a tierra antes de que escape el señor Maravillas —le dijo Nabé—. Tal vez piense que no tiene prisa por escapar mientras yo esté aislado en estas rocas. Cazorro, he de intentarlo. Pero tú puedes quedarte aquí y yo trataré de enviarte una barca mañana... si consigo llegar sano y salvo.

—Cazorro irá también —replicó el hombrecillo—. Nabé es valiente. Cazorro es tonto, pero Cazorro irá con Nabé.

—Bien —replicó Nabé contento al pensar que tendría compañía durante el penoso trayecto a través del túnel en la roca—. Pues hemos de darnos prisa. ¡La marea empieza a subir! Y una vez alcance el nivel del agujero, el agua entrará por él hasta salir por el otro extremo como un surtidor... y eso no sería muy agradable para nosotros.

Nabé bajó como un gato y se detuvo un momento ante la negra entrada del túnel. Luego agachó la cabeza desapareciendo en su interior.

Cazorro fue bajando tras él con torpeza, pero sin perder tiempo, temeroso de caer en el remolino que rugía a sus pies y que a él le parecía un ser vivo dispuesto a atraparle.

Penetró en el túnel.

—¡Nabé! —gritó sintiendo miedo de pronto—. ¡Nabé!

—¡Aquí! —respondió el muchacho—. Estoy delante de ti. Sígueme. «Miranda» va delante abriendo la marcha. Sus ojos de mono ven mejor que los míos en la oscuridad. Ve tanteando el terreno, Cazorro... hay toda clase de hoyos y pedruscos esperando para darte un golpe y hacerte caer.

Nabé hablaba con más animación de la que sentía. Era un túnel horrible y tenía que andar inclinado, casi doblado. Además era muy húmedo y olía fuertemente a sal y a yodo.

«Miranda» corría delante, volviendo de cuando en cuando a tocar la rodilla de

Nabé para asegurarse de que le seguía. No parecía asustada.

Era una empresa difícil seguir aquel angosto pasadizo tan bajo de techo, y que en algunos puntos se estrechaba tanto que Nabé y Cazurro tuvieron que ponerse de lado para seguir adelante. Un par de veces Nabé sintió que el pánico le invadía. ¿Y si quedaban detenidos en algún punto? No tendrían tiempo a regresar antes de que subiera la marea... y se encontrarían con la primera oleada que invadiría el túnel en dirección al agujero-soplador. ¡Qué horror... sin duda habrían de ahogarse! O peor aún, pudieran ser arrastrados por el agua al volver hacia el remolino y al final serían absorbidos por el propio remolino.

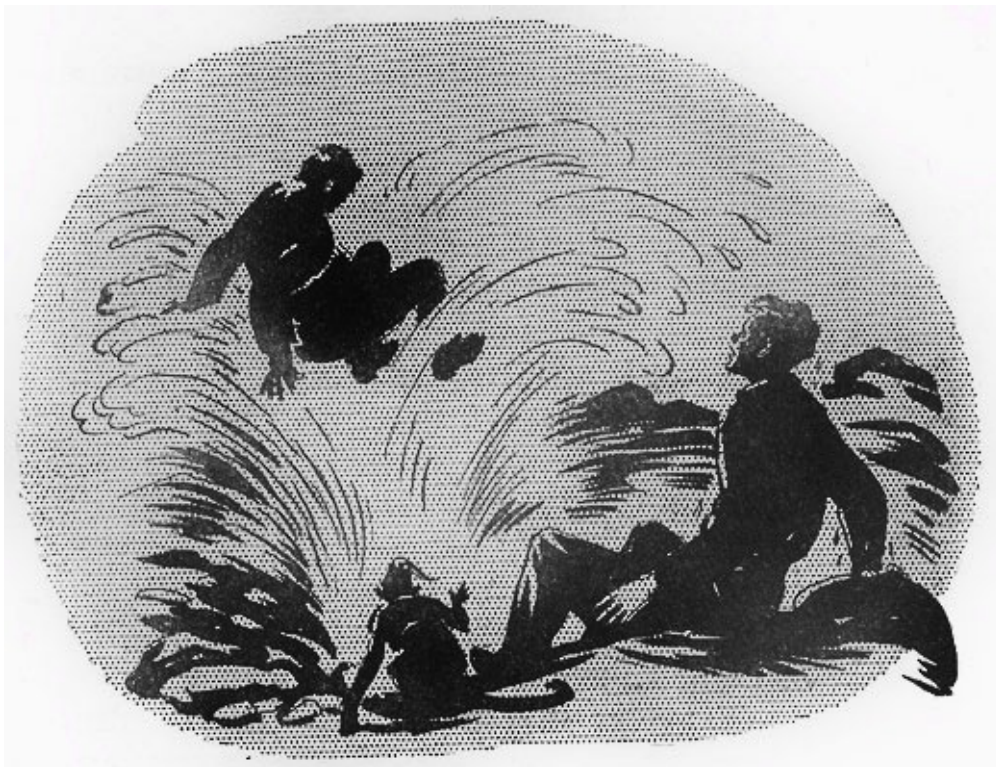
Nabé se estremeció de miedo y frío mientras iba avanzando por el túnel con toda la rapidez que le era posible, Estaban completamente a oscuras, naturalmente, y tenían que ir tanteando antes de dar cada paso. «Miranda», en cambio, no tenía la menor dificultad, y siempre iba delante, volviendo de cuando en cuando junto a su amo para volver a adelantarse.

—¡Aguarda, Cazurro! —exclamó Nabé de pronto—. El techo baja mucho aquí. Ni siquiera puedo pasar agachado. Tendremos que ponernos a gatas. ¡Espero que no siga mucho trozo así, o me moriré!

El techo del túnel descendía en aquel punto hasta unos dos palmos del suelo, y Nabé fue avanzando penosamente sobre su estómago esperando con todas sus fuerzas que el túnel no se achicara más. ¿Por qué tuvo que creer el cuento del barquero? Probablemente no sería más que una leyenda, y empezó a preguntarse si Cazurro, «Miranda» y él lograrían salir alguna vez de aquel pasillo húmedo y oscuro.

Al fin se terminó aquella zona estrecha y el techo volvió a elevarse. ¡Gracias a Dios! Nabé pudo ponerse en pie de nuevo y su cabeza golpeó contra la parte alta del túnel. Entonces Cazurro lanzó un grito:

—¡Nabé, hay agua detrás de mí! ¡Ya viene, ya viene!



Capítulo 28- Noche de sorpresas

¡Agua! Entonces aquello significaba que la marea estaba creciendo rápidamente, y el agua comenzaba a penetrar ya en el túnel. No era posible regresar. Sólo les restaba avanzar lo más deprisa posible esperando que no surgiera una ola mayor que les cubriese en el interior del pasadizo.

Nabé avanzó ansiosamente golpeándose continuamente por su afán de ir más de prisa, hasta que él también lanzó un grito:

—¡Otra vez el agua! ¡Es la segunda vez! Ha llegado hasta mis pies. Ponte cerca de mí, Cazurro. Así podremos ayudarnos mutuamente.

Las aguas volvieron a retirarse. La marea todavía no era lo bastante fuerte para enviar una ola hasta el final del túnel y hacerla salir por el agujero-soplador. Pero en cualquier momento llegaría una ola mayor que las otras inundando el paso.

—Aquí es más ancho —le susurró Nabé—. Podremos avanzar más ligeros. Estoy cansado, y apenas consigo mover las piernas. ¿Estás ahí, Cazurro?

—¡Sí, Cazurro está aquí! —dijo la asustada voz del pobre hombre—. ¡Cazurro oye el agua, Nabé, agua!

Esta vez el agua llegó más allá de donde estaban ellos, volviendo a retirarse. Nabé

tropezó... y entonces, ¡oh, qué alegría! ¿Qué era aquello que brillaba ante él? ¡Una abertura por la que penetraba la luz de la luna! ¡El agujero-soplador!

Cazurro lanzó un grito de advertencia.

—¡Viene una ola más grande, Nabé!

Cierto que aquella vez era mayor la ola, ya que casi les hizo caer al suelo y arrojó a Cazurro sobre Nabé. «Miranda» refugiose entre los brazos de su amo a tiempo de escapar de la oleada.

—Esta vez nos ha cubierto hasta la rodilla —dijo Nabé con pesar—. Vamos... sólo un minuto más y saldremos de aquí.

Y echó a andar en dirección a la luz de la luna que penetraba por la abertura, que era redonda y tan grande que les permitía salir por ella fácilmente. Trepó al exterior, sentándose sobre las rocas que había en la parte de fuera del agujero para descansar un momento; no era conveniente, pero no tuvo otro remedio.

Se oyó un grito en el interior del túnel, y el fragor del agua. ¡Había cogido a Cazurro! Aquella era la primera ola con potencia suficiente para barrer todo el pasadizo y salir por el agujero como un surtidor. Tenía una fuerza terrible.

Nabé aguardó aterrorizado, y el agua surgió por el agujero como el chorro de una ballena, impulsando al exterior a Cazurro que gritaba de miedo. Fue lanzado por el aire como una pelota, y luego amaró junto a Nabé, que quedó cubierto de espuma.

—¡Oh, Cazurro muerto, Cazurro ahogado! —sollozaba el pobre tonto—. ¡Oh, salva al pobre Cazurro!

—Estás bien —le dijo Nabé—. Los dos estamos a salvo. Todo ha salido perfectamente. ¡Vaya, Cazurro, creo que eres el primer hombre que ha salido lanzado por un agujero soplador!

Cazurro estaba deshecho, y lloriqueó y sollozó como un niño de tres años y Nabé tuvo que rodearle con su brazo para animarle.

—Te aseguro que ahora ya ha pasado todo, y nos iremos a la posada. Comeremos y beberemos alguna cosa, y verás qué bien te encuentras dentro de poco.

—Nabé es bueno —dijo el pobre Cazurro acurrucado junto a él como un niño, y el muchacho le dedicó una sonrisa triste. ¡Vaya noche! ¡Después de todas sus esperanzas, todo lo que tenía era al pobre Cazurro sollozando sobre su hombro!

Al fin se puso en pie, aunque las piernas le flaqueaban después de la larga lucha en el túnel.

—Vamos, Cazurro. Regresemos. Yo cuidaré de ti ahora. Mientras estés conmigo no te ocurrirá ningún daño. Te lo aseguro.

Cazurro le siguió como un perro. Nabé apenas sabía dónde se encontraban... al principio del gran arrecife rocoso que se unía a la tierra. Sólo tenía que dirigirse hacia ella, y luego tomar el camino de la posada.

El agujero-soplador estaba ya en plena actividad y chorros gigantescos de agua

surgían continuamente produciendo un ruido tremendo. Nabé lo observó un par de veces. Era fantástico... ¡pero qué horrible hubiera sido verse en mitad del túnel estando el surtidor en plena actividad!

Nabé, Cazorro y «Miranda» echaron a andar hacia tierra, que no estaba muy lejos. Había un pequeño sendero para las personas que gustaban de ir a contemplar el agujero-soplador, y lo fueron siguiendo cautelosamente.

Al fin llegaron a la posada.

—Entraremos por la puerta lateral —susurró Nabé—. ¿Sabes si estará abierta, Cazorro? ¿Por dónde entras tú por las noches?

Cazorro conocía una entrada abandonada, una puerta de madera del jardín que daba a un pasillo pequeño, y que abrió para que entrasen ambos en silencio, llevando a «Miranda» dentro de la camisa de Nabé, donde trataba de dormir después de la aventura del túnel.

—Me pregunto que será más conveniente hacer ahora —exclamó Nabé—. Yo creo que telefonar a la policía. ¡Oh, cielos!, ¿qué es eso?

Habían ido hasta la cocina con la intención de buscar algo que comer y beber. La luz de la luna penetraba por la ventana... y junto a la alacena había una figura robusta y formidable semioculta por las sombras. Se oyó un clic... la estancia quedó espléndidamente iluminada por la luz eléctrica.

—¿Qué significa esto? —dijo la voz furiosa de la señora Gordi—. ¡Supongo que otra vez limpiando mi despensa! ¡Tú también, Cazorro! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡Estaba dispuesta a llamar a la policía! Y esta noche esperaba sorprender al ladrón de mi despensa... pues sabía que más pronto o más tarde habría de venir. ¿No te da vergüenza, Nabé? ¿Qué dirán tus amigos?

Nabé la interrumpió desesperado.

—¡Nosotros sí que hemos de avisar a la policía! —le dijo—. Queremos que detengan al señor Maravillas. ¡Es un espía, un traidor! Señora Gordi... déjeme ir en busca de la señorita Pimienta... ella le dirá que no soy capaz de contarle ningún cuento de hadas.

—Prefiero llamar a otra persona —replicó la señora Gordi estupefacta—. Si es cierto lo que has dicho, desde luego le cogemos... o mejor aún, iremos a buscarle. ¡Pero, como me estés mintiendo, la policía te perseguirá inmediatamente! ¡Que ocurran estas cosas en mi posada! ¡Nunca se ha visto cosa semejante!

—¿A quién quiere ir a buscar? —preguntó Nabé extrañado.

—Al profesor James —repuso la señora Gordi, cosa que asombró a Nabé. ¡El profesor James! ¡Vaya, si también sospechaban de él! Probablemente sería carne y uña del señor Maravillas, de manera que ¿para qué acudir a él?

Pero a la señora Gordi no había quien le discutiera y haciéndoles pasar delante les empujó escaleras arriba, mojados como estaban, y llamó a la puerta del profesor

James.

—Adelante —dijo una voz grave e inmediatamente se encendió la luz. Ante el asombro de Nabé, el profesor James estaba sentado en la oscuridad completamente vestido. ¿Por qué motivo?

—Estos dos acaban de aparecer empapados y contando no sé qué historias del señor Maravillas, señor —le dijo la señora Gordi—. Quieren telefonar a la policía. Así que era eso lo que usted me había recomendado que hiciera si algo nuevo surgiera.

—¿Pero para qué contárselo a él? —exclamó Nabé—. ¡Que nosotros sepamos puede ser carne y uña del señor Maravillas! Le hemos sorprendido haciendo cosas muy extrañas, y no quiero contarle lo que ha ocurrido esta noche. Es absolutamente necesario que averigüe en seguida si ha regresado ya el señor Maravillas para detenerle antes de que tenga oportunidad de escapar.

—¿Qué sabes de él? —exclamó el profesor con voz tan imperiosa y crispada que sorprendió a Nabé, quien se negó a contestar.

El profesor volvió a dirigirle la palabra, esta vez con más amabilidad.

—Escucha, muchacho. Puedes confiar en mí. Trabajo para la policía. La señora Gordi puede decírtelo. Estoy aquí investigando algunos extraños sucesos, y a algunas personas no menos misteriosas. Es tu deber decirme todo lo que sepas.

Nabé estaba atónito.

—El señor Maravillas dijo que él pertenecía al Servicio Secreto y que también trabajaba para la policía, señor. Y que usted era una de las personas que estaba vigilando. Pero, oh, señor... esto es muy urgente. Aquí tenemos ciertos documentos secretos, que no sé exactamente qué son... creo que unos planos, y hay que hacerse cargo de ellos rápidamente.

—¿Dónde están? —preguntó el profesor que de repente parecía muchísimo más joven. Nabé estaba asombrado de su transformación.

—Aquí —replicó Nabé dejando el paquete sobre la mesa delante del profesor, que lo abrió sacando un documento doblado, y al ver de qué se trataba lanzó un enorme suspiro alivio, reclinándose en su butaca.

—¡Gracias a Dios! —dijo y parecía que su agradecimiento era sincero—. ¡Nuestros planos mejores y más nuevos! Esto valdría una fortuna para cualquier enemigo. Sabíamos que habían sido copiados... y que ese individuo estaba esperando una oportunidad para sacarlos de la base. ¡Muchacho, no sabes lo que significa que este documento haya caído en mis manos! ¡Pero todo esto es extraordinario! ¿Cómo diantre conseguiste apoderarte de estos papeles?

—Señor... es una historia bastante larga —dijo Nabé—. ¿No podría detener primero al señor Maravillas y dejarle bien seguro bajo llave y cerrojo?

—No necesitas preocuparte. Le vieron llegar esta noche muy tarde —repuso el

profesor—. Hay un hombre vigilando en el tejado... y otro en el descansillo de este piso. Ahora está seguro. De todas maneras pensábamos encerrarle, pero esto es lo que necesitábamos para sacarlo todo a relucir. Y ahora..., ¿y si me contaras tu historia? ¿Te gustaría contármela aquí, a mí solo... o tengo que traer a la policía para que te convenzas de que soy de confianza?

—No es necesario, señor. Le creo —replicó Nabé—. ¡Pero me engañó de tal manera el señor Maravillas... que..., bueno... ya empezaba a desconfiar de todo el mundo! Oiga, señor... ¿fue usted quien encendió la linterna iluminando a Chatín la otra noche después de salir del reloj?

—Sí —replicó el profesor—. Yo, igual que Chatín, Roger y... Cazurro aquí presente... había estado investigando por mi cuenta. ¡De manera que Chatín se escondió... en el reloj! ¡Válgame Dios, qué criatura! ¡No podía adivinar dónde se había metido!

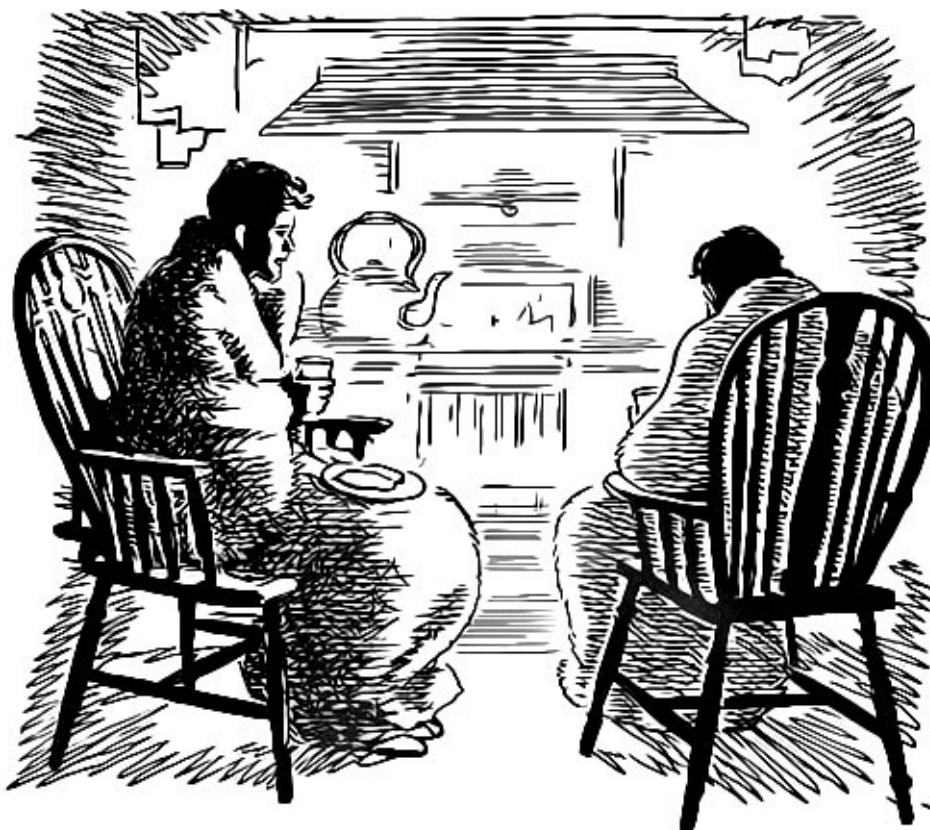
La señora Gordi observó que Nabé y Cazurro estaban tiritando de frío y dijo:

—Señor, ¿qué le parece si bajásemos a la cocina y yo avivara el fuego para calentar a estos dos? Están temblando. Podemos cerrar las puertas con llave, y mientras sus ropas se secan pueden tomar algo caliente.

—A la cocina entonces —respondió el profesor accediendo—. A mí tampoco me vendría mal algo caliente, señora Gordi. Todos estos paseos nocturnos dan bastante frío.

Bajaron todos a la cocina, y la señora Gordi cerró las puertas. Luego dio a Cazurro y Nabé unas mantas secas para que se envolvieran en ellas mientras ella secaba sus ropas junto al fuego. Puso la leche a calentar sobre el fogón, y sacó un pedazo de pastel de carne de la alacena.

—No está mal, señora Gordi —dijo el profesor contemplando las viandas—. Y ahora, ¿qué os parece si me lo contarais todo mientras nos lo comemos? ¡Empieza tú, Nabé!



Capítulo 29- Por la mañana

Pasaron una hora muy extraña abajo en la cálida cocina. Nabé refirió toda su historia, y de cuando en cuando Cazurro fue añadiendo algunas palabras. El profesor le asustaba.

—Me parece que habéis realizado muchas investigaciones por vuestra cuenta —dijo el profesor James—. ¡Escalar el tejado! Eso es muy peligroso. ¡Y luego tratando de atisbar por mi ventana! Vaya... vaya... supongo que os creeríais los grandes detectives.

—No mucho —repuso Nabé—. Siento tener que confesar que sospechábamos de usted, señor... por unas cosas y otras..., ¿sabe?, al no encontrarle en su habitación aquella noche... al descubrir que no era tan sordo como parecía... bueno, seguíamos unas pistas equivocadas, claro. ¡Ahora lo comprendo! Oiga, señor... ¿quién cerró la puerta de la escalera del tejado y se llevó la llave?

—El señor Maravillas, por supuesto —repuso el profesor—. Utilizaba el tragaluz superior para hacer señales a sus amigos del puerto, y cuando supo que vosotros

andabais por el tejado, cerró esa puerta con llave. Es un individuo osado y astuto ese señor Maravillas. A propósito, su verdadero nombre es Paulus, y realmente es un mago... y muy bueno. De veras os lo digo.

—Sí, pero... en realidad no adivinaba los objetos que yo mostraba al público —explicó Nabé—. Me enseñó varias maneras de hacerle las preguntas. Por ejemplo: «¿Qué tengo en la mano?» significaba algún artículo de joyería, y. «¿Qué tengo aquí?» significaba un reloj... etcétera. Y algunas veces, señor, tenía algún amigo entre el público que entregaba algo con iniciales... para que resultara maravilloso que las adivinase.

—Sé todo eso —dijo el profesor—. En realidad, parte de su trabajo de adivinación era sólo un pretexto para lanzar sus mensajes cifrados. Por ejemplo... ¡aquellas cifras tan largas! Eran únicamente un mensaje cifrado para un marinero que había entre el público, y que luego transmitía a sus jefes desde su barco... ¡Un traidor!, ¿comprendes?

—Sí, señor. Comprendo —fue la respuesta de Nabé—. Pero no adivinaba esos números, señor. Me decía los tarjetones que yo debía exhibir cada noche... que estaban marcados de alguna manera para que yo los distinguiese... y él se los sabía de memoria. Yo pensé que era un truco muy mezquino..., pero él era un mago, y los trucos cosa de su oficio.

—Primero transformaba el mensaje en el número de la clave —explicó el profesor—. ¡Le llevaba mucho tiempo! ¿Puedo tomar más pastel, señora Gordi? Gracias. Es delicioso. Bien, muchacho, tu historia es muy interesante, y debes estar muy cansado después de la excursión por el interior del túnel. Eres un chico muy valiente, mucho. Lamento lo de tu padre... esa carta falsa describiendo a tu padre... el encuentro frustrado... debe haber sido una gran desilusión para ti. Tendrás que volver a intentarlo por otro lado... ¿no te parece?

—No, señor —contestó Nabé—. No pienso intentarlo más. Con una desilusión tengo bastante. Y por favor, no quiero hablar más de esto. De todas maneras... ¡me alegro de que aquel individuo no fuese mi padre!

—¿No podrías describírmelo detalladamente? —le dijo el profesor.

—Pues no —respondió Nabé—. Sólo sé que era un sujeto de aspecto robusto y rostro desagradable, y creo que tenía el cabello rizado... oh, y un dedo meñique contrahecho. Sí, me fijé, aunque no creo que sirva de mucho.

—Quién sabe, quién sabe —contestó el profesor tomando algunas notas.

—Señor... ¿qué hará el señor Maravillas cuando abra su bolsa y no encuentre el paquete de los documentos secretos? —quiso saber Nabé.

—No tengo la menor idea. Creo que perderá la cabeza —exclamó el profesor—. Sin embargo... ahora está bastante seguro, aunque se le ocurriera bajar a la playa a buscar en el bote el paquete perdido. Pero no me cabe duda de que está durmiendo

profundamente, pensando que los documentos están a salvo... y que tú estás aislado en el arrecife. ¡Es muy listo el señor Maravillas!

—¿Puedo contárselo todo a Diana, Roger y Chatín? —preguntó Nabé.

—Hasta mañana no —repuso el profesor—. Entonces espero que todo esté terminado satisfactoriamente. Ahora vete a la cama, muchacho... ¿cómo te llamas?... Nabé. Lo has hecho muy bien. Es una lástima que tu padre no lo sepa... se sentiría muy orgulloso de ti.

Nabé dio las buenas noches al profesor, a la señora Gordi y a Cazurro, que estaba semidormido junto al fuego. La señora Gordi le había dicho que estaría muy contenta de tenerle de nuevo en su casa, y que no volviera a esconderse en el sótano... ni a llevarse nada de la despensa por la noche.

Nabé no tardó en encontrarse en el ático durmiendo apaciblemente, agotado por las emociones y la lucha en el túnel rocoso. ¡Cuántas veces habría de soñarlo durante su vida!

A la mañana siguiente Chatín y Roger fueron despertados por un gran alboroto que tenía lugar en el rellano de su piso. Se oían gritos y voces, y ruidos de lucha. ¡Y luego como si dos o tres personas rodaran por la escalera!

Los dos niños saltaron de la cama, y seguidos de «Ciclón» y sus ladridos, salieron al descansillo para presenciar un espectáculo inesperado. ¡El señor Maravillas estaba luchando con dos robustos policías al pie de la escalera! Uno había pasado la noche escondido dentro de un armario, y el otro había ido a relevarle... en el preciso momento en que el señor Maravillas, sorprendido al descubrir que el paquete precioso no estaba en la bolsa, disponíase a bajar aprisa para examinar el bote que utilizara la noche anterior.

Tenía mucha prisa... y los policías ninguna. Le detuvieron sugiriéndole que volviera a su habitación a descansar un rato más. Naturalmente, el señor Maravillas no tenía intención de hacerlo, y en el descansillo se desarrolló una pelea muy interesante, de resultas de la cual cayeron los tres por la escalera.

Nabé, atraído por el estrépito, subió corriendo para ver lo que ocurría. Había estado ayudando a Cazurro en las tareas de la mañana, y el señor Maravillas al verle se quedó de una pieza.

¡Vaya sorpresa! ¿Cómo? Nabé allí, vivito y coleando cuando debiera estar en las rocas temblando de frío y a la espera de que a algún bote se le ocurriera visitar el famoso remolino. No podía dar crédito a sus ojos, y sentándose en la escalera le miró fijamente.

—¿De dónde vienes? —le preguntó con voz débil.

—De la cocina —replicó Nabé en el acto—. ¿Ha perdido usted algo, señor?

Naturalmente, aquellas palabras hicieron comprender al señor Maravillas que no sólo lo había perdido, sino que estaba en poder de Nabé, y dándose por vencido se

dejó llevar por los dos furiosos policías, sin perder su expresión de asombro.

—¿Qué es lo que ocurre, Nabé? —le preguntó Chatín boquiabierto—. ¿Por qué se llevan al señor Maravillas? ¿Han cogido ya al profesor? ¿Fuiste remando hasta las rocas? ¿Qué hay de tu padre?

—No puedo contestar a todas tus preguntas al mismo tiempo —respondió Nabé—. Pero tengo muchas cosas que contaros. Os veré después del desayuno.

Nadie volvió a ver al señor Maravillas. Aquel hombre astuto, traidor y malvado, fue tratado de tal manera que quedó imposibilitado para volver a hacer daño a nadie, ni a nada. Todos los huéspedes del hotel quedaron horrorizados al saber que el mago era un traidor y un espía de los más redomados.

Ruiseñor Iris lloró incluso y dijo:

—Nunca me gustó. Era un hombre falso y cruel.

El payaso dejó de hacer gansadas durante el día entero y no sonrió ni una vez siquiera. Estaba realmente sorprendido.

La señorita Pío, dejándose caer sobre una butaca, dijo que iba a desmayarse, y que ya tuvo el presentimiento de que aquel hombre no era lo que parecía, pero como nadie hizo caso de sus presentimientos, pronto dejó de pensar en desmayarse y escuchó con la boca abierta todos los comentarios que se hacían a su alrededor.

Los tres niños apenas podían dar crédito a sus oídos cuando Nabé les contó su aventura nocturna.

—¡Gateando por el agujero-soplador! ¡Uy! ¡Qué horror! —exclamó Diana.

—Fantástico. Ojalá hubiera ido contigo —dijo Chatín.

—¡Fanfarrón! —le dijo su prima—. Te hubieras arrepentido al primer instante.

—Siento lo de tu padre —intervino Roger—. Eso fue una mala jugada. Aunque no debes perder las esperanzas, Nabé. Seguiremos buscándolo.

—Ya no pienso preocuparme más —replicó Nabé con el rostro ensombrecido—. ¡Después de tanto buscarle... y cuando ya iba a verle por primera vez... resulta que no era más que una broma! No... he terminado de buscar a mi padre. ¡Si quiere, que me busque él a mí!

—¡Pero si él no sabe que existes! —le dijo dolorida la niña.

—Entonces nunca llegaremos a conocernos —le replicó Nabé con obstinación—. Y escuchadme los tres... ¡no quiero que volváis a nombrar jamás a mi padre! ¿Me lo prometéis?

—No —dijo Diana—. No seas tonto, Nabé. Oh, Nabé, no seas así.

—Bueno, pues lo digo muy en serio —insistió Nabé—. Os aseguro que he comprendido que era sólo un ridículo sueño mío. Me he pasado sin padre todos estos años, y ahora he decidido que yo no quiero ninguno. Ni que vosotros volváis a mencionarle. ¿Comprendido?

—De acuerdo —dijeron los tres de mala gana, al ver que Nabé hablaba en serio.

¡Qué lástima! Pero al fin y al cabo, debía haber sido un terrible golpe para él, aquella burla cruel y despiadada que le gastara el señor Maravillas.

—¿Qué aspecto tenía el individuo que te dio el paquete? —preguntó Roger.

—No pude verle muy bien —repuso Nabé—. Ojalá me hubiera fijado más..., pero la luna se había ocultado detrás de unas nubes. Sé que el profesor cree que en eso he fallado un poco... si hubiera podido describírselo con detalle, él hubiese descubierto a uno de los principales traidores de la base. Todo lo que recuerdo es que era un hombre corpulento, tal vez con cabellos rizados... y un dedo meñique contrahecho.

Chatín lanzó una exclamación:

—¡Un dedo meñique contrahecho! Entonces yo puedo describirle... con todo detalle... escuchad.

Y cerrando los ojos volvió a ver mentalmente a los dos marinos sentados en el tren que iba a Rockypool, donde ellos enlazaron con el de Tantán.

—Sí... es el mismo... un individuo bien afeitado... con un lunar grande en la mejilla derecha... dos dientes montados uno sobre otro... con vello en las orejas... y un dedo meñique deforme. ¡Vaya... si la policía puede encontrar a ese hombre en la base submarina, es el traidor que te dio los documentos secretos la noche pasada, Nabé!



Capítulo 30- ¿Qué más puedo desear?

Una voz asombrada habló a sus espaldas.

—¿Y cómo sabes tú todo eso, jovencito?

Todos se volvieron. Era la voz del profesor, pero ¿era el profesor aquel individuo joven, de ojos inteligentes, cabellos castaños, y no grises, sin barba, y tan gallardo y erguido?

Al ver sus rostros asombrados se echó a reír.

—Ahora ya no necesito disimular —les dijo—. ¿Buen disfraz, verdad? Siempre estaba temiendo que Chatín me tirara de la barba o de la peluca... ¡pero por suerte no lo hizo! Bueno, Chatín, ¿qué me dices? ¿Es cierto lo que estabas diciendo hace un momento... o una invención de las tuyas? En realidad, existe un hombre que responde a esa descripción, pero no tenemos pruebas de que esté complicado en este asunto.

—Cuando yo le vi vestía un uniforme de la Marina, señor, y me fijé en todas sus características, tal como acabo de decir —contestó Chatín—. Búsquele... y diga que Nabé le vio anoche... entonces podrá detenerle.

—Creo que has dado con el hombre —le dijo el profesor—. Perdonadme... voy a telefonar para aprovecharme de esta información inmediatamente... un lunar en la mejilla derecha... dos dientes montados uno sobre el otro...

Y allá se fue... un hombre completamente distinto al profesor al que habían conocido tan bien. ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Vaya, a lo mejor la señorita Pío resultaba también un detective o algo por el estilo! ¡No era posible que nadie fuese verdaderamente tan tonto como parecía la señorita Pío!

—Voy a ver a Cazorro —dijo Chatín poniéndose en pie—. Yo fui el único que no creyó que fuese malo cuando lo dijo el señor Maravillas. Voy a estrecharle la mano y a decirle que es un hombre estupendo.

Yallá se fue Chatín en busca de Cazorro a quien encontró en el cobertizo del patio posterior pelando patatas con aspecto alegre.

—Chócala, Cazorro —le dijo estrechando su mano con gran solemnidad—. ¡Chócala! ¡Eres estupendo! ¡«Ciclón», levanta la pata y saluda a Cazorro! Eso es. Ahora tres ladridos por Cazorro... ¡Guau, guau, guau!

«Ciclón» obedeció en el acto, cosa que emocionó a Cazorro en gran manera.

—Buen chico —le dijo dándole unas palmaditas en el brazo—. Eres divertido. Y un buen amigo de Nabé, ese estupendo muchacho.

—Ha sido una lástima lo de su padre, ¿verdad? —dijo Chatín—. Dice que ahora ya no quiere buscarle más. Ya sabes que creyó que iba a conocerlo anoche, ¿no es cierto, Cazorro?

—¿Conocer a su padre? —exclamó Cazorro asombrado—. Nabé tiene madre, pero no padre.

—Oh, lo había olvidado. Tú conociste a la madre de Nabé, ¿verdad? —dijo Chatín—. ¿Qué tal era? Quiero decir... si alguna vez te habló del padre de Nabé.

Cazorro frunció el ceño tratando de recordar.

—Cazorro piensa —dijo despacio—. Chatín... toca el banjo otra vez y así me ayudarás a recordar.

Chatín comprendió lo que Cazorro quería decirle. Había conocido a la madre de Nabé en los años en que él, Cazorro tocaba el banjo. El tuang-tuang-a-tuang, y el ver a Chatín simulando tocar el banjo le traería a la memoria los años pasados.

—¡Tuang-a-tuang-tuang, tuang-a-tuang-tuang! —continuó Chatín en tono bajo mientras Cazorro seguía absorto en sus pensamientos.

—Era tan amable con Cazorro la madre de Nabé —dijo el hombrecillo—. Contaba sus penas a Cazorro y hacía que Cazorro le contara las suyas. Ella habló a Cazorro del padre de Nabé..., pero muy poco.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó Chatín rápidamente, volviendo en seguida a su imitación musical.

—Oh, también se llamaba Bernabé —dijo Cazorro y sus ojos se iluminaron al

recordar—. Bernabé Federico Martín... me lo repitió tantas veces...

—¿Y cómo era? —preguntó Chatín sin apenas detenerse a respirar—. ¿Le viste alguna vez? ¡Tuang-a-tuang-tuang-tuang!

Cazurro meneó la cabeza y Chatín volvió a tocar el banjo violentamente.

—¿Te entérate alguna vez de dónde vivía? ¿Dónde tenía su casa? ¡Tuang-a-tuang-tuang-tuang-zizz-zizz-zizz!

—Tenía una casa, sí... muy bonita, dijo ella... en Cherrydale —recordó al fin Cazurro—. Su madre se había enfadado mucho porque se casó con una artista de circo, y trataba muy mal a la pobre Tessie, por eso ella se marchó.

¡Ahora vamos llegando a alguna parte! —pensó Chatín interesado—. ¿Quién hubiera dicho que Cazurro era capaz de hablar tanto? ¡Ahora ya sé cómo hacerle hablar...! ¡tuang-tuang-tuang!

—¡Cazurro! —gritó una voz y el pobre hombre pegó un respingo volviendo al presente con tal violencia que de momento pareció completamente mareado. Era el camarero joven quien le llamaba—. Eh, Cazurro... ¿dónde has puesto el sacudidor del polvo? ¿Es que te lo has comido?

Después de aquello ya no pudo sacar nada más de Cazurro, que había adquirido aquella torpe expresión indicadora de que ya no era capaz de contestar a ninguna pregunta. Pero Chatín ya había averiguado bastante, y su primer pensamiento fue correr al encuentro de Nabé y darle la noticia.

Pero no, pensándolo mejor, no se lo diría. Nabé seguiría mostrándose escéptico y tal vez se negara a escucharle. Claro que la historia de Cazurro pudiera no conducir a ninguna parte. Lo mejor sería decírselo a la señorita Pimienta. Las personas mayores resultan útiles algunas veces porque siempre saben lo que hay que hacer en casos de esta índole.

Así que Chatín no tardó en contárselo todo a la sorprendida e interesada señorita Pimienta, que luego estuvo reflexionando unos instantes.

—Cherrydale —dijo al fin—. Tengo una amiga que vive cerca de allí, podría telefonarle y preguntarle si ha vivido allí... o todavía sigue viviendo... la familia Martín, cuyo hijo se llama Bernabé Federico. Voy a llamarla en seguida. ¡Oh, Chatín sería estupendo que fuese cierto!

Tardó media hora en poder comunicar con su amiga y averiguar que efectivamente, en Cherrydale vivía la familia Martín, consistente en una señora anciana y un caballero, y su hijo llamado Bernabé, además de una hija soltera llamada Catalina. Tenían éstos además un hermano casado y padre de cuatro niños.

—¡Señorita Pimienta! Entonces Nabé no sólo tiene padre, sino abuelo, abuela, una tía, un tío y primos —dijo Chatín—. ¡«Señorita Pimienta»! ¡Es estupendo! ¿Qué hacemos ahora?

—Déjalo de mis manos —replicó el aya en tono firme—. Y no digas ni una sola

palabra a Nabé, por lo que más quieras. No podría soportar otra desilusión.

De manera que Chatín dejó hacer a la señorita Pimienta, que con su eficiencia habitual se dispuso a conseguir establecer contacto con la familia de Nabé; asunto muy delicado. Cuatro días más tarde llamó a Diana, Roger y Chatín, reuniéndose en su habitación, y luego cerró la puerta.

—Tengo noticias para vosotros —les dijo—. El padre de Nabé va a venir a verle hoy mismo. Está deseando conocerle para saber si realmente es su hijo, a pesar de no haber oído hablar nunca de él. Oh niños... he visto una fotografía del padre... ¡y es igual que Nabé!

—El bueno de Nabé —dijo Diana con los ojos húmedos de emoción—. ¿Cuándo vendrá su padre?

—Esta tarde —repuso el aya—. Ya he procurado que Nabé pueda estar en la playa con vosotros, y en cuanto llegue su padre le enviaré allí... y vosotros tres desapareceréis en cuanto le veáis... con «Ciclón», naturalmente. ¿Comprendido?

—Claro —respondieron con fervor—. El bueno de Nabé. ¡Tiene que ser su padre, tiene que serlo!

Aquella tarde los cuatro fueron a la playa; «Miranda» jugueteaba con su palita, en tanto «Ciclón» no la perdía de vista esperando la ocasión para arrebatársela y salir corriendo con ella.

Diana vigilaba el paseo y de pronto dio un codazo a Roger, que levantó la cabeza.

Allí había un hombre alto y de fuerte complexión, de cabellos color de trigo muy peinados hacia atrás. Tenía los ojos muy separados y de un azul brillante; la boca grande y el rostro tostado por el sol. ¡Era igual que Nabé... pero mayor! Permanecía en pie contemplando la playa muy nervioso, y los tres niños se levantaron en silencio a espaldas de Nabé y se fueron hacia el paseo. «Ciclón» les siguió sin comprender su repentina huida, y Nabé también levantó la cabeza extrañado.

El hombre bajó a la playa, echando a andar por la arena, y Nabé lo contempló preguntándose qué desearía y mirándole con incredulidad. ¡Vaya..., pero si aquel hombre era igualito que él! ¿Quién sería? ¿Y qué andaba buscando el hombre ése?

—Te llamas Bernabé, ¿no es cierto? —le dijo aquel hombre.

—Sí —respondió Nabé.

—Yo también —continuó el hombre—. Y estoy buscando a un hijo que perdí hace quince años... y he oído decir que tú me has estado buscando.

—Sí —volvió a decir Nabé casi en un susurro—. ¿Eres... eres realmente mi padre?

—Es tan cierto como que tú eres mi hijo —replicó el hombre profundamente conmovido al contemplar aquel hermoso muchacho de ojos azules y brillantes tan parecido a él—. Y veo que tienes un mono. ¡Qué raro!

—¿Por qué raro? —preguntó Nabé acariciando a «Miranda» que se había subido

a su hombro.

—¡Porque tu abuela tiene uno también! —replicó su padre—. ¡Qué contenta se pondrá de tener un nuevo nieto, Nabé! Y tus tíos y tías de tener un nuevo sobrino. ¡Y tus primas de tener un primo!

«Miranda» saltó de pronto al hombro del padre de Nabé lanzando sus grititos acostumbrados y parlotando junto a su oído.

—Vamos a dar un paseo y hablaremos —dijo el padre de Nabé cogiéndole del brazo—. Tienes que contarme muchas cosas. ¡Hemos de recuperar estos quince años! ¡Y eso es mucho tiempo!

Echaron a andar juntos y «Miranda» continuó montado sobre el hombro del recién llegado, mientras los tres niños les contemplaban a distancia. Diana tragó saliva.

—Todo ha salido bien —dijo—. Nabé ya tiene lo que quería. Ya no nos necesitará más.

—Sí que nos necesitará —replicó Chatín—. Nabé será siempre nuestro amigo, ¿no es verdad, «Ciclón»?

—¡Guau! —ladró el perro con aire solemne contemplando a los dos que se alejaban por la playa.

—¡Unas vacaciones... un misterio... una aventura... y un final feliz para el bueno de Nabé! —exclamó Roger—. ¿Qué más se puede desear?

—Un helado —repuso Chatín al punto—. ¿Quién viene conmigo a tomárselo?
Fin.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban

tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.